

Luis Márquez

Los Años Viajeros



A mis padres y a mi hermana, por saber ser felices en la adversidad.

A Cecilia, por entenderme y empujarme.

A mis abuelas y abuelos, por estar siempre.

© Luis Márquez

© Editorial Gramática Parda

www.editorialgramaticaparda.com

Subdirección: Julia Carnero García

Coordinación Editorial: Concha Revuelta Bellido

Diseño y maquetación: Luis Rodríguez Rodríguez

Ilustraciones: Alfredo Rodríguez

Depósito legal:

ISBN: 978-84-938895-6-2

Los Años Viajeros

República Dominicana	Página 9
Senegal	Página 21
India	Página 39
Qatar	Página 55
Sudáfrica	Página 71
Palestina	Página 91
Estados Unidos	Página 109
Irlanda del Norte	Página 123
Noruega	Página 143
Egipto	Página 157

Septiembre, 2007

Santo Domingo, República Dominicana

Inocencia perdida



Huele distinto. El aire que flota sobre el descolorido suelo de moqueta y los asientos gastados está viciado. Una cristalera sucia trata de enseñar los restos del atardecer. Los trabajadores del aeropuerto no tienen prisa y cruzan bromas mientras empiezan a desfilar las caras de cansancio de los viajeros que venimos de Europa. “Bienvenidos a la República Dominicana”. Esperamos el equipaje durante cuarenta minutos, para rematar el incómodo vuelo desde España. Pasaporte en mano, pagamos la tarjeta de turista que todo visitante a este país debe comprar.

—Son diez dólares, señor -me dice con desgana una chica desde la taquilla-.

—Sólo tengo euros y pesos dominicanos.

—Entonces diez euros.

Da igual que ahora el dólar valga mucho menos que el euro. Pagas y empiezas a asumir la sensación de que te están timando, algo que no desaparecerá en todo el viaje. Cruzo la puerta de salida del aeropuerto internacional Las Américas y parece que me tiran un cubo de agua templada desde una ventana. El golpe de humedad es tan fuerte que rompo a sudar en un minuto. Con este clima la vida no puede ir muy deprisa aquí.

Ha oscurecido casi por completo. Son las seis de la tarde, medianoche ya en Sevilla. Allí desperté hace veinte horas. Soy

periodista y me acaban de contratar para ser reportero en un programa de televisión. Es un trabajo a priori envidiable, ya que se trata de viajar por todo el planeta grabando documentales. Hace unos días cumplí veintiséis años y siento que estoy ante un regalo. Las expectativas son altas y no puedo defraudar a nadie. Mucha responsabilidad.

Acude a recogernos en coche el padre Cañitas, un religioso que se ha citado con Dani y Arturo, dos periodistas de la productora para la que trabajo que vienen a hacer un programa similar al nuestro. Javi, mi compañero cámara en este viaje, y yo, nos hacemos un hueco en su pick up. Rumbo al hotel.

Dormimos en la llamada ciudad colonial de Santo Domingo, su casco histórico. Varias calles con una arquitectura preciosa, de la época española del país. Mucha piedra bastante bien conservada, aceras limpias y vigiladas, orden y encanto por todos sitios. Una excepción dentro de las carencias de esta ciudad, porque antes de llegar allí nos topamos con el Santo Domingo de verdad, muy diferente. Unos minutos en el coche, camino del aeropuerto al centro, nos sirven para ver una urbe abandonada, con poca luz y llena de espontáneos barrios en los que cada casa es el reflejo de la precariedad que sufre la República Dominicana.

La fama de lugar inseguro, y sobre todo corrupto, empieza a ser merecida bien pronto. Pocos kilómetros después de arrancar el coche nos dan el alto unos policías.

—¿Está todo bien, padre? -preguntamos a nuestro cicero-.

—Sí, creo que sí.

Ventanilla bajada y saludos de cortesía con los uniformados. Nosotros cuatro callamos, mitad sorprendidos mitad asustados. Abro el flamante pasaporte para comprobar que el sello está bien puesto, por si acaso. La conversación entre el padre Cañitas y nuestro primer incordio es breve.

—¿Cómo está amigo, necesita algo?

— ...

El policía responde con una simple mirada y una sonrisa delatora. El padre saca unos pesos, se los da, y el coche puede seguir su camino. Sin más. Somos cinco blancos en un auto, lo que significa que nuestro dinero de turista tiene que complementar el exiguo sueldo de las fuerzas de seguridad que vigilan el país. O pagas, o te causas un problema que cuanto menos te va a costar unas horas resolver. El peaje del extranjero. La mordida. Tuvimos que sacar la cartera un par de veces más durante nuestra estancia por el mismo motivo.

La semana transcurre lenta. Los días se me hacen eternos porque el jet lag castiga mi inexperiencia; es mi primer viaje al otro lado del Atlántico. Las seis horas de diferencia entre Santo Domingo y España me provocan despertares repentinos a las tres de la madrugada, con los ojos como platos. Y después, a eso de las cinco de la tarde, cuando para tu cuerpo español es ya hora de dormir, una losa te cae en la espalda y los ojos se te cierran solos; más aún con este calor pegajoso y una dura jornada de grabación encima. Como suele ocurrir, te habitúas al horario el día que toca volver.

Santo Domingo ejemplifica muy bien las diferencias sociales que se dan en tantos países. Unos pocos ricos con coches de lujo, guardaespaldas y casas imponentes, frente a una mayoría de supervivientes con nada que ostentar, mucho que pedir y una sonrisa dibujada en la cara para que la existencia diaria sea un poco mejor. Este contraste se ve muy bien en el malecón de la ciudad, donde los pudientes se entremezclan con grupos de humildes dominicanos cargados de ron barato, neveras y sillas para pasar el día junto al mar en ese paseo que tanta vida da a la capital, y que en realidad se llama avenida George Washington.

En cada calle de la ciudad hay un colmado. Tantos como bares en España. Se distinguen por su explosivo colorido. Amarillos, rojos, verdes, azules, rosas, naranjas... Todos juntos. Todas las combinaciones cromáticas son posibles en su fachada y en su interior. Y se distinguen también por la característica publicidad de las marcas comerciales de bebida o comida pintadas en la pared. No sé muy bien si es una tienda en la que se puede beber, o un bar en el que se vende de todo. Sea lo que sea, funciona como supermercado con barra. Da igual la hora del día, siempre habrá un colmado abierto, con el merengue y la bachata sonando muy por encima de los decibelios que un oído corriente debe tolerar, alguien con una botella o un vaso en la mano, baile y risas. Y además puedes comprar un rollo de papel higiénico, por ejemplo. Todo vale allí. Ir a por el pan a medio día puede convertirse en una juerga de veinte horas. Y muy barata.

Pasear por la idílica ciudad colonial te deja una sensación extraña. El dominicano de la calle es amable, sí, pero demasiado si te ve como un turista. Te adula constantemente, en busca de un interés. Quieren tu dinero, de la manera que sea, ya que la misma persona se te ofrece como guía, taxista, limpiabotas, relaciones públicas, vendedor de ron... lo que haga falta por unos pesos. Más inquietantes resultan las miradas y palabras de las mujeres. Chicas de mi edad y también bastante más jóvenes se nos acercan continuamente para hablar, llevarnos a un sitio y a otro, y para no se sabe bien qué. O sí, ya que uno puede ser más guapo o más feo, pero no es lógico que en cada calle se te intente acercar un grupo de niñas sonrientes. ¿Prostitutas? Nunca se lo preguntaré. Su ropa es muy discreta, es posible que sólo busquen pasar un rato en busca de algún regalo. Es posible que yo sea un prejuicioso.

Hay un nombre de mujer que tengo marcado en rojo en mi agenda. Es Trinidad, una de esas monjas que te hacen encontrarle algo de sentido a la religión. Con poco más de veinte años cambió Albolote, un pueblo de Granada, por la República Dominicana. Lleva media vida trabajando en el terrible barrio de El Caliche, donde los días se cuentan por muertos y la prostitución y el tráfico de drogas son las ocupaciones más corrientes. No va a ser fácil grabar aquí. A Trinidad la respetan porque hace mucho por el barrio, pero a dos españoles con una cámara, no.

Son calles estrechas y de tierra en las que las casas se agolpan. Chabolas sin puertas en las que los niños duermen desnudos, tirados en el suelo. Las alcantarillas sirven de piscina para calmar el sofoco de los pequeños. El sistema de cableado da pavor, con miles de laberintos de cobre enganchados los unos a los otros. Trinidad nos quiere enseñar su trabajo en este lugar, y nosotros queremos conocer a sus vecinos. A pocos metros de la casa parroquial empieza el entramado de callejones. Apenas recorremos unos metros, nuestra presencia es ya el acontecimiento de la tarde. De repente cien niños nos rodean. Tendrán entre ocho y doce años, aunque algunos de sus rostros delatan el equivalente a tres décadas de vivencias por lo menos. Quieren jugar, nos quieren robar. Hay uno con cara de jefe que no para de saltar delante de la cámara.

—Cuidado con ése, que tiene tres muertos -me dice Juanita, una prostituta del barrio a la que Trinidad y su parroquia ayudan y que se ha ofrecido para ser nuestro escudo-

—¿Tres muertos? -será que se le han muerto tres familiares, pienso-

Pero no. Ese preadolescente ha asesinado a tres personas.

La tensión crece y la masa de niños no para de chillar. Los adultos, serenos, nos miran algo expectantes desde las puertas de sus ruinosas casas. Yo no entiendo a nadie. No escucho nada.

Javi graba, yo voy detrás. Ahora se nos acercan para mostrarnos su miseria, nos empujan hacia sus casas.

—Aquí, aquí. Filma esto hermano, filma que no tengo pa comer y nadie me da trabajo -nos reclama un hombre delgado y casi sin dientes-.

Entramos en su vivienda y cuando intentamos dialogar un poco llega otro vecino y nos saca con un tirón en el brazo.

—Yo estoy peor, mira como duermen mis hijos -y señala a un niño de unos cuatro años y a su hermano, un bebé, tirados en el suelo sucio de una ínfima habitación-.

En mi cabeza luchan la excitación que provoca el tremendamente televisivo material que estamos filmando con la tristeza que genera contemplar la dura vida de estos niños. Me anestesio y sigo centrado en el reportaje. Conseguimos hacer una parte de la entrevista con Trinidad paseando por el barrio, pero tenemos que abreviar porque ha llegado el presidente de la asociación de vecinos para aconsejarnos que nos marchemos.

—Os quieren hacer frescuras -dice el hombre, que viste una camisa blanca, manchada, sudada y desabotonada, y lleva una gorra-.

A Trinidad le cambia la cara. Ni pregunto qué significa eso de “hacer frescuras”. Obviamente nada bueno. Nos vamos a la casa de la monja y sus hermanas, justo al otro lado de una carretera por la que merodean los jóvenes del barrio, su lugar franco para robar al que pase y echar a correr hacia ese laberinto del horror llamado El Caliche, donde son invencibles.

Ni Trinidad podía imaginar que la reacción de esa pobre gente iba a ser tan visceral. Llevo varios días viendo pistolas en la ciudad, porque son algo común sobre todo entre los ricos, que en teoría las usan para disuadir a los que pretenden secuestrarles o robarles; pero en ningún momento me había sentido tan desprotegido como ahora, pese a que no me han enseñado arma alguna. Nuestra presencia había generado un ambiente tan

enrarecido que la única opción coherente que nos quedaba era salir de allí y evitar problemas.

Trini, como le gusta que la llamen, dedica su vida a rezar y a asistir a los que la requieren en aquel endemoniado barrio. Su labor no se basa en dar algo de dinero o comida, que también; se trata de pura psicología y asesoramiento vital, legal y espiritual. Llegamos a un pequeño despacho en el que pasa consulta varias horas a la semana. Hoy atiende a una madre con su pequeña de tres años, que tiene una enorme brecha en la cabeza. Una bala suelta le había alcanzado meses antes y le había provocado una lesión cerebral. Acude allí a rehabilitar a su hija, y a que alguien escuche sus penas. Qué sonrisa tan enorme tiene la niña, ajena a todo.

Mientras tomamos un juguito, como aquí llaman a los zumos, para calmarnos un poco tras la movida tarde, aparece Andy. Es un niño de El Caliche, huérfano de padre y ahora también de madre. El SIDA ha matado a su mamá la pasada noche, y viene a contárselo a Trini. Con doce años, se tiene que quedar a cargo de sus dos hermanos menores. Pide ayuda. La historia es dura por sí sola, pero lo que hiela es el tranquilo testimonio del chico. Sus enormes ojos ni se inmutan cuando nos relata que su mamá se había desangrado en la casa, y que para llevarla a un cementerio había apaleado junto a sus amigos al chófer de un autobús, le habían quitado el vehículo y en él habían trasladado el cuerpo de su madre.

Me quedo mudo. Bebo un poco de zumo y al ver que Andy me sonrío, educado, reacciono. Empiezo a hablar con él y mi afán por conseguir buenas historias —ésta sin duda lo es— me hace reaccionar.

—Graba -le digo a Javi-.

Pido permiso a Trini que, anestesiada por la vida, no nos pone problemas. Y entrevisto a Andy. Nos cuenta su drama sin

inmutarse. Ni una lágrima. Nunca sabré si el niño no lo tenía asimilado todavía o es que de verdad en ese barrio los pequeños se han vuelto inmunes ante desgracias así. Cuando termina de hablar, lo que me sale es darle la mano, las gracias y el equivalente a veinte euros en pesos dominicanos, lo que tengo en ese momento. Una fortuna para él. Andy me sonríe otra vez y se va corriendo para comprar comida a sus hermanos. Eso dice.

Jamás supe en qué gastó el dinero, y todavía no tengo claro si hice bien en dárselo. Quizá ahora Andy esté traficando con drogas, con dos hijos y una mujer prostituta del barrio. Igual ha sido alguno de los muertos que cada semana se quedan en el camino en esta zona de Santo Domingo. O a lo mejor consiguió en su día un bate de béisbol —me contó que jugaba muy bien y que soñaba con irse a Estados Unidos a imitar a su ídolo, Álex Rodríguez, jugador dominicano de los New York Yankees— y juega en las divisiones inferiores de algún equipo de la capital con opciones de ser profesional.

Aquel día me fui al hotel satisfecho por mi trabajo y por el material obtenido. Cuando llegamos a Sevilla y vimos el contenido de la entrevista, la dirección del programa decidió no emitirla porque se trataba de un menor. Me dio mucha rabia, pero pronto comprendí que era lo correcto. Estaba recibiendo mi primera gran lección de periodismo, aunque en ese momento no lo valoré. No todo vale, por supuesto que no.

La inevitable Punta Cana

Alquilamos un coche y nos cruzamos la isla en busca de Punta Cana, el destino turístico más conocido de la República Dominicana. Conducir tiene sus riesgos, pero es divertido. Es hasta recomendable perderse por alguna de esas carreteras tan mal asfaltadas y preguntar por tu destino. Si bajas la ventanilla y llamas a un dominicano tienes que tener paciencia. “Muy buenas, esta-

mos perdidos y vamos en dirección Punta Cana”. No esperes una respuesta inmediata. Lo normal es que tu interlocutor pregunte a otro, que a su vez este otro entre en un local y salgan dos o tres dominicanos más y de repente se organice una tertulia para esclarecer cómo demonios se va a Punta Cana.

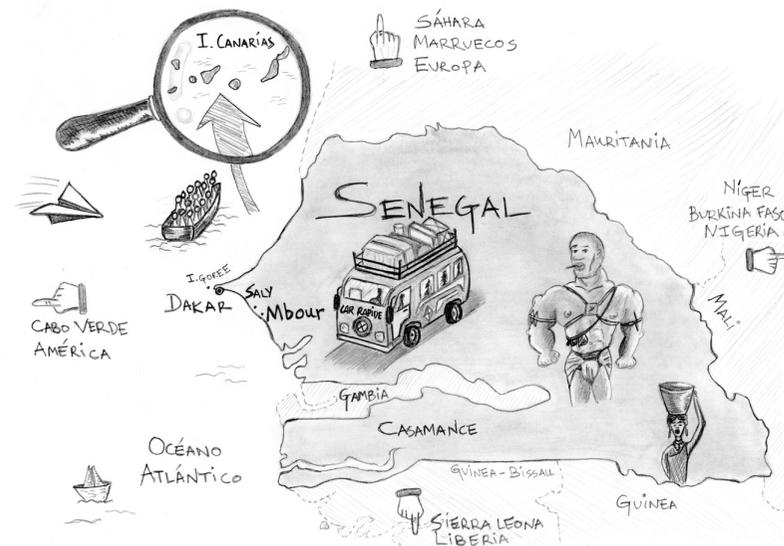
Al final tardamos unas cinco horas en llegar al encuentro con Ángel Almagro, un buscavidas que había trabajado en hoteles, inmobiliarias y negocios relacionados con la construcción, y que también vende pastillas para el vigor del miembro viril. Porque Punta Cana y el turismo sexual van de la mano. El guía perfecto para mostrarnos esta zona. Lo que vemos es una sucesión de hoteles, apartamentos, bares, palmeras, y arena fina. Repleto de holgazanes europeos y norteamericanos ataviados con la famosa pulsera que da derecho a consumir de todo, y cuando quieran, en el complejo de turno. Una diversión de cartón piedra; turismo masivo y borreguil. De tatuaje tribal. Aunque es verdad que si te abstraes de todo eso, te encuentras con un lugar precioso, en el que puedes bañarte en la playa todos los días del año; de ahí su éxito en el invierno europeo. La noche acompaña también. Temperatura suave y decenas de locales en los que los grupos de jóvenes y mayores intercambian copas, miradas y ganas de no dormir solos en esa habitación de hotel que con tanto esfuerzo han reservado para una semana.

Punta Cana y sus playas son la República Dominicana. Sí. El ron y el malecón de Santo Domingo, también; como la juerga y los buenos hoteles, las mujeres bonitas y la alegría del pueblo. Pero para mí, Andy y Trinidad siempre serán la realidad de este país, la que no conocería si hubiera viajado por placer. La que, cada vez que veo una imagen de una palmera en la playa acompañada con una oferta para disfrutar de unas vacaciones perfectas, se me viene a la cabeza inevitablemente. Se termina mi primer viaje. Una semana ha bastado para madurar más que en mis veinticinco años anteriores. Como periodista y como persona, si es que esas dos palabras se deben separar.

Enero, 2008

Dakar, Senegal

El país de la teranga



Todavía me asustan las miradas desafiantes de aquellos ojos ensangrentados de odio. Los gritos en wolof, la lengua más hablada del país, de esas mujeres vestidas de mil colores que nos chillaban a la vez que se tapaban la cara con las manos o una parte de sus ropas. La tensión que se disparaba cada vez que levantábamos la cámara para grabar algún plano. Los insultos de los niños que no recibían su limosna. Y eso que a Senegal le llaman el país de la teranga, una palabra local que significa hospitalidad. Una palabra que se olvida ante dos extranjeros con una cámara. Cuando íbamos sin nuestro instrumento de trabajo la actitud era más relajada, sí, pero estábamos allí para grabar y teníamos que sortear esa dificultad. El pueblo senegalés es mayoritariamente musulmán y bastante supersticioso. Muchos creen que si les grabas o les haces una fotografía te estás llevando su alma, por eso se ofenden de esa manera. Otros lo hacen como estrategia para sacar algo de dinero. Si quieres grabarme, paga. Si no, ¡fuera de aquí! Muchos no han vencido todavía su resentimiento ante el blanco, esa raza opresora durante tantos siglos.

De Senegal dicen que es el mejor país para tener el primer contacto con el África negra, por ser un lugar muy seguro y con

una historia poco beligerante. De hecho, su independencia de Francia, en 1960, se culminó sin derramar nada de sangre. Sus cambios de gobierno han sido pacíficos y los mayores problemas los han tenido con un movimiento separatista de la región de Casamance, -de mayoría cristiana, al sur del país- que en la actualidad no tiene demasiada fuerza.

Tanto para Juanma, compañero cámara y amigo, como para mí, es la primera vez en África. Llegamos con varias vacunas en el cuerpo -hepatitis A y B, fiebre amarilla, tratamiento contra la malaria-, siguiendo los consejos del Ministerio de Sanidad de España -excesivamente precavido a veces-, y cargados de productos protectores contra los mosquitos. Aterrizamos de noche y cansados. Israel, andaluz de El Puerto de Santa María, va a ser nuestro primer entrevistado y se ha empeñado en recogernos en el aeropuerto. Nos ha hecho mucho hincapié, entre risas, en que tiene que venir a por nosotros, algo que entiendo nada más pisar Dakar, la capital del país. Somos prácticamente los únicos blancos en el avión, y a la salida de la desvencijada terminal de llegadas nos aguarda un batallón de senegaleses que se lanza sobre nosotros, dándose manotazos entre sí, vociferando, intentando agarrar nuestras maletas y meternos en sus coches. Entre el cansancio del viaje y el repentino revuelo que se crea nos quedamos bloqueados, hasta que diez segundos después se abre paso entre aquellos hombres uno más bajito, con pinta de español.

—¡Venid para acá, venid para acá! -nos grita sin necesidad de presentarse Israel-. Os lo dije. Esperan aquí y cuando sale un blanco por la puerta se tiran encima para sacarse algo de dinero. Se ponen muy pesados, no te puedes fiar. Vámonos.

Nos montamos en su coche, conducido por un empleado que tiene contratado como chófer y recadero, algo bastante habitual entre los expatriados con una buena posición en países

como éste. Israel se dedica al comercio de pescado. Su empresa compra el género en la costa senegalesa y lo distribuye en Europa. Tiene a casi doscientos trabajadores a su cargo, unos en la fábrica preparando los envíos y otros en el mar. Senegal tiene en la pesca un importante motor económico.

—Muchas gambas y muchos chocos que la gente se come en España creyendo que son de Huelva, vienen de aquí -asegura-.

Aunque el idioma oficial es el francés, para que un blanco se haga respetar es importante que aprenda una base de wolof.

—Si les dices aunque sea tres frases en su idioma original, te miran de otra forma.

Se maneja muy bien con los senegaleses, sabe cómo ganarse su confianza y cómo ponerse duro para que hagan bien su trabajo. Un tipo llano y atento, que cuando aparece por la fábrica o la playa a la que llegan los pescadores en sus barcos reparte saludos, abrazos y risas con su gente. Casi un negro más.

Porque cuando un blanco vive en África es muy importante que venza esa barrera del color de la piel. Es fundamental que dejen de verlos como un “monedero con patas”, un “extranjero rico al que sacar el dinero”. Macu, una malagueña que da clases en la Universidad Cheikh Anta Diop de Dakar, lleva esa máxima al extremo. Es un espectáculo verla discutir con los taxistas, por ejemplo. Coger un taxi en Senegal es una aventura, y no sólo porque son viejos peugeot casi destrozados, algunos incluso sin puertas, verdaderas tartanas. No hay paradas, los coches dan vueltas por las calles buscando a los clientes. Si te ven andando te pitan, se acercan y se ofrecen. Si tú los necesitas, les dices “voy a tal sitio”, y ellos deciden primero si les viene bien llevarte o no. Si la respuesta es afirmativa, llega el momento del regateo. Como no hay taxímetro, pretenden cobrarte diez veces más de lo que le cobrarían a un senegalés. Si eres un turista, sueles picar

porque aún así es muy barato; pero si ya te conoces el truco, empieza la negociación. Macu es firme y rechaza varios taxis. Incluso se encara con un conductor, a voces, por intentar estafarla. Aquí estamos, con cierta prisa por ir a nuestro destino, pero muy dignos, esperando a dar con un taxista que no nos engañe. Nos quieren cobrar unos mil francos CFA, al cambio un euro y medio, cuando el precio real del trayecto son unos cincuenta céntimos.

—Parece una cantidad ridícula, sí, pero supone un paso más para integrarte. Tenemos que discutir con ellos hasta que nos cobren el precio que pagaría un senegalés. No es por el dinero en sí, es porque aprendan a no tratarme como a una extraña. Por vivir como ellos -se convence Macu-

Al final optamos por otro transporte incluso más barato, el *car rapide*. Son unas furgonetas azules y amarillas que por unos céntimos recorren toda la ciudad. Una especie de autobús de línea que varía su ruta constantemente. Un chico conduce y otro va de pie en la parte de atrás, con la puerta abierta, voceando las paradas, de manera que los senegaleses le pagan en función del recorrido que hagan y se montan casi en marcha. Una vez dentro, el que puede se sienta y el que no se queda de pie, o agachado, o como sea, porque se meten quince personas en el espacio de cinco. Nosotros nos subimos y nos quedamos de pie, con la cabeza agachada para no dar en el oxidado techo. Los compañeros de viaje nos miran extrañados mientras el *car rapide* hace honor a su nombre y sale disparado, dando botes por las agujereadas calles de Dakar. Aquí dentro no se ve nada, ni se respira nada. Pues eso, vivir como ellos.

La casa de Macu es muy sencilla. Reside en un piso casi sin amueblar, en el que se apaña con un colchón, un ordenador, un baño y los utensilios básicos de cocina. Jami, una chica algo más

joven que trabaja en un kiosco cercano a la universidad, acude para prepararle la comida a cambio de un pequeño salario. Macu, lejos del prototipo burgués, lo hace para ayudarla, y como Jami cocina genial, ambas salen ganando. Nos ha preparado una exquisita *thieboudienne*, un guiso típico de arroz, verduras y pescado que devoramos directamente de la olla, sentados en el suelo. La complicidad entre ellas es evidente y nosotros nos sentimos en familia. La confianza es tal que Juanma, hombre de no demasiadas palabras pero de certeras preguntas, empieza a interesarse por la forma de vida de Jami. Ella, algo tímida, contesta con monosílabos y frases cortas que Macu nos traduce del francés.

Entre cucharada y cucharada, Juanma va al grano y le pregunta si está casada, y como ella dice que sí, quiere saber más sobre su matrimonio. A mí me da algo de pudor preguntar tantas intimidades a esa chica, que no estaba muy cómoda hablando de sí misma, pero sé que Juanma quiere llegar al asunto de la poligamia, porque no se puede creer que en Senegal muchos hombres tengan varias esposas.

—Y tu marido, ¿tiene más mujeres? -se lanza-

La robusta Jami asiente, casi avergonzada, y explica que sí. La poligamia está muy extendida todavía en Senegal. Esta práctica, regulada por el Corán, se está perdiendo en muchos países musulmanes, pero en otros aún perdura porque está muy mal visto que una mujer no tenga marido, así que muchas de ellas prefieren compartirlo a quedarse solas. Entonces Juanma hace la pregunta definitiva, sencilla e inteligente a la vez.

—Y a ti, ¿no te gustaría tener varios maridos?

Jami, la corpulenta Jami, levanta la cabeza, asombrada, y cuando parece que se va a ofender definitivamente, rompe a reír de manera estruendosa, mostrando sus blanquísimos dientes. Se pone colorada y se echa las manos a la cabeza. Los ojos se le han vuelto pícaros de pensar en lo que acaba de decir mi compañero. Jamás se le había pasado por la mente la posibilidad de

que algo así pudiera suceder algún día, pero el simple hecho de estar entre extranjeros comentando esa hipótesis imposible le hace alejarse un poco, al menos por momentos, de la tradición tan machista de la que forma parte.

Una manera de agradar de entrada a un senegalés es contándole que eres español. Están muy interesados en nuestro país. Muchos de los que se nos acercan por la calle para vendernos suvenires, tabaco o cualquier cosa -los vendedores ambulantes están por todas partes y la mayoría de las veces te acosan hasta que les compras algo- chapurrean algunas palabras en castellano, y en cuanto les contamos de dónde venimos te dicen cosas como “yo tengo un primo en Gijón” o “mi padre estuvo tres años en Albacete”. Las clases universitarias de Macu son un ejemplo de esto. Un aula repleta de jóvenes, muchos de ellos sentados en el suelo, en las mesas o de pie porque no caben en las bancas, atiende a sus lecciones sobre cultura y lengua española.

—Aquí hay sitio para cien pero pueden ser trescientos y tengo matriculados a muchos más. Sueñan con vivir en España y por eso les encanta esta clase.

—Yo estoy en la sección cultural y no tengo nada que ver con los visados, pero como se enteren de que trabajo en la embajada se vuelven locos y ya te ven como una posibilidad, aunque sea remota, para ir a Europa, y eso condiciona cualquier amistad -responde Salim, que trabaja para la embajada de España en Dakar-.

La cercanía de Senegal con las Islas Canarias es un factor fundamental para que mucha de la inmigración subsahariana que llega a territorio español parta de la costa senegalesa. En Dakar las mafias que organizan los viajes de las pateras han

operado con fuerza en los años noventa, pero el control es cada vez mayor y la llegada de sin papeles se ha frenado bastante. En el puerto de Dakar nos citamos con un grupo de guardias civiles españoles que patrullan estas aguas con el fin de evitar la salida de embarcaciones ilegales. El gobierno de España y el de Senegal tienen un acuerdo para coordinar esa vigilancia, a la que se suman policías y militares senegaleses.

—Es tremendo cómo se juegan la vida. En España no sabemos la de personas que se quedan en el camino, ahogados, que no llegan a nuestras costas. Hemos venido a salvarles, a impedir que inicien ese viaje que probablemente termine en la muerte- cuenta Bernardo, un guardia civil que lleva seis meses destinado aquí.

Salimos a navegar con ellos. La jornada transcurre tranquila y sólo identifican a pescadores. No hay inmigrantes que interceptar ni drama que evitar, al menos hoy.

—Afortunadamente cada vez tienen más difícil salir. Eso es bueno porque las mafias ya no se enriquecen tanto. Cobran un dineral a los pobres que quieren emigrar, que piensan que van a encontrar un paraíso y normalmente terminan fatal -concluye-.

Juega Senegal un partido de la Copa de África 2008 y los policías senegaleses tienen la radio puesta en alta mar, pendientes del fútbol. Algunos españoles cocinan paella, otros nos atienden y siempre hay alguien atento al agua. Así pasan sus días, uno tras otro, durante los meses que dura su estancia -no suelen superar el año- en este país del oeste africano. Vienen por su vocación de servicio, y todo hay que decirlo, por unas condiciones económicas muy ventajosas que les permiten ahorrar y volver a España de manera desahogada tras su destino.

—No te puedes imaginar lo que es patrullar en Almería, por ejemplo, y que llegue un barco a la costa lleno de inmigrantes

al borde de la muerte, que un hombre de casi dos metros se te eche en los brazos como si fuera un bebé, llorando, tiritando, para que le salves la vida. Y los que no llegan... Si supieran la tortura que les espera, no saldría ni uno -se emociona Bernardo-.

A sólo tres kilómetros, frente a la costa de Dakar, está la Isla de Gorée. En cuanto te bajas del ferry que te lleva hasta allí aparece ante tus ojos un pueblecito agradable, lleno de niños senegaleses bañándose en la playa, grupos de amigos jugando al fútbol sin porterías, puestecillos de artesanía, músicos, y cientos de baobabs –el árbol mítico de África, ése que aparece en el cuento de ‘El Principito’-. Todos parecen ajenos al terrible pasado de este lugar, que durante más de tres siglos fue la puerta del infierno para millones de africanos. Aquí se estableció la sede principal del comercio de esclavos. Por esta isla pasaron veinte millones de negros, raptados en sus aldeas por los colonizadores europeos. Eran encarcelados, maltratados y vendidos al mejor postor para servir en Norteamérica, el Caribe o Brasil. Se les hacinaba y se les clasificaba en función de su sexo, peso, edad y estado de salud. Todo eso ocurrió en esta isla. Es entonces cuando uno llega a entender que lo miren mal por ser blanco. Que haya negros que de alguna manera tengan rencor hacia ti, aunque tú no tengas nada que ver con aquello. Y te da por agachar la cabeza, por sentirte un poco culpable, aunque sea absurdo, de lo que hicieron los de tu raza.

Dakar es una ciudad bulliciosa. Los ruidos, los olores y el gentío te acompañan siempre. El legado francés se nota en su arquitectura y aunque no está diseñada para pasear, andar por su centro resulta agradable. La zona del Plateau, el barrio diplomático en el que residen la mayoría de los extranjeros -pagando

alquileres más caros que en cualquier capital europea-, está bien cuidada. Fuera de allí, ya la cosa cambia y es complicado caminar por una acera en buenas condiciones. Continuamente veo grupos de niños pidiendo dinero por las calles. No es algo que sorprenda, pero sí me llama la atención que casi todos llevan un colgante con la foto de algo así como un líder religioso. Vamos con Paco, un funcionario destinado en Dakar, y se nos acercan tres niños. No tienen más de diez años. Están descalzos, con el pantalón roto y una camiseta de la que es imposible adivinar el color por su desgaste. Llevan en la mano una lata de tomate vacía que agitan para que suenen las pocas monedas que tiene dentro. Paco nos dice que no les demos nada. Así lo hacemos, y las caras simpáticas de los niños se transforman en maldad pura. Nos insultan. Se marchan.

La escena se repite con frecuencia. A veces les damos una moneda, otras no. Paco, que lleva varios meses viviendo aquí, confiesa que todavía no sabe si es peor aportar dinero o no, porque el drama de esos niños es irrevocable. Son hijos de familias pobres de todo el país, enviados por sus padres a vivir con un marabú, ése cuya foto llevan colgada. Un marabú es un representante del islam que en teoría se encarga de formar a esos grupos de niños -cada uno suele tener a su cargo a unos veinte- para que se conviertan en jóvenes de provecho. La práctica dice otra cosa muy diferente. Desde muy pequeños son siervos de su líder. No van a la escuela, apenas hablan cuatro palabras en francés -las suficientes para pedir- y su existencia consiste en vagar por la calle e intentar recaudar dinero y algo de comida para entregárselo al jefe. Si consiguen quinientos francos CFA, unos ochenta céntimos de euro, han cumplido. Si no, lo más probable es que reciban una paliza de ese predicador que los considera parte de un ejército a su servicio y que se lucra de ese infame trabajo. O sea, que si les das dinero, enriqueces al marabú y su sistema, y si no, puedes contribuir a que el niño sea golpeado.

La esperanza del joven senegalés medio es llegar a ser un deportista de elite. Este deseo, repetido en cualquier país del mundo, se acentúa cuando el lugar en el que naces no te ofrece apenas posibilidades de llevar una vida digna. Los niños senegaleses, sean víctimas de marabús o no, también sueñan con ser futbolistas. Van con sus camisetas de imitación del Barcelona, el Milan, el Manchester United o cualquier equipo en el que jueguen africanos. Y con un balón, de trapo si no hay para más. El partido se improvisa en cualquier sitio. Sirve una acera, un descampado lleno de piedras o la arena del mar. Apenas hay reglas. Diez contra doce, trece contra quince. Uno contra todos. Con y sin porterías. Jugar, entrenar, para escapar. Pero aunque el fútbol, pasión compartida en todo el mundo, sea una fiebre en Senegal, el deporte nacional es la lucha senegalesa. Y como coincide que estos días hay combates en Dakar, acudimos.

Llegamos a las gradas de un polideportivo al aire libre. Paco ha conseguido que un amigo senegalés nos venda entradas. Es por la tarde y somos los únicos blancos. Los asientos están repletos de animosos senegaleses que con pancartas, cánticos y bocinas animan a sus luchadores. Cada combatiente se rodea de un séquito de ayudantes que le motiva. Son estrellas mediáticas. Jóvenes deportistas que pueden ganar mucho dinero con cada victoria -los campeones han llegado a cobrar más de cien mil euros por un combate-. Hacen una coreografía, seguida por todos, aficionados incluidos, antes de la pelea, y cubren sus trabajadísimos músculos con leche. Son moles humanas, rocas. Su ropaje es un simple calzoncillo y los que tienen más personalidad se pintan el cuerpo o se ponen plumas. El *show* admite cualquier excentricidad y superstición. Este deporte es parecido a la lucha libre, pero con sus propias reglas. Gana el que tire al suelo a su enemigo. En cada velada se pueden ver varios combates, de muy poca duración, en los que casi es más importante el

ritual de antes y después que la propia pelea. Algunas duran menos de diez segundos.

Hemos pasado con la cámara metida en la mochila porque no queremos llamar mucho la atención. Si nos ven con ella, nos van a echar. No sabemos realmente si podemos grabar o no, pero sé que si pregunto me lo van a prohibir o me van a pedir dinero. Algo se inventarán. Con disimulo, cuando hemos dejado de ser el centro de atención, sacamos la cámara. Estos aparatos ya no son tan grandes como antes; ahora una profesional puede caber en una mochila de tamaño medio, por lo que son perfectas para viajar y acceder a muchos lugares con discreción.

Lo que queremos es tomar unas imágenes del espectáculo y que Paco, desde la grada, nos lo describa. Juanma enfoca, aprieta el botón y comenzamos. Resolvemos rápido, sin que desaparezca de nosotros esa adrenalina que siempre produce la clandestinidad. Antes de que pasen cinco minutos ya tenemos encima a dos miembros de seguridad que nos dicen que no podemos grabar. Lo previsto. Yo les entretengo con preguntas banales para ganar tiempo. Juanma sigue a lo suyo, filmando con la cámara apoyada en la rodilla, sentado en la grada, como el que oye llover. Tras un minuto aclarando la situación con los guardias, lo miro y me guiña el ojo, triunfal. Trabajo terminado. Nos disculpamos, guardamos la cámara, y a ver los combates.

Cada noche regresamos al hotel extenuados. África cansa mucho. El sol castiga todo el día, el tráfico y los problemas agotan y de por sí, una jornada de grabación, sea donde sea, te deja sin energía. Muchas noches prefiero llegar a la habitación, ducharme y relajarme leyendo el 'Ébano' de

Ryszard Kapuscinski -un libro fenomenal para entender África; más aún si eres periodista-. Pero los cámaras de televisión son una raza callejera y comilona, así que lo que procede habitualmente es acompañarlos a cenar. Además de los puestos y bares de comida senegalesa, muy cerca del hotel tenemos algunos restaurantes, sobre todo italianos, cuyos dueños son libaneses. De hecho, muchos de los negocios que hay en Senegal son de emigrantes llegados de Líbano, un pueblo muy nómada, que lleva el gen comerciante en la sangre y está muy extendido en el África occidental. Llegaron en la época colonial y aunque conviven en paz con los senegaleses, se mezclan poco; es raro ver un matrimonio mixto. Y, ¿por qué permanecen en un país del que los propios senegaleses quieren huir? Aquí tienen su vida, su negocio. Muchos están olvidando sus raíces y casi no conocen el árabe. ¿Volver? ¿Probar en otra parte del mundo? Ya son senegaleses. Los senegaleses blancos.

Nos alojamos en la Corniche, una suerte de paseo marítimo que bordea la costa. Es el sitio más agradable de la ciudad, y como además está en el barrio pudiente, el Plateau, estamos al lado de las tentadoras fiestas. Aunque yo no lo hubiera imaginado, la vida social nocturna por aquí es muy intensa. Raro es el día que no nos invitan a una celebración, y, claro, no siempre se puede decir que no. Está feo. Por mucho que haya que madrugar al día siguiente. Descubrimos una especie de chiringuito de verano convertido en bar de copas. Es una fiesta privada. Hay unas trescientas personas. Nada más llegar se percibe la ruptura de la barrera racial, y gente de todos los colores se conoce, baila, y lo que surja. Eso sí, cuando suena el mbalax, una acelerada música local, el blanco se tiene que resignar a apartarse y contemplar como el negro, casi poseído, demuestra quién juega en casa.

Al margen de estos eventos privados, a los que acuden extranjeros y la clase media-alta local, la noche de Dakar es pecu-

liar. La mayoría de los bares son oscuros -eso no es novedad-, y llama la atención que, aunque no sean clubes de alterne -que abundan también-, están repletos de prostitutas. Ellas saben que el hombre blanco que frecuenta los bares es su potencial cliente, y allí van a ofrecerse continuamente. Hemos salido con unos españoles a los que conocimos en una grabación, y les tengo que preguntar varias veces si de verdad no me han traído a un puticlub.

—Que no Luis, aquí funciona así. Ellas vienen a los bares, las dejan estar aquí sin problemas.

Es bastante sórdido. Aunque no me encuentro cómodo en este tipo de ambientes, me adapto a la noche y trato de rehuir las miradas y caricias de las chicas.

El turismo sexual atrae a muchos europeos a Senegal. Algunos de estos visitantes son pedófilos en busca de la impunidad que conlleva un país como este, sin demasiado control. Al sur de Dakar, cerca de M'bour, se encuentra Saly, una zona costera en la que muchos niños caen en la trampa. Hasta allí nos desplazamos para ver cómo viven las familias de la zona. En el pueblo de Saly-Carrefour lleva casi cuatro décadas Esperanza, una religiosa sevillana. Se encarga de formar a futuras monjas senegalesas, y entre todas llevan una escuela a la que acuden muchos niños del pueblo. Si están escolarizados es más difícil que la pedofilia les tuerza la vida, por lo que la labor de Esperanza, de las Hijas de Cristo Rey, y de otras organizaciones -no gubernamentales ni religiosas- es fundamental en este lugar.

La explosión de alegría que nos recibe cuando entramos en la escuela me marca para el resto del día. Esperanza sabe contagiar a los niños esa felicidad que tienen las personas entregadas a la ayuda. Decenas de pequeños aprenden, bailan, cantan, juegan y ríen ajenos a que a pocos kilómetros, otros niños de su

edad pueden estar sometidos a abusos sexuales a cambio de un dinero que ni siquiera es para ellos. Pasamos la mañana con los alumnos y por la tarde vamos a Saly-Joseph, una aldea vecina de la que proceden muchos de los pequeños. Como la mayoría de las familias no tiene recursos y su preocupación fundamental es comer, el futuro importa menos. Por eso Esperanza y sus compañeras educan a niños, pero también a padres.

Nos cruzamos con dos madres de apenas veinte años que vienen de coger agua de un pozo, con los barreños llenos sobre la cabeza. Nos miran y sonríen, muy presumidas. Los hombres se reúnen en grupos, sentados sobre piedras o en cuclillas, y se frotan los dientes con una rama de árbol pulida, una afición común entre los senegaleses. Y los niños juegan. Se nos tiran encima, nos cogen de la mano, nos cantan. Cuando llegas a una aldea como ésta y te pones a grabar, nada hace más feliz a un niño que acercarse a la cámara. Juanma gira el visor por el que se observa la grabación y así los propios niños se ven, como si fuera un espejo. Algunos se quedan boquiabiertos por contemplarse a sí mismos. Otros gritan y saltan. Los menos, se avergüenzan, y la mayoría ya se ha convertido en nuestra sombra y nos sigue allá donde vamos. Es un sitio tranquilo, con callecitas de tierra y mucho campo. Las chabolas son de adobe. Alguno se las ha ingeniado para tener algo de luz. Otros ni siquiera eso. Hemos traído bolígrafos, caramelos y ropa para repartir en la aldea. Impresiona ver cómo los niños se pelean por los caramelos, pero luego, una vez obtenido el botín, los comparten hasta con nosotros.

Visitamos a una familia que lo pasa especialmente mal. Son cinco hijos, una madre que intenta ganar algo de dinero vendiendo escobas que ella misma fabrica con hojas secas de palmera, y un padre al que se le ha ido la cabeza. Esperanza trae dos barras de pan y conversa con la mujer sobre uno de sus hijos, demasiado revuelto últimamente en clase. Yo he venido con una

camiseta del Sevilla para el padre. El hombre la ve y sonríe, pero no dice nada. Viste una túnica roja, tiene los ojos muy colorados y tiembla. Está visiblemente enfermo, con la mirada perdida. Cuando descubre que estamos grabando se levanta y se acerca, lentamente, al hueco por el que entran a la chabola para dormir, al que no se le puede llamar puerta. Un minuto después sale con una espada de medio metro de larga, triunfante, se sienta sobre el tronco de un árbol y la sostiene con las dos manos. Está posando, orgulloso. Probablemente nos quiere decir que ha sido un guerrero toda su vida. Que ha luchado durante años por tener una familia y vivir felices. Alguna vez hasta habrá soñado con ir a España, por qué no, a ganar mucho dinero y volver para comprar una casa. Ahí sigue, batallando. Ahora contra el alzhéimer, o contra algo parecido. Ni siquiera tiene un diagnóstico. Qué más da. Su mujer hace escobas, sus hijos tienen salud y están aprendiendo en la escuela. Él, por si acaso, sujeta fuerte la espada. Ahí está, sí, aunque tenga la mirada ausente. Aunque no hable. Luchando para que la espada no caiga. Se aferra al metal como el que abraza un tronco en el agua, a contracorriente. Esa espada ya es su único vínculo con el mundo real, ese del que se bajó hace un tiempo y que tan duro ha sido siempre con la gente como él, con los que nacieron miles de kilómetros más al sur de donde todo es mucho más sencillo.

Enero, 2009

Nueva Delhi, India

Donde todo es verdad



Estamos atascados. Vamos subidos en una ruidosa motocicleta con capota que se llama *auto-rickshaw*. Tiene en su parte de atrás un asiento horizontal para dos desde el que contemplamos el caos. El tubo de escape brama como poseído y la música de una película de Bollywood que sale del casete dificulta la conversación. Las rupias siguen sumando en el contador, lentamente. El conductor nos mira y sonríe. Da igual, como mucho nos va a costar un euro. Todo el mundo pita. Somos miles en esta inmensa avenida. Todos iguales, verdes y amarillos rematados con estrafalarios motivos religiosos. Sin ventanas ni puertas. Es el transporte público más utilizado, el que mejor se mueve en este infierno. Los pocos semáforos, pasos de peatones y señales que hay son ignorados por completo. Nueva Delhi es una jungla de asfalto.

Se abalanzan sobre nosotros unos veinte niños surgidos de la nada. Una cría de unos diez años sujeta en brazos a uno de no más de tres, con los ojos quemados. Otro chico arrastra una pierna con resignación, justo detrás de un adolescente sin brazos que muerde un platillo con una moneda. Todos suplican dinero. Jamás había visto tanta desesperación en tan poco espacio. Caras sucias, ropas rotas, ojos enormes clavados en César, mi compañero cámara esta vez, y en mí. Están solos, sin adultos.

Me dan en el hombro, me cogen la mano, ruegan atención. Son apenas diez segundos, una eternidad. No sé reaccionar, me bloqueo. Cuando los coches se mueven y avanzamos, giro la cabeza y los veo volver corriendo a la acera, como si nada, a esperar al siguiente extranjero, que no somos demasiados en la capital. Un sudor frío me recorre la espalda. Esos niños son víctimas de mafias, y sufren amputaciones y quemaduras para dar más pena y recaudar más dinero para sus jefes, sus dueños. Otra vez el horror humano se ceba con niños indefensos. Atroz. India.

Tras China, es el segundo país más poblado del mundo, con casi mil trescientos millones de habitantes. Aunque en plena crisis mundial se le considera una economía emergente, aún padece esa cerrazón mental que la ancla al subdesarrollo. Su sistema de castas, que data de hace más de tres mil años, todavía divide a la sociedad en cuatro clases: sacerdotes, guerreros, comerciantes, y esclavos. Además de los intocables, que ni siquiera tienen casta y están plenamente marginados. Las clases altas repudian a las bajas, las maltratan, las ignoran. Si alguien se casa con un miembro de otra casta será castigado hasta por los suyos, con la violencia y la exclusión. Aunque oficialmente el sistema está abolido, se sigue cumpliendo en las zonas más rurales del país.

—Si tu sector son las finanzas, el mejor sitio para estar es Wall Street; pero si te dedicas a la cooperación, tienes que estar en India -argumenta Joaquín, que trabaja para UNICEF en Nueva Delhi-. La mitad del país no tiene acceso a un aseo. Las cifras de contagio del virus del SIDA son terribles y siguen aumentando.

“Todo lo que te cuenten de la India es verdad”, reza un dicho popular. Llevo unas horas en este vasto país, que más que país es un subcontinente, y ya empiezo a creérmelo todo. Nos alojamos en un buen hotel, el Crown Plaza, porque aquí no hay

término medio y las alternativas a los hospedajes caros no son nada cómodas para un viaje laboral. Los controles de seguridad antes de entrar en el hall son pesadísimos, excesivos. Se revisan todos los vehículos, nos escanean las bolsas y nos cachean. Hemos llegado poco después de unos graves atentados en la ciudad de Bombay —a finales de noviembre de 2008 un grupo yihadista asaltó varios hoteles y edificios y asesinó a ciento setenta y tres personas- y el país entero está en alerta.

Tras la primera jornada de rodaje llego a la habitación y ocurre algo hasta ahora inusual para mí, y que se repetiría los días posteriores. Un empleado llama a la puerta y pasa sin pedir permiso. Me saca conversación con una sonrisa en la boca. Yo, paciente pese al cansancio, atiéndolo con educación, pero algo desconcertado. Tras varias preguntas banales, mi interlocutor, perfectamente vestido de botones, mira una sencilla camiseta que tengo sobre la silla.

—*Biuriful, biuriful, for ma children* -dice en ese inglés con acento indio, muchas veces imposible de entender.

Me quedo frío. Quiere ropa para su hijo. Me cuenta que no tiene sueldo, su sustento son las propinas y la caridad.

—*For you*-. Se la doy, claro.

Estamos en una zona alejada del centro, pero no por eso tranquila. El bullicio es inevitable en cualquier rincón de esta megalópolis de casi veinte millones de habitantes. En la misma calle del hotel encontramos negocios variopintos. Planchadores de ropa, peluqueros, lavacoques, vendedores de comida y tabaco, y hasta un limpiador de cera de oídos. Sin local, ni techo, ni puerta, ni nada. A la vista de todos; hoy aquí, mañana allí. Apoyados en un árbol, o en una moto. La ciudad entera es un gigante mercadillo. Casi todos los indios venden algo. La peculiar escena la completan los animales. Perros famélicos abandonados. Una cabra mordisqueando una esquina en busca de hierba. O un grupo de vacas que se reúnen a disfrutar de su

estatus privilegiado, en mitad de la ciudad. Como es el animal sagrado de la religión hindú nadie osaría a hacerles el más mínimo daño, y, por supuesto, nadie come ternera. También aparece en escena el típico elefante que se pavonea pisoteando el asfalto. Me lo habían advertido, hay elefantes por la calle. Pues sí, no es que haya en cada esquina, pero se ven con cierta frecuencia y naturalidad.

Voy a un mercado de barrio y observo a varios indios orinando en un muro frente a los puestos de venta, sin demasiado pudor. Son los mismos que despachan los alimentos, los mismos que le cortan delante de ti la cabeza al pollo que venden, en una sangrienta escena que sólo tapan un poco cuando aprecian que les estamos grabando con una cámara. Ninguno se ha lavado las manos después de su visita al muro, por cierto. Y no es un tema menor éste, porque muchas organizaciones no gubernamentales y el propio gobierno hacen campañas continuamente para que los indios, especialmente los niños, cuiden más su higiene diaria y eviten así el contagio de enfermedades que aquí pueden ser mortales.

Un aspecto más frívolo, pero también curioso, es el de la estética. Mientras las mujeres se cuidan y les gusta presumir con sus vestidos y sus caras maquilladas, el hombre medio indio es absolutamente gris. Pantalón de pinzas oscuro y camisa de color claro. Raro es el que se sale de esa norma. Aún así, su toque de distinción lo da el pelo. Parece estar de moda un tinte para hombres de un extraño color entre rojo y naranja con el que se destacan los más vanidosos. Eso sí, el encanto que pretenden emanar con su arriesgado *look* capilar lo pierden cuando mastican una especie de tabaco con el que se pasan horas y horas en la boca, que les pone la lengua y los dientes rojos –igual por eso se tiñen el pelo a juego- y que les hace escupir continuamente en

el suelo. Como muchas aceras en India terminan asquerosamente llenas de las manchas que provoca esa saliva colorada, en las estaciones de tren y otros lugares públicos se colocan carteles en inglés y en hindi –el idioma local más hablado- que prohíben escupir, bajo amenaza de multa.

Si hay un elemento estético indio conocido mundialmente es el famoso punto que llevan muchas mujeres, y también algunos hombres, en la frente. Por mucho que pregunto no consigo averiguar el motivo exacto por el que se colocan ese círculo, normalmente rojo, entre ceja y ceja. Hay muchas explicaciones. Su origen religioso es indudable, pero hoy también lo llevan por imagen, superstición, por costumbre o porque están comprometidas o casadas, razón esta última por la que las mujeres también se tiñen de rojo una línea de pelo que empieza en la frente y sube unos centímetros hacia la coronilla.

Me cito con Paco, un cordobés que viene de residir en Lituania y que ahora da clases de español a niños indios. Vive como un local más; monta en los destartados autobuses de línea, llenos a reventar siempre, bebe té en la calle y sus amigos son indios. Integración plena. Él nos enseña que se saluda diciendo *namaste*, juntando las palmas de las manos e inclinando un poco la cabeza. Además, para decir “sí”, los indios no afirman con la cabeza, si no que la ladean como si fuera un gesto de duda, algo muy confuso para un occidental. Por ejemplo, si le preguntas al camarero si tienen cerveza, puede que te sonría y mueva la cabeza hacia los lados como diciendo “creo que no”, pero en realidad está afirmando. Cuesta entenderlo.

El Chadni Chowk es el barrio comercial por excelencia dentro de esta ciudad netamente comercial. Cada calle parece una manifestación. No se puede ni andar. Miles de personas, cientos de bicis, animales, indios transportando carretillas cuya carga

puede alcanzar los cinco metros de altura, ruido, desorden. Uno de los sitios más fotogénicos en los que he estado nunca. Realizar una entrevista mientras caminamos, como habitualmente nos gusta hacer, es casi imposible porque tropezamos una y otra vez. En una esquina vemos a unos músicos junto a una puerta y nos paramos a grabarles algún plano. Uno de ellos nos escruta con la mirada y entra. Vuelve a salir con un señor de traje. Se acercan a decirnos algo. Me temo lo peor, acostumbrado al rechazo que suele suscitar una cámara. Esta vez somos bienvenidos. Se celebra una boda y de repente somos los invitados de honor. Además no podemos decir que no. Como cuando una abuela te pone más comida en el plato. Imposible. Entramos y contemplamos a decenas de señoras con sus elegantes y coloridos saris –los trajes típicos indios–, una mesa llena de regalos y una barra con comida y bebida, pero sin alcohol. Se trata de una celebración previa a la boda, el enlace en sí será mañana. Quieren que lo grabemos todo, se hacen fotos con nosotros. Les digo que no podemos volver mañana a la boda, que tenemos trabajo y un vuelo comprado a otra ciudad. A regañadientes, terminan entendiéndolo.

A una hora en avión desde Nueva Delhi se encuentra Jaipur, la llamada ciudad rosa por el color de sus fachadas. Toca despertarse a las 3.00 am para aprovechar el día en este lugar. Allí vive Sarai, una joven que trabaja con niños discapacitados. El viaje se complica desde por la mañana. Nos hemos olvidado una batería en Nueva Delhi y la otra que llevamos está casi gastada. Lo peor que le puede pasar a dos periodistas que trabajan en televisión. Menos mal que Filipe, el novio brasileño de Sarai, es una de esas personas que no se paran a pensar y actúa rápido. Nos recorreremos la ciudad de tienda en tienda, llamada tras lla-

mada, con su ayuda, para encontrar una batería compatible con la que cargar la cámara y poder grabar. Cuatro horas tardamos. Una vez enmendado el error, tenemos que trabajar en tiempo récord porque esa misma tarde tenemos el vuelo de vuelta a Nueva Delhi. Vamos todo el día con prisas en una ciudad donde todo transcurre despacio. Dos vacas se tumban sin importarles nuestra presencia, varios niños barren las calles sin asfaltar con la mirada perdida y unos ancianos con barbas eternas venden zumos. Una escena cualquiera. En silencio. Como si el reloj no avanzase.

Si la situación de los niños indios es difícil de por sí, la de los que tienen alguna discapacidad intelectual es terrible. Sarai nos presenta a los alumnos de su colegio. Desconocedores de su drama social, sonrén. Un país con tantos problemas atiende poco a estos colectivos, que sufren la incomprensión de una población todavía poco sensibilizada. Ella es feliz en la clase, y ellos lo captan. La mayoría sufre parálisis cerebral. Transmiten alegría, agradecidos ante cualquier gesto de cariño y dedicación. Enseñarles una simple sílaba puede llevar semanas. O meses. Pero qué lección de vida cuando lo consiguen y se vuelven a casa tras la hazaña lograda. Sin tiempo para digerir Jaipur, paro un *auto-rickshaw* y le digo que si llega al aeropuerto en diez minutos le pagamos el doble. Tarda siete. No perdemos el vuelo.

Ya en Nueva Delhi, salimos de nuevo a callejear. Un chico indio, de unos veinte años, está sentado en una motocicleta parada en una esquina. Sonríe y habla con otro de su edad, apoyado en la pared, mientras le agarra de la mano. Parece una conversación distraída, típica de jóvenes enamorados. Estos días he visto hombres indios cogidos de la mano, paseando, con cierta frecuencia. Pero algo me dice que es una cuestión cultural, me

extraña que la homosexualidad se muestre tan abiertamente en este país.

—Es un tema tabú, nadie lo quiere reconocer porque el rechazo de su familia y su entorno sería total. Los que se cogen la mano son amigos simplemente, aunque nos choque -me dice Manuel, un joven gay que reside en Nueva Delhi y comparte su vida con un novio norteamericano-.

Manuel y su chico lo llevan en secreto ante los indios, un pueblo muy tradicional y religioso que sigue sin entender que dos hombres o dos mujeres sean pareja. Sin embargo los *hijras*, como aquí llaman a los transexuales y travestis, tienen algo más de aceptación y aunque también son marginados por muchos, han salido de la clandestinidad. Se les considera una especie de tercer sexo, con un poder divino para, por ejemplo, bendecir o maldecir a recién nacidos. Conscientes de ello se sienten fuertes y a veces son agresivos cuando piden dinero por la calle -muchos viven de la limosna- o en el tren y alguien no quiere contribuir con su causa.

Lo obsoleto de la mentalidad de muchos indios se refleja también en los abortos selectivos. Tener un hijo varón es mejor porque de él depende la transmisión del apellido y la proyección económica y social de la familia. Por eso muchas parejas, cuando saben que su futuro bebé será una niña deciden no tenerlo. Patricia, que trabaja como cooperante, nos lo cuenta mientras nos acompaña a un lugar de obligada visita, el Taj Mahal.

Una odisea hacia el Taj Mahal

Partimos de madrugada hacia Agra, la ciudad donde se encuentra el Taj Mahal, porque se tarda entre cinco y seis horas en llegar, a pesar de que apenas hay doscientos kilómetros de distancia. Alquilamos un *ambassador*, precioso automóvil indio de

los años cincuenta, con chófer, porque conducir por esta carretera es una temeridad. El viaje es surrealista. Coches por el carril contrario, gente atravesando los carriles, obras sin señalizar, vacas que se sientan y paran el tráfico... pero llegamos. No tenemos permiso para grabar dentro del recinto del Taj Mahal, porque cuando lo solicitamos desde España nos pidieron mil euros, una cantidad que se escapa a un presupuesto limitado como el nuestro. Pero tenemos que hacerlo. Sí o sí. Y más después de tantas horas sufriendo la carretera. Patricia nos ayuda en la tarea. Hay varios controles de seguridad antes de llegar al jardín del templo, y en cada uno nos van quitando algo: un micro, una batería, otro micro... objetos que los guardias de seguridad estiman peligrosos. Cada vez que nos requisan algo volvemos a la cola y replanteamos nuestra estrategia. A pesar de que decimos que somos turistas, un truco muy viejo ya, nos advierten de que no podemos grabar "profesionalmente". Con un poco de picaresca y paciencia, al menos logramos pasar el cuerpo de la cámara y filmamos, aunque limitados técnicamente, esta maravilla. Por muchas veces que lo hayas visto en televisión, impresiona estar delante de esa preciosa combinación de simetría y blancura. Todo mármol. Una obra que un emperador musulmán dedicó a su esposa favorita. Luego vienen las leyendas, cualquiera sabe si reales o no, como la que dice que al arquitecto le cortaron los brazos para que no volviera a diseñar algo tan perfecto.

Miles de turistas hacen fotos y miles de indios intentan venderles algo. Demasiada gente. Lo que muchos no conocen es la parte de atrás del recinto. Dar la vuelta al Taj Mahal nos lleva casi otra hora en el coche, por el desvío de la carretera y el desesperante tráfico. De repente estamos ante la misma imagen, porque el Taj es igual por detrás que por delante, pero sin nadie alrededor. Sólo un pequeño riachuelo, arena, alguna vaca, algún niño, y nosotros. Sin pagar entrada esta vez. Y sin guardias ni

problemas. El reflejo del monumento en el agua al atardecer es la estampa que compensa las doce horas de coche.

Pakistán y otros problemas religiosos

La mayoría de los indios son hindúes -de ahí que también se utilice la palabra “hindú” como gentilicio de India, aunque es “indio” la forma más correcta-, pero también hay una gran cantidad de indios que profesan otras religiones. De hecho, unos ciento cincuenta millones son musulmanes, por lo que la India es el tercer país del mundo con más número de creyentes en la fe de Alá, solamente por detrás de Indonesia y Pakistán. Generalmente la convivencia es pacífica entre los diferentes credos. Un símbolo de este respeto es el Templo del Loto, en Nueva Delhi, una gigantesca construcción en forma de flor de loto, casi vacía por dentro, en la que se permite que se reúnan los creyentes de todas las religiones para que cada uno adore a su Dios. Sin embargo, esta simbólica armonía entre religiones nada tiene que ver con la realidad en la frontera entre India y Pakistán. Tras la Segunda Guerra Mundial, con la independencia de India de la corona británica, Pakistán -hasta ese momento parte de India- se segregó y formó su propio estado. Entonces se recrudeció un conflicto que venía de siglos atrás y que hoy tiene en el centro de sus discrepancias a la región de Cachemira. Es aquí donde entra en juego el factor religioso. Pakistán se separó de India porque la gran mayoría de sus habitantes son musulmanes y querían un estado diferente al hindú. Cachemira, también de mayoría musulmana, no se unió en ese momento a Pakistán y permaneció, hasta hoy, como parte de India. Pakistán la sigue reclamando y la tensión es continua entre los dos países, que tras varias guerras infructuosas viven hoy en estado de alerta ante el peligro diario de atentados, especialmente desde que Al Qaeda se ha hecho fuerte en Pakistán.

El conflicto entre musulmanes e hindúes hizo que en el siglo XVI naciera una religión de mucho peso en la India, el sijismo. Reconocer a los sijes es bastante sencillo. Si vas por cualquier lugar de India y ves a un hombre con mucha barba y el pelo largo, pero recogido y cubierto por un turbante, tienes ante ti a un sij. Su historia dice que deben llevar una daga, un brazalete metálico y algo ya no tan visible, la ropa interior de algodón. Son sus artículos de fe y están obligados a tenerlos consigo. Se estima que hay unos veintitrés millones de sijes, y aunque están repartidos por todo el mundo, la mayoría viven en India, especialmente en la región de Panyab -que también ocupa parte del terreno de Pakistán-. Los sijes son bastante influyentes en la sociedad india, y la mayor prueba de ello es que el actual primer ministro del país, el economista Manmohan Singh, es sij. Impone verlos en la puerta de sus templos, como guardianes protectores de su creencia, orgullosos de su tradición guerrera. Hoy en día, lógicamente, muchos no llevan consigo la daga, porque hacer una vida cotidiana suele estar reñido con portar un arma. En las guerras mundiales fueron importantes combatientes del ejército británico, cuando todavía India era una colonia, y no hace demasiado han sufrido el acoso de las autoridades indias, en uno de los episodios más funestos de la historia reciente del país.

En junio de 1984, Jarnail Singh Bhindranwale, líder sij, y sus seguidores se encerraron en el Templo Dorado de la ciudad de Amritsar, cerca de la frontera con Pakistán, en la región de Panyab. Aquel era su lugar más sagrado. Sus reivindicaciones independentistas -reclamaban un Panyab independiente- provocaron una violenta reacción en el gobierno de Indira Gandhi, entonces primera ministra, cuyos cuerpos de elite atacaron el templo y provocaron, entre ambos bandos y civiles, casi seiscientos muertos en tres días. Cuatro meses después llegó la venganza. Gandhi fue asesinada por dos de sus guardaespaldas,

curiosamente sijes. Y más venganza. En las semanas posteriores unos cinco mil sijes fueron asesinados en Nueva Delhi. La escalada de violencia incluyó la quema de casas y propiedades de todo lo que representara el sijismo. Con el paso de los años se calmaron los ánimos y la prueba es que hoy, apenas veinte años después, el primer ministro es un sij elegido democráticamente por todos los indios.

La historia religiosa y política tan convulsa de este país no evita mi sorpresa cuando aprecio en la entrada de una casa una esvástica. ¿Nazis en India? Vaya lío, no puede ser. Pero si abro bien los ojos empiezo a verlas por todos sitios. En templos, tiendas, paredes, al revés, al derecho, giradas, de diferentes formas y colores. Resulta que ese símbolo, que en nuestro momento histórico asociamos inevitablemente al nazismo, es una imagen religiosa relacionada con la prosperidad y los buenos augurios en el hinduismo. Lo que ocurre es que los nazis se la apropiaron y la convirtieron en su marca. Es tal el impacto y la fuerza que tiene ese dibujo en nuestro imaginario que aunque me explican su origen y significado reales, me es imposible desvincularlo de Hitler y su política de terror, xenofobia y racismo.

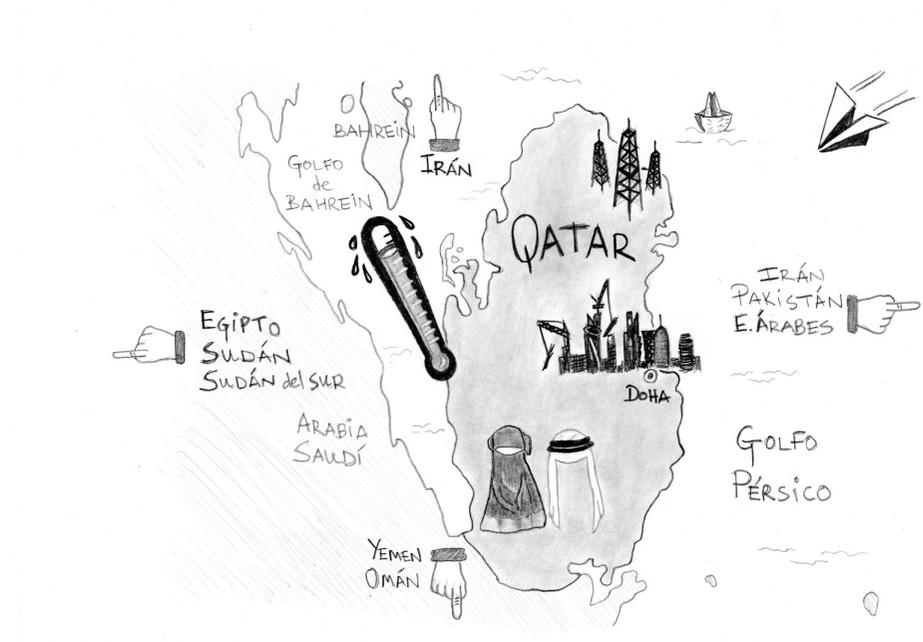
A la vuelta sobrevolamos Europa con destino Londres, donde haremos una rápida escala antes de regresar a casa. Es de noche y el avión va repleto de indios que viven en el Reino Unido y jóvenes europeos que han terminado un largo viaje asiático. Cada vez me cuesta menos dormir sentado; con el paso de los viajes y las horas de trabajo acumuladas, el cansancio se impone a la incomodidad de estas estrechas filas y al involuntario, e inevitable, contacto con el grueso vecino de mi derecha. Apago la música, me quito los cascos, cierro la revista de la línea aérea y ladeo la cabeza. Un bebé amenaza con llorar, pero está en la parte delantera de la nave y yo voy al final. Me asomo al pasillo

y compruebo que las azafatas están sentadas, por lo que parece que nadie molestará en las próximas horas. Sólo falta cerrar los ojos y empezar el repaso a lo vivido, un ritual que se repite ya en cada trayecto de vuelta, con el que ordeno pensamientos y facilito la ardua labor de selección y montaje que me queda en las próximas semanas. Mi última reflexión se detiene en esa frase popular que os advierte para cuando vengáis: “Todo lo que te cuenten de la India es verdad”. No seré yo quien lo niegue. Buenas noches.

Mayo, 2009

Doha, Qatar

Una cárcel de oro negro



El visor de la cámara parece que se derrite. Una mancha líquida se expande por la pequeña pantalla desplegable que muestra lo que grabamos. Todo se oscurece. Juanma intenta arreglarlo pero el sofoco no le deja pensar. Tiene la cabeza empapada en sudor, está agobiado. No son ni las doce de la mañana y nos acercamos a los cincuenta grados de temperatura. Buscamos una sombra que nos alivie para poder solucionar el problema. Nadie alrededor. Aquí, bajo un pequeño balcón construido sobre una entidad bancaria, en una avenida comercial, decidimos interrumpir la grabación. Mi compañero está mareado. La cámara ya no enciende. Ambos han sucumbido al extremo calor de Doha.

“¿Cómo será esto en agosto?”, pienso en el taxi camino de vuelta al hotel. Juanma apenas habla. Tenemos que replantearnos el plan de la semana. Necesitamos grabar exteriores, pero es imposible hacerlo en las horas centrales del día. Decido que las jornadas arranquen a las siete de la mañana, con un parón a las once, cuando nuestra salud empieza a correr peligro, para retomar el trabajo a las tres y media y aprovechar las dos horas escasas de luz antes de que a las seis el sol se ponga totalmente. Será la primera vez que pueda dormir siesta en un viaje de trabajo. El clima manda.

Qatar -desde hace poco Qatar para la Real Academia de la Lengua Española- es un país más pequeño que la provincia de Sevilla, bañado por el Golfo Pérsico y en el que, exceptuando la artificial Doha, todo es desierto. Una de sus peculiaridades es que sólo el veinte por ciento de la población es qatarí, unas trescientas mil personas. El resto, extranjeros diferenciados en dos grupos muy claros. Uno, el de los expatriados, europeos y norteamericanos principalmente, destinados aquí de manera temporal por sus multinacionales y ganando enormes sueldos. El otro, la mano de obra asiática, sobre todo filipina, india o nepalí, que gana una miseria y construye este país en obras en condiciones de semiesclavitud. Es indignante ver a los inmigrantes jugándose la vida en las alturas de los numerosos rascacielos a medio hacer, con estas temperaturas extremas, por doscientos euros al mes. Obviamente sufren mareos, lipotimias, accidentes y hay muertes; pero se tapan. De hecho, sólo hay tres termómetros públicos en todo el país, y dice la leyenda que están manipulados para que nunca pasen de los cuarenta y cinco grados y así los trabajadores no se atrevan a protestar.

La transparencia no es el punto fuerte de este país. Los partidos políticos no existen. Qatar es un emirato que da todo el poder al Emir; una monarquía absolutista que cuenta con un consejo de ministros, que, obviamente, rara vez tose al líder. Los últimos cambios de gobierno se han producido por golpes de estado entre miembros de la misma familia. De hecho, el jeque Hamad bin Khalifa Al-Thani, actual Emir y cuya imagen es venerada y se exhibe por todas partes, quitó del poder, por las malas, a su propio padre. Cosas de jeques.

Los trescientos mil qataríes deben ser muy felices, porque por el simple hecho de nacer con esa nacionalidad tie-

nen la vida resuelta. El mismo gobierno les facilita desde sueldos hasta casas y coches, les distribuye en cargos en cualquiera de las muchas empresas nacionales y, en definitiva, es su padre económico. El sistema perfecto. ¿De dónde sale el dinero? Del petróleo y el gas. Su premio gordo.

—Aquí abres un agujero y salen billetes -ironiza Miguel, un residente en Doha-.

Cuentan con tantas reservas de petróleo y gas que toda su población podrá vivir durante décadas, y muy bien, simplemente con saber administrarlo. Hasta los años cuarenta eran beduinos que vivían de la pesca y de la recolección de perlas, pobres que sobrevivían día a día. Pero apareció el oro negro, y luego el gas, y se hicieron multimillonarios en un rato. Y como el dinero llama al dinero, se han dejado colonizar por empresas de todo el mundo que quieren un trozo de la tarta, pero que para instalarse en Qatar tienen que pasar por caja, asociarse con empresarios locales y dejar, prácticamente, la mitad de lo que ganen en el país. Negocio redondo.

Su economía sigue creciendo y ya tiene el producto interior bruto per cápita más alto del mundo. Un ejemplo de este poderío es la Qatar Foundation, esa empresa que saltó a la fama en España por su polémico patrocinio al Fútbol Club Barcelona -se acusaba al Barça de aceptar dinero de un país que no respeta los derechos humanos-. Es una entidad sin ánimo de lucro que quiere fomentar el desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura del país. En Qatar y en el mundo. Su presidenta es Mozah bint Nasser Al Missned, una de las tres esposas del Emir. Ella, guapa y bien formada, se ha convertido en la relaciones públicas del estado, y acude a actos diplomáticos como cabeza visible de Qatar.

Todo lo que rodea a esta fundación huele a lujo. Universidades extranjeras, centros de investigaciones científicas,

empresas culturales, instalaciones de primer nivel... Para comprobarlo, vamos a una de las universidades norteamericanas que han abierto sede en Doha, la Carnegie Mellon. Nos lleva Miguel, un tipo extrovertido que lleva tres meses en Qatar y ya se codea con los más importantes del lugar. Un *headhunter*, algo así como un cazadirectivos, lo ha fichado para trabajar en el sector inmobiliario, y él aprovecha la oportunidad. Nos ha conseguido una cita con uno de los representantes de la Qatar Foundation para que nos enseñe el campus de la Carnegie Mellon y entrevistarle. Llega nuestro hombre, puntual, con su túnica blanca *-thawb-* característica y su pañuelo en la cabeza, su deslumbrante reloj de oro y su sonrisa, y empezamos a hablar -nos entendemos en inglés; raro es el qatari que no lo hable-. Paseamos por el campus. Miles de metros cuadrados de jardines, pabellones, aulas, tecnología... y absolutamente nuevo. Lo que más me llama la atención es que, aunque es un día entre semana por la mañana, apenas veo veinte o treinta alumnos. Parece un despilfarro innecesario. Tienen tanto dinero, construyen tanto, que después no tienen gente suficiente para disfrutar de tantas posibilidades. Es paradójico ver a estas jóvenes con sus carpetas bajo el brazo, ataviadas con sus abayas -el vestido negro que les cubre de la cabeza a los pies- y a los muchachos con sus enormes 4x4 llegando a clase, casi solos en la inmensidad de esta enorme universidad de lujo.

—¿Cuál es el presupuesto? -pregunto al qatari-.

—¿Presupuesto? ¡No hay presupuesto!

Un pozo sin fondo. Eso es Qatar.

Las excentricidades de los millonarios qataríes te saludan en cada esquina. Un porsche casi nuevo, abandonado, cubierto de arena por el paso de los días. Una casa con for-

ma de dinosaurio. O el centro comercial Villaggio, el más concurrido del país. Al más puro estilo fanfarrón de Las Vegas, han construido una pequeña Venecia con sus canales, sus góndolas -eléctricas y llevadas por filipinos, nada de un *gondoliere* remando y cantando-, o su techo pintado con nubes y un cielo azul. Las firmas de alta costura y joyería, además del imperio español Inditex, tienen aquí sus mejores tiendas. Este lugar se hizo famoso en el mundo en mayo de 2012, cuando un incendio en una guardería del centro provocó la muerte de diecinueve personas, cuatro de ellos menores españoles. La reacción de las autoridades fue muy lenta y los cuerpos de seguridad no se coordinaron bien para llegar a tiempo. Como los qataríes no suelen desempeñar trabajos de este tipo, resulta que la mayoría de los bomberos y policías son extranjeros, sobre todo de Pakistán, al parecer no muy bien formados. Todo no se puede comprar con dinero.

El Villaggio es uno de los lugares favoritos de los qataríes. Los grupos de hombres de blanco se cruzan con los de mujeres de negro. Por separado. Todos con bolsas, todos cargados. Compran. Es una mañana de lunes cualquiera y allí parece que nadie produce, pero que todo el mundo consume. Y la mujer, aunque en público siempre se vista con su abaya y a muchas no se les vea ni la cara, gasta mucho en ropa de grandes firmas para lucirla en fiestas privadas, nunca en público. De esa doble moral se queja Auxi, una andaluza que acompaña en la aventura qatari a su marido, Gonzalo, un arquitecto de prestigio que trabaja para la empresa OHL en la construcción de un hospital. A Auxi no le gusta esa apariencia de disciplina y austeridad en la mujer qatari

—Después debajo de la abaya llevan un vestido de Dior -se queja-.

La mujer extranjera vive a la manera occidental, aunque debe cuidarse de no vestir muy provocativa en el día a día. Si no enseña muslo y escote, evita problemas. Muchas lo cumplen, aunque no les guste. Otras prefieren vestir a su manera y asumir el riesgo a ser recriminadas en público por algún qatari.

—Yo soy de minifaldas y escote cuando estoy en España, pero aquí no puedo -se resigna María, trabajadora de la multinacional cementera Hilti-.

Aunque Qatar es uno de los países en apariencia más abiertos de mente de la zona, no hay que olvidar que buena parte de su legislación se rige por la sharia, el código de conducta tradicional del Islam, y que son seguidores del wahabismo, una versión puritana de la religión musulmana que hace una interpretación literal del Corán. Como uno puede imaginar, no hablamos de un modo de gobierno y de vida precisamente progresista. Por poner un ejemplo, que una pareja se bese en público puede ser motivo de detención, aunque imagino que con matices y según lo aburrido que esté el policía de turno. Me han contado que a unos argentinos, hombre y mujer, les ha pasado; tuvieron que pasar la noche en un calabozo por besarse en la calle.

Un buen momento para comprobar el machismo que reina en Qatar es de noche. No existen bares para tomarse una cerveza o una copa, pero todos los hoteles tienen sus restaurantes y discotecas donde sirven alcohol. En el resto de lugares está prohibido. Si eres extranjero y tienes contactos no es difícil acceder a alguna zona VIP de algún local y ver a jeques bebiendo alcohol e intimando con mujeres extranjeras hasta altas horas. Es lo que percibo la primera noche que salgo de fiesta. En cambio, no me cruzo con

ninguna qatari en estos locales. La clientela la forman hombres y mujeres de todas las nacionalidades posibles, y hombres qataríes. Nada tienen que envidiar estas discotecas a clubes de lujo de Nueva York o Londres. Las puertas de los locales son desfiles de coches deportivos, y el libertinaje abunda a la vista de todos. Desde luego no creo que aquí vayan a detener a nadie por besarse en público. Al amparo del alcohol y la música alta, las relaciones diplomáticas se establecían rápidamente: Un español con una asiática, un americano con una africana, un italiano con una holandesa... Dentro de estas paredes cualquier atisbo de represión queda disipado.

Casi a diario quedamos para tomar algo con españoles, que a su vez han quedado con amigos de otros países. Muchos son ingenieros o arquitectos jóvenes, otros pilotos y azafatas que trabajan para Qatar Airways. La estancia en este país supone para ellos un paréntesis en sus vidas en el que lo importante es ganar mucho dinero y conocer a mucha gente. Al no haber bares o sitios de encuentro a la manera española, sino solamente discotecas y restaurantes, sus casas son los lugares de reunión. Hoy en la tuya, mañana en la mía. Y fundamental es tener el carnet para poder comprar alcohol. Las tiendas y supermercados no venden ni siquiera cerveza, y sólo un establecimiento oficial del gobierno, la Qatar Distribution Company, lo suministra. Si eres extranjero es sencillo que te den la licencia. Eso sí, sólo puedes gastar una cifra determinada en función a tu salario, y sólo puedes consumirlo en casa.

Manuel trabaja para Iberdrola y se ha traído a Qatar a su mujer y sus dos hijas. Nos lleva a comprar cervezas y ron. A nosotros no nos dejan entrar en el supermercado porque sólo puede pasar la persona que tenga carnet. Queremos grabar toda la liturgia de esa compra y lo tenemos

que hacer cuando Manuel sale del supermercado y casi a escondidas, porque tampoco conviene exhibir las botellas en público. La compra delata que Manuel no debe tener un mal sueldo en Qatar, porque hemos llenado el maletero de latas de cerveza y botellas de alta graduación. Acopio mensual.

Precisamente la restricción en la venta del alcohol es un asunto a debatir de cara al Mundial de fútbol de 2022, que organizará Qatar, ya que el aluvión de visitantes extranjeros que se espera llegará con ganas de tomar algo sin que le compliquen demasiado la vida. Otro asunto son las altas temperaturas, que hacen que se plantee la posibilidad de celebrar el evento en enero, rompiendo la tradición. De todas maneras, la chequera del gobierno está en marcha y están dispuestos a construir estadios cerrados con aire acondicionado, y si hace falta a techar Doha entera para que los cientos de miles de visitantes que acudan al campeonato no sufran ese calor infernal del verano qatarí. Pretenden sorprender al mundo con unos estadios sin precedentes, y probablemente lo consigan.

En Qatar ven el deporte como la mejor manera de vender su país, y no escatiman en ello. Aspire, una academia deportiva que se dedica a captar y formar jóvenes talentos de todas las disciplinas, ha reclutado a un batallón de técnicos de elite. Tanto deportistas como entrenadores llegan de todas partes del mundo atraídos por probablemente las mejores instalaciones del planeta y unos sueldos que difícilmente van a cobrar en otro sitio. Uno de los afortunados es Jaime, psicólogo deportivo que tiene su consulta en Aspire.

—Para que te hagas una idea, dos de los padrinos de Aspire son Maradona y Pelé -relata orgulloso-. Un día llamaron a la puerta de mi despacho y era Sedorf, que me

necesitaba. Otro día un piloto de Fórmula 1, del que no puedo decir el nombre, vino para que le atendiese. Deportistas de todo el mundo llegan, casi en secreto, para tratarse de lesiones y mejorar facetas de su actividad. Lo que aquí encuentran no lo tienen en ningún sitio.

Este lugar poco tiene que envidiarle a un complejo olímpico, lleno de campos de fútbol, baloncesto, pistas de atletismo, sofisticadas salas de pruebas de inteligencia, esfuerzo, visión de juego... y todo, por supuesto, a cubierto. Tengo la sensación de estar en un laboratorio, un centro futurista donde se perfecciona a las estrellas del deporte. Viendo esta maquinaria, no me extrañaría que pronto los deportistas qataríes, ya sean de nacimiento o nacionalizados para competir, empiecen a ocupar los primeros puestos de sus rankings y a ganar medallas en los Juegos Olímpicos. De hecho, la idea es que los adolescentes que hoy reclutan, procedentes sobre todo de países africanos, lleguen convertidos en estrellas al Mundial de fútbol 2022, defendiendo la camiseta qatarí.

En Doha se encuentra la sede central de Al Jazeera, el canal de noticias más importante del mundo árabe. Nuestro bien relacionado Miguel nos ha traído a los estudios de la cadena. Una vez que pasamos los controles de seguridad, tenemos libertad para ver la redacción, el plató donde se hace el informativo en directo, el control de realización y las oficinas del canal. Al Jazeera nació en 1996, y aunque fue creada por el gobierno de Qatar, poco después se independizó. Tras los atentados del 11 de septiembre de 2001 en Estados Unidos se convirtió en el único canal al que Osama Bin Laden y otros miembros de Al Qaeda concedían entrevistas y enviaban mensajes grabados. Aquello

les costó la enemistad de muchos países, entre ellos Estados Unidos, que bombardeó las sedes del canal en Kabul y Bagdad durante las guerras de Afganistán e Irak, supuestamente por error. Veían demasiados vínculos entre la televisión y el terrorismo. Tampoco cae bien Al Jazeera en los regímenes autoritarios del mundo árabe. De hecho, su cobertura de las revueltas de la llamada primavera árabe le ha costado vetos en muchos de ellos. Hasta España ha tenido problemas con Al Jazeera. En 2003, el entonces corresponsal en nuestro país, Tayseer Allouni, fue condenado a siete años de cárcel por la Audiencia Nacional, acusado de ser un correo de Al Qaeda por haber entrevistado a Bin Laden en 2001.

Al Jazeera presume de ser la única televisión independiente del mundo árabe y ya es uno de los medios de comunicación más importantes del planeta. Tiene una audiencia de unos cincuenta millones de personas sólo en Oriente Próximo, y como casi todo en Qatar, ha conseguido nutrirse de periodistas y corresponsales de mucho prestigio a golpe de talonario. Hoy compiten con la CNN o la BBC en inmediatez y en despliegue de medios a la hora de cubrir los conflictos y las noticias en cualquier rincón. Tiene un canal en árabe, otro en inglés y muchos otros de documentales y deportes, para los que han comprado los derechos de emisión de las principales ligas y eventos deportivos del mundo. Y no llegan ni a los veinte años de historia. Estos pasillos, estas mesas y estos periodistas emanan seguridad y poderío. Este lugar en mitad del desierto, en las afueras de la extraña Doha, es probablemente el centro de información más importante del mundo actual.

Para la última noche en Qatar hemos reservado grabar la puesta de sol en el desierto. Alquilamos dos quads y saltamos entre las dunas, algo muy de moda entre qataríes y extranjeros, que cuando empieza a caer la luz se multiplican en la arena. Mi habilidad con los vehículos a motor no es mucha, pero Juanma se maneja bien y podemos terminar el día con una secuencia preciosa.

Ya sin luz, Miguel nos ha preparado una sorpresa. Ha contratado una jaima con comida, bebida y música para disfrutar de las últimas horas en el desierto. El plan es perfecto, pero llegamos tarde. Como no se ve nada, nos perdemos. De repente aparece un nepalí que nos va a llevar a la jaima, pero se pierde también. Aquí estamos, trazando diagonales en la arena del desierto con las ruedas del coche, tratando de esquivar baches y con el sentido de la orientación anulado. Vamos a tientas, buscando la suerte. Los diez primeros minutos han tenido gracia, pero ya estamos desesperados. El nepalí se ríe sin parar y parece tenerlo todo controlado, pero sus volantazos inspiran poca confianza.

Una hora después vemos a lo lejos algo de luz. Por fin. La jaima. Nos recibe un grupo de nepalíes que llevan tres horas esperando. Les da igual porque van a cobrar lo mismo. Son trabajadores de alguna empresa que se dedica a organizar estas cenas en mitad del desierto. Allí sólo estamos Miguel, Juanma, diez inmigrantes y yo. Comienzan a sacar comida y me cambia la cara. Llevamos todo el día sin comer, y entre el hambre, el calor, y el safari por las dunas empiezo a estar impertinente. Nuestros anfitriones, serviciales como nadie, se muestran distantes al principio, pero les damos confianza y nos terminan contando lo explotados que están, y que aún así les compensa vivir en Qatar. Comemos, bebemos, y con la euforia del final del trabajo

hasta intentamos hacerles bailar sevillanas. No resulta, pero nos devuelven la moneda y nos hacen bailar con una danza típica de su país. Ridículo mutuo.

La noche en el desierto te hace sentir pequeño. Mires donde mires percibes algo inmenso, pero es imposible ver más allá de cinco metros. Cuando salimos de la jaima, nos damos cuenta de que justo al lado hay agua. El reflejo de la luna nos descubre una especie de lago caliente que se ha formado justo allí, por lo que tenemos que estar muy cerca del mar. No tenemos bañador, pero ya hay confianza y nos desnudamos los tres. Al agua.

-Que sepáis que si nos pillan bañándonos aquí desnudos nos meten en prisión – advierte Miguel-.

A ninguno nos importa demasiado. Nos tumbamos en el agua, mirando las estrellas, asimilando lo diferente que es la existencia en esta cárcel en la que el dinero no se acaba.

Diciembre, 2009

Ciudad del Cabo, Sudáfrica.

La herencia del apartheid



La breve escala que hacemos en Ámsterdam antes de volar a Ciudad del Cabo me sirve para apurar las últimas páginas de 'El factor humano', el estupendo libro de John Carlin que relata cómo Nelson Mandela fue capaz de reconciliar a negros y blancos en Sudáfrica tras el *apartheid*. Mandela sabía que la guerra civil era inminente en un país machacado por el odio racial, y con esa habilidad innata que sólo tienen los iluminados logró seducir al oponente blanco. ¿Cómo? Convirtiendo el Mundial de Rugby de 1995, que se celebró en Sudáfrica, en una victoria deportiva y social para su nación. El apoyo de Mandela al rugby, deporte hasta entonces practicado por los blancos y repudiado por los negros, consiguió que ambas razas celebraran el triunfo de los *springboks* -animal que sirve de sobrenombre al equipo sudafricano-. Lo normal hubiera sido que los negros no se alegraran de las victorias de la selección nacional, pero tras la campaña que hizo Mandela a favor de ese deporte todo cambió. El triunfo final sobre Nueva Zelanda, con resultado de 15-12, sirvió de catarsis y moldeó la primera piedra de la reconciliación. Parece mentira que un simple evento deportivo fuera capaz de unir a dos razas. Parecían irreales las escenas de blancos y negros abrazándose y riendo juntos.

Madiba —como conocen a Mandela en su país— logró aquella utopía en apenas un año. Había llegado al poder en 1994, gracias a las primeras elecciones democráticas con sufragio universal de la historia del país. Esa votación dio la puntilla al *apartheid*, el sistema dominante desde finales de los años cuarenta y que empezó a morir a principios de los noventa. Aquel terrible fenómeno implantado por los colonizadores holandeses que degradó a todo ciudadano que no fuera blanco y que mantuvo en la cárcel a Mandela durante casi tres décadas. Madiba supo y quiso perdonar, y consiguió que su raza lo hiciera también, al menos momentáneamente. La tensión se relajó, algo que se antojaba imposible porque los blancos se habían acostumbrado a ese horrible sistema que excluía y maltrataba a los negros, y los negros, tras décadas de opresión, querían venganza ahora que se sentían libres. Ya no tenían toque de queda. Ya no les impedían votar. Ya no les prohibían abrir un negocio en una zona de blancos. Ya podían bañarse en la misma playa, subirse al mismo autobús o sentarse en el mismo banco en un parque. Ya eran personas.

Llegamos a Ciudad del Cabo con una imagen algo idealizada del país. Tras quince años de aparente igualdad entre negros y blancos, Sudáfrica debe ser ahora una nación próspera y ejemplo de convivencia entre culturas. Pero la realidad es otra. El *apartheid* —palabra que en el idioma afrikaans, el de los colonizadores, significa separación— político está enterrado, sí, pero el social, el económico, se percibe en la calle cada día. De hecho, cuando das una vuelta por esta ciudad —la segunda más poblada del país tras Johannesburgo, aunque la capital administrativa es Pretoria— parece que sigue habiendo dos mundos. En uno, estás en Europa. Las calles están limpias y ordenadas, la arquitectura es bonita, la naturaleza exuberante y las playas están rodeadas

de clubes, bares, tiendas y gente guapa. Hay mucha cultura del reciclaje, de la cocina vegetariana, abundancia de mercados de comida y productos internacionales... todos los ingredientes de una forma de vida más bien pija, tipo Nueva York, Londres o Berlín. Y en otro, lejos de la Ciudad del Cabo ideal, vive la mayoría de la población —dos de los tres millones de habitantes que tiene la ciudad en total—. Es el mundo de los *townships*, esos barrios marginales pensados exclusivamente para negros. Por esto el blanco sigue siendo blanco y el negro sigue siendo negro, aunque ahora la ley los considere iguales.

—Todavía estaba el *apartheid*, pero acabó poco después. Tengo en la memoria el ir a sitios donde iban sólo blancos y de repente empezar a ver a negros —recuerda Sol, una joven que llegó a Sudáfrica junto a su familia con nueve años—.

Patricia, sudafricana y negra, es una amiga de Sol que vive en un *township*. Sus vidas se cruzaron en una tienda para la que trabajaron, y desde entonces mantienen un contacto frecuente. Nos espera en su barrio, Masiphumelele, uno de los *township* más importantes de la ciudad. Estas vecindades proliferaron para que los negros vivieran agrupados, cerca de los centros de trabajo donde desempeñaban sus tareas. Surgieron como uno de los símbolos de la separación que dictaba el *apartheid*, y allí, lógicamente, pocos blancos son bien recibidos todavía. Otra cosa es ir con alguien del lugar, como hacemos nosotros. Patricia viene a recogernos a una de las entradas de Masiphumelele y, ya con ella, damos un paseo hasta su casa.

Cuando entras con una cámara en una zona tan conflictiva como ésta, por muy buena que sea la compañía, el pellizco en el estómago no se va. Es inevitable pensar en los dieciocho mil asesinatos que dicen las estadísticas que hubo en Sudáfrica en

2008. Juanma -que me acompaña una vez más- y yo ya tenemos experiencia en estas situaciones y aplicamos la táctica habitual; sonreír. Si vas con miedo hay bastantes más posibilidades de que todo se complique.

Las casas se suceden entre descampados de tierra, hierbajos y algún que otro negocio de comestibles. En algunas calles se amontonan las chabolas; en otras están aisladas y separadas por vallas de metal repletas de agujeros y remiendos. Debe ser la hora en la que los niños vuelven de la escuela porque nos cruzamos con decenas de ellos uniformados y con mochilas a la espalda. Nuestra comitiva empieza a ser el centro de atención. Todos miran a estos tres blancos con la cara roja por el sol -diciembre es pleno verano en el hemisferio sur- y con una cámara. Salimos de una calle larga, giramos a la derecha y nada más torcer cae una pelota de fútbol a mis pies. La paro, levanto la cabeza y veo a unos siete u ocho chavales mirándome, serios, expectantes. Me la pongo en el empeine, la elevo, doy tres o cuatro toques con la derecha y la lanzo al pecho de uno de ellos. El niño la para en el aire, la baja y me la devuelve. Estoy invitado. Controlo el balón y me uno a su grupo. Jugamos unos minutos. La mayoría viste camisetas de imitación de equipos europeos y alguno que otro lleva la de Sudáfrica. Quedan meses para el Mundial de fútbol que se va a celebrar en el país y la fiebre por este deporte y su selección crece. Dominan la pelota muy bien. El fútbol, históricamente el deporte de los negros en Sudáfrica, vive su mejor momento. Los niños sonrían, contentos de mostrar sus habilidades ante un extraño. Juanma graba la escena y a mí ya se me ha olvidado cualquier atisbo de pensamiento negativo.

Masiphumelele es un hervidero de día y de noche. Grupos de jóvenes montados en estrafalarios coches van de calle en calle con la música alta, pavoneándose delante de las chicas que

se peinan y se hacen trenzas en peluquerías improvisadas en cualquier esquina, con una silla vieja y un espejo roto. Llegamos a la casa de Patricia y varias vecinas nos esperan para saludarnos. Son negras de caderas anchas, jóvenes pero con varios niños en el mundo ya, con el gesto serio pero educadas, midiendo las sonrisas cuando toca. Como Patricia, a la que no le pregunto la edad pero que no debe pasar de los treinta y cinco años, que tiene cuatro hijos y espera, resignada, a que su marido llegue esta noche a casa con algo de dinero. Nos invita a pasar a su vivienda, una construcción mitad de madera estropeada, mitad de chapa. Son unos veinte metros cuadrados, con un pequeñísimo salón que se llena con apenas un sofá, una mesa y una hornilla; y una habitación sin ventanas con dos colchones donde duermen todos. En uno de ellos hay restos de comida y un corte de papel higiénico, las pistas de una merienda reciente. No queda un trozo de madera por tapar con pósters de cantantes con ropas imposibles o santos acompañados de mensajes de esperanza. Patricia no se queja pero enseña su vida con pena, con un hilo de voz, como avergonzada. Probablemente pensó, como muchas de sus vecinas, que cuando abandonaron su remota aldea natal la vida iba a ser mejor en la ciudad. Hoy parece conformarse con que la vida de alguno de sus hijos no se acabe repentinamente en una esquina y que haya algo para comer.

—¿Te gustaría vivir en otro sitio, Patricia?

—Bueno, sí, a ver si pronto puede ser -responde mirando hacia otro lado, avergonzada, fingiendo una sonrisa-.

En este asentamiento, en el que residen unas veinte mil personas, el desempleo roza el noventa por ciento y muchos de sus habitantes se refugian en el alcohol o las drogas. Antes se le conocía como *site* 5, algo así como distrito cinco. Ante tan deshumanizador nombre sus habitantes le empezaron a llamar Masiphumelele, sonora palabra de la lengua xhosa -una de las

once oficiales que hay en el país, hablada por el grupo étnico que lleva el mismo nombre- que en español se puede traducir por el esperanzador 'Lo conseguiremos'.

Los *townships* están repartidos por las principales ciudades del país -el más conocido es el de Soweto, en Johannesburgo, donde viven más de tres millones de personas-. Uno de sus dramas es que aquí residen muchas de las personas que portan el virus del SIDA en Sudáfrica -se estima que el treinta por ciento de la población total está infectada-. Para ellos el fin del *apartheid* ha supuesto un reconocimiento a su dignidad humana, pero poco más. Sin salud y sin dinero es muy difícil salir hacia delante, y los conflictos son continuos. Muchos se producen por las disputas con los inmigrantes que llegan de Mozambique, Malawi o Zimbabue. Acuden a Sudáfrica en busca de prosperidad, pero se encuentran sin trabajo, sin recursos y con la crispación de sus nuevos vecinos. A veces la historia acaba en muerte o, en el mejor de los casos, con el abandono forzado del barrio.

Estos núcleos no son los únicos lugares en los que la separación de razas se sigue evidenciando. Muy cerca del centro de Ciudad del Cabo, en los alrededores de las estaciones de tren y autobús, es complicado ver a un blanco. A cualquier hora del día es constante el ir y venir de gente que va de sus barrios al centro para trabajar, o a intentarlo al menos. Al aparcamiento de los autobuses se accede por una pasarela que atraviesa por encima una carretera de varios carriles que te saca de la ciudad. Cuando caminas por ella se concentran miradas, gritos, vendedores ambulantes, mercadillos de comida y de objetos de todo tipo, vagabundos, drogadictos y en general, un ambiente muy alejado de esa Ciudad del Cabo europea que vive justo al lado, pero sin mezclarse.

No sólo blancos y negros

Uno de cada cinco sudafricanos es blanco, lo cual no significa que los otros cuatro de cada cinco sean negros. En este complejo país hay un gran porcentaje de mestizos, los llamados *coloured*, de diversas procedencias. La convulsa historia sudafricana ha hecho que a lo largo de los siglos los negros de diferentes tribus se hayan mezclado con asiáticos, indios e incluso blancos, todos con tonalidades de piel y rasgos variados. Durante el *apartheid* se clasificaba a las personas en cuatro grupos: negros, *coloured*, indios y blancos, siendo estos últimos el grupo dominante y los demás, los humillados. Sin más. Hoy, superada aquella infamia, queda una riqueza cultural y racial que tiene su mayor exponente en ese grupo de mestizos, que además regala al mundo el nacimiento de hombres y mujeres de una belleza singular y envidiable.

Muchos de estos mestizos son los llamados *cape-malay*, los malayos del cabo. Descendientes de los esclavos que trajeron los holandeses en el siglo XVIII para trabajar en la colonia, venían sobre todo de Indonesia y Malasia y hoy son un grupo étnico muy importante en Ciudad del Cabo. De hecho, ocupan uno de los sitios más pintorescos de la ciudad, el Bo Kaap, un barrio cercano al centro, elevado sobre una colina y que está salpicado por casas de colores llamativos y mezquitas que se llenan de sus fieles musulmanes.

Para entender el conflicto racial en el sur de África hay que remontarse a la llegada de los blancos, los afrikáners, un grupo étnico de origen holandés que se instaló en este territorio a finales del siglo XVII. En plena carrera por la conquista del mundo, las potencias europeas luchaban por alcanzar y dominar

hasta el último rincón del planeta. Los holandeses colonizaron Sudáfrica y entonces se sucedieron matanzas, conflictos y guerras para eliminar a la población negra que llevaba toda la vida aquí, y para adelantarse a Gran Bretaña en la pelea por colonizar el continente -en lo que fueron las guerras de los Boers-. Así hasta 1948, cuando tras muchos cambios de fronteras y nombres, los afrikáners se hacen con el poder total en Sudáfrica y establecen el *apartheid*. Su manera de gobernar, basada en una demencial persecución a los negros y el fanatismo religioso -son calvinistas-, no pasó inadvertida para el resto del mundo, y cada vez fueron más rechazados por la comunidad internacional. Desde 1994 gobierna el ANC, el partido de Mandela, pero los afrikáners siguen siendo esa minoría descendiente de granjeros y terratenientes que concentra el poderío económico. Las nuevas generaciones van olvidando ese macabro pasado y cada vez la vida es más normal en Sudáfrica, pero todo está demasiado reciente como para que el perdón sea ya el sentimiento predominante.

María llegó a Ciudad del Cabo siendo una niña. Nació en España y aunque le gusta presumir de sus raíces, tras cuatro décadas en Sudáfrica ha perdido casi todo vínculo con su tierra. Le cuesta hasta hablar español. Su círculo social es muy afrikáner y ella tiene una visión del país algo diferente a la del resto de personas que estoy conociendo. Vive en una urbanización de lujo de la ciudad, de esas en las que cuando te pierdes con el coche buscando entre mansión y mansión parece que estás conduciendo en Los Ángeles.

Nos citamos con ella en su casa para que nos lleve a uno de los excelentes viñedos que abundan en Ciudad del Cabo y alrededores. El clima de esta zona, similar al mediterráneo, es ideal para que se produzcan buenos caldos y por eso Sudáfrica está escalando posiciones en el mercado mundial del vino. La

mañana es apacible. Sol, paseos por el campo, conversaciones y mucho vino. Visitamos varias bodegas y en todas nos dan a probar algunos de sus productos, por lo que a mediodía, y sin haber comido, el alcohol ya nos ha subido a la cabeza y parece que de ahí no se va a bajar del todo hasta pasadas unas horas.

Por la tarde vamos a Camps Bay, una bonita playa rodeada de bares modernos, tiendas de lujo y hoteles. Aquí queremos grabar el Ciudad del Cabo más chic, pero a María le cambia la cara en cuanto aparcamos el coche y ponemos un pie en la acera que hay frente al mar. Miles de personas abarrotan el agua, la arena, el paseo marítimo y un pequeño parque que hay justo al lado. No es habitual que un sitio tan aparentemente exclusivo esté tan lleno, pero lo que de verdad sorprende a María es que todos los que están aquí son negros. Todos. Algo no le cuadra en la escena. Rápidamente cae en la cuenta de que es 16 de diciembre, el Día de la Reconciliación -durante el *apartheid* llamado Día de la Promesa o la Alianza-, una jornada que recuerda la Batalla del Río Sangriento, en la que tres mil negros zulúes murieron a manos de los afrikáners. Es un día que sirve de homenaje a aquellas víctimas y en el que los negros aprovechan para ir en masa a las playas -algo que ocurre pocas veces más, los días de Navidad y Año Nuevo por ejemplo-.

La imagen -y probablemente el vino que hemos tomado- activa un sentimiento en nuestra acompañante que no me puede dejar indiferente. Comenzamos la entrevista sobre la arena de la playa, y en cuanto empezamos a describir lo que estamos viendo sale a relucir el asunto del *apartheid*.

—Todas las cosas tienen su parte buena y su parte mala —empieza argumentando María-. Ahora, por ejemplo, hay mucha menos seguridad en la calle, y durante el *apartheid* todo estaba más tranquilo y había menos problemas. Ahora todo es mucho más peligroso. Es como lo que ocurría en España con Franco...

Prosigue ensalzando la figura del líder afrikáner F. W. De Klerk, un hombre clave para que acabara el *apartheid* y que lo-
gró -junto a Mandela y el reverendo Desmond Tutu- el premio Nobel de la paz.

—Los negros no se lo reconocen, pero De Klerk hizo lo mismo o más por la paz que Mandela

Esta opinión, que es la que tienen todavía muchos blancos, se puede resumir en una frase que nos suena bastante en España y que en Sudáfrica sería algo así como “con el *apartheid* se vivía mejor”...

De hombres huevo y tiburones blancos

Nos alojamos en un hotel de la Green Market Square, una plaza en la que se instala un mercadillo, en pleno centro comercial de la ciudad. En una de las callejuelas que salen de la plaza una familia andaluza regenta una tienda de artesanía africana, African Collection, en la que venden máscaras, esculturas, telas y demás objetos de decoración. Isabel, sus hijos Luis y Sara, e Isaac, amigo de la familia, trabajan en el negocio familiar. Nos han recibido como si Juanma y yo fuésemos dos primos más. Llevan seis años aquí y no se han dejado atrás a la abuela de la familia, también Isabel, que con noventa años relata con muchísima gracia sus peripecias en la otra punta del mundo tras una vida entera en Andalucía.

En la plaza habitan músicos callejeros.

—*Don't drink and drive, smoke and fly* -No bebas y conduzcas; fuma y vuela- canta con su ancha voz el sexagenario vocalista de una simpática banda de jazz cuando paso a su lado. A unos metros se coloca un estrafalario personaje que se lleva la atención de todo el que pasa. Eggy man, el hombre huevo. Es una celebridad en Ciudad del Cabo. Se pasea con un traje de tela con

motivos tribales cosido a una gran bandera sudafricana, la cara pintada de colores y un espectacular sombrero de un metro de altura repleto de huevos y banderines de varios países. Además, lleva en una mano una vuvuzela y en la otra un teléfono antiguo, de los que se marcan girando la ruedecita, y simula que está hablando con Nelson Mandela. Y todo mientras se ríe a carcajadas y grita para que los turistas se detengan a hacerse fotos con él, por supuesto previo pago. Muy divertido, pero negocia como un titán. Me acerco para ver si nos permite grabar la secuencia de inicio del programa junto a él, con la idea de que cuando yo termine de hablar a cámara él diga un chascarrillo en español. Tras media hora negociando porque ¡pide cincuenta euros! casi lo dejamos por imposible. Entre el lío con el cambio de rands -la moneda oficial sudafricana- a euros y que no podemos pagar ese dinero, tiene que intervenir Luis, que lo conoce de tantos años pasando por la puerta de la tienda de decoración de su familia. Al final acordamos dejarlo en veinte euros, que por unos minutos de trabajo no está nada mal.

Justo al lado de Green Market Square se encuentra la popular Long Street, una calle con coquetos edificios de arquitectura victoriana que albergan restaurantes, bares, tiendas y librerías. Un lugar bohemio que de noche se convierte en la zona de marcha. Se mezclan turistas mochileros, pudientes sudafricanos, mestizos y negros que van a bailar a los locales más funk. Cuando terminamos de grabar solemos cenar en alguno de los restaurantes de esta calle, que fue insigne en los años setenta y ochenta por sus teatros reivindicativos; hoy ya no existen, pero entonces se atrevían a representar obras con temática anti-*apartheid*. Ahora, cuando la noche empieza a animarse, se nota el menudeo de droga, el trabajo de los camellos en los callejones y cierta tensión. Para evitar problemas, el ayuntamiento reparte vigilantes de seguridad, ataviados con chalecos amarillos, a cada

pocos metros. Y sigue siendo evidente la inercia de la distinción racial; hay locales en los que sólo entran negros y otros en los que abundan los blancos.

El gran atractivo de Ciudad del Cabo es la naturaleza. Hay una presencia continua que domina la urbe con suficiencia y orgullo, que te obliga a mirarla desde cualquier lugar, que te invita a subirla para contemplar la ciudad a sus pies, a tus pies. *The table mountain*, la montaña mesa, se ve desde todos sitios y es especialmente bonita cuando su cima plana está cubierta de una niebla que parece resbalar por las laderas como si fueran los extremos de un mantel sobre una mesa, de ahí su nombre. La nubosidad la cubre con frecuencia por lo que esa escena que evoca algo tan cotidiano como una mesa cubierta por un mantel se repite constantemente. Está considerada una de las siete maravillas naturales del mundo y es un icono de todo el país.

Otro escenario de postal está en Simon' s Town, localidad situada unos kilómetros al sur de Ciudad del Cabo. Allí, la playa de Boulders tiene unos habitantes a priori inesperados en esa parte del mundo, los pingüinos. Aunque ahora están protegidos y se recomienda no acercarse demasiado ni darles de comer, se bañan en la playa y puedes nadar con ellos. Es una imagen entrañable ver a estos seres de apenas medio metro, juntos en manada, correteando por la arena, subiéndose a las rocas y zambulléndose en el mar. Se han adaptado a la vida en el sur de África desde principios de los años ochenta, cuando llegaron las dos primeras parejas a esta costa. Hoy son ya tres mil en la colonia, entre descendientes y nuevos migrantes, que acuden atraídos por la cantidad de sardinas que nadan por allí, cada vez mayor porque su pesca está muy vigilada.

Más abajo en el mapa, donde casi se acaba África, se encuentra el mítico Cabo de Buena Esperanza. Hasta que llegamos pensaba que era el punto más al sur del continente, un

error común. Resulta que unos ciento cincuenta kilómetros más al sureste está el Cabo Agulhas -de las agujas en español-, y éste sí es el punto más meridional de África, justo el lugar donde se encuentran el Océano Atlántico y el Índico. La fama histórica la tiene el de Buena Esperanza, por ser un lugar anhelado y de difícil acceso para los marineros en su ruta hacia la India. Nosotros lo alcanzamos por tierra y recorreremos la importante reserva natural en la que se encuentra, con permiso de los babuinos. Camino del cabo nos cruzamos con un grupo de estos primates en la carretera. Vamos en coche y nos tenemos que parar. Tienen el tráfico cortado, como si de una protesta se tratase, y se sientan a comer tranquilamente, poniendo a prueba la paciencia de los conductores. Dentro de la reserva natural la circulación es tranquila, por lo que lo mejor es contemplar la actitud de estos animales, que te devuelven la mirada, fijamente, casi amenazantes. Es recomendable cerrar las ventanas porque si huelen comida atacan, son así. Las cerramos, y minutos después, cuando deciden apartarse al arcén, seguimos nuestro camino hacia el faro que corona el cabo.

Se llega en un funicular que te deja a los pies del faro. Cuando salimos de la cabina, nos abofetea el viento más fuerte que he sentido en mi vida; ni Tarifa en el día más duro de levante supera esto. Subir las escaleras que dan acceso a la puerta del faro se convierte en algo muy complicado. Juanma intenta grabar, pero es imposible estabilizar la cámara. La gorra que lleva sólo ha aguantado un minuto en su cabeza. Ha salido volando y tras varios bandazos en el aire ya flota en el Atlántico. A tropicónes nos situamos en el punto más alto del cabo, donde el viento azota con más fuerza aún. Estamos a un metro de distancia y aunque chillamos no nos escuchamos. El zumbido del aire se impone sobre cualquier voz o ruido. Aquí, agarrado a una valla para no caer por el acantilado, siento que estamos en una de las puertas que dan acceso al fin del mundo.

Luis, además de trabajar a ratos con su familia en la tienda de la Green Marquet Square, está volcado con su profesión de modelo. Ciudad del Cabo, por sus preciosos paisajes y su perfecto clima durante el invierno europeo, se convierte en el lugar ideal para hacer rodajes de spots televisivos y sesiones fotográficas. Hay agencias por toda la ciudad y él no se lo pensó cuando alguien, viendo su porte, le ofreció la posibilidad de entrar en el mundillo. Su imagen está cotizada y ha sido portada de revistas internacionales y protagonista en anuncios de muchas marcas. Es nuestro último día en Sudáfrica y se ha ofrecido para acompañarnos a una excursión que yo en principio había descartado por miedo, pero que tras varios días aquí me he animado a probar. Hemos contratado un viaje a Gaansbai, a unas dos horas de Ciudad del Cabo, para ver muy de cerca al temible tiburón blanco.

Este animal que habita las aguas sudafricanas en principio no es un apasionado de la carne humana, pero cuando mira hacia la superficie suele confundir a los surfistas y sus tablas con leones marinos, alimento que sí resulta de su agrado. Así, no es raro que se produzcan ataques a humanos por errores visuales de este tipo, de ahí que en las playas haya vigilantes con prismáticos que continuamente alertan a bañistas y deportistas sobre la posible presencia de tiburones. El blanco es el más grande de su especie. Su tamaño medio ronda los cinco metros aunque los hay mayores. Es un animal tan atractivo que el filón turístico consiste en meter al aventurero de turno en una jaula bajo el mar y que el hambriento tiburón, atraído por trozos de pescado que se le arrojan, se acerque a pocos centímetros del valiente humano.

Toca sufrir. En Gaansbai tomamos un barco que navega mar adentro y fondea en la zona de los tiburones. Comienza el espectáculo. Cuando veo la jaula, bastante oxidada y con algún hierro mordido, empiezo a arrepentirme de la excursión. Luis, Juanma y yo nos reímos con tensión. La empresa que organi-

za el viaje nos deja una cámara acuática para que grabemos el momento en que vamos a contemplar a los tiburones desde la jaula, con un tamaño perfecto para que quepamos los tres a la vez. El mar está muy picado, no tenemos biodramina y el mareo parece inminente. Bajo a cubierta para ponerme el traje térmico -el agua está muy fría- y termino de marearme del todo. Colocármelo es misión casi imposible. Dos empleados me ayudan a embutirme en el neopreno. Ellos me mueven piernas y brazos, y yo, con la cara blanca y a punto de vomitar, trato de mantener el equilibrio mientras el barco da tumbos a derecha e izquierda. Juanma y Luis me esperan arriba, ya vestidos, y algo menos mareados que yo. Se acerca al momento. Justo antes, no puedo aguantar y expulso por la borda todo lo que le sobra a mi descolocado estómago. Empiezan a tirar trozos enormes de pescado a los tiburones, que saltan como locos, agresivos, a sólo dos metros del barco. La jaula se abre por el techo y se sumerge en el agua lo justo, de manera que nuestra cabeza queda casi rozando la superficie. La explicación es sencilla, no podemos poner las manos ni las piernas en los barrotos delanteros, porque el tiburón puede arrancárnoslas. Nos metemos en el agua, cámara en mano, tensos, aturcidos, y con los organizadores pidiéndonos rapidez porque media tripulación está mareada y hay que volver a tierra cuanto antes. Me sumerjo, abro los ojos y veo agua turbia y una cabeza gigante con unos dientes enormes que se acerca a la jaula, que se tambalea con violencia. Cierro los ojos. Lo tenemos. Los tres nos subimos sin pensarlo, nos damos un abrazo y nos tiramos al suelo, aliviados. Hemos visto al tiburón blanco y lo hemos grabado.

Postdata

Hace meses unos meses vimos por televisión cómo la policía sudafricana, ordenada por el gobierno del ANC, el partido de Mandela, abatió a tiros a unos mineros en huelga, que al

parecer se acercaban a ellos con machetes. En el vídeo aparecía un grupo de policías que abría fuego indiscriminadamente contra los mineros, a unos diez metros de distancia. Más de treinta muertos en cinco segundos; la realidad superaba una vez más a la ficción. Mandela, muy mayor y retirado de toda actividad política y social, probablemente ni se enterase de aquel escándalo que dio la vuelta al mundo. Tras varios ingresos hospitalarios, con una salud muy delicada y a pocos años del centenario, el final se acerca para él. En los últimos días apenas si puede comunicarse con sus familiares e incluso algún rumor le ha dado por muerto tras recaer de su afección pulmonar.

Sus compañeros y sucesores en el partido están muy por debajo de aquellas expectativas generadas a mediados de los noventa. La corrupción, el nepotismo y la violencia están matando poco a poco el sueño de Madiba, desde cuya ausencia nada ha mejorado. Acudo a la red social twitter para ver qué se comentó sobre la masacre de los mineros y me acuerdo de nuevo de John Carlin, periodista inglés afincado en España y corresponsal durante varios años en Sudáfrica al que menciono al principio del texto. @JohnCarlin5 es su nombre de usuario, y ésta su visión sobre lo ocurrido: “Sudáfrica contiene lo mejor y lo peor de la humanidad, lo más salvaje y lo más noble, ergo la terrible fascinación que ejerce”.

Febrero, 2010

Jerusalén, Palestina

Las fronteras imposibles



Una calle cualquiera de Jerusalén Este.

-Laura, ¿dónde estamos, en Israel o en Palestina?

-Qué pregunta más complicada... esto no es Israel, pero es una zona ocupada por Israel. Estamos en los territorios ocupados palestinos.

La que responde a mi duda es Laura Villena, periodista que trabaja para la agencia alemana DPA en Jerusalén. Durante mi estancia en Palestina van a ser muy recurrentes estas cuestiones: “¿Esto es Israel o Palestina?, ¿aquí quién manda?, ¿puede entrar un palestino?”. Porque las fronteras entre Israel y Palestina son tan difíciles de entender como de explicar.

El día que me adjudicaron este viaje me lo tomé como un premio. Si hay un destino al que quería ir por encima de todos era Palestina. Y aquí estamos. Me he documentado durante semanas leyendo sobre el origen de Israel, el conflicto entre judíos y musulmanes, Oriente Medio y todo lo que he podido llevar a mis manos.

Los territorios palestinos, hasta ahora la denominación más adecuada para esta parte del mundo que oficialmente no es un estado, son dos: Gaza y Cisjordania. Ambos rodeados por un muro construido por Israel. Ambos repletos de puestos de control del ejército judío, para entrar o salir de ellos. Son como

dos manchas dentro del mapa que ha pergeñado Israel, ese país creado por la ONU en 1948, tras la Segunda Guerra Mundial, para que los judíos tuvieran su anhelado, y merecido también, estado. Ese país que decidió coger el brazo cuando le ofrecieron la mano y, guerra a guerra, ha ido ganando terreno hasta llegar a la difícil situación de hoy.

Las actuales Gaza y Cisjordania fueron británicas hasta 1948. Luego pasaron a manos de Jordania y Egipto, hasta que en 1967 Israel se hizo con ellas en la Guerra de los Seis Días. Tras muchas negociaciones entre la OLP -Organización para la Liberación de Palestina- e Israel, en 1994 se creó la ANP -Autoridad Nacional Palestina-, que gobernaría, con matices, Cisjordania, y desde 2005 también Gaza. Y así está ahora el mapa. Los palestinos quieren su propio estado, pero los israelíes no piensan lo mismo. El problema central es Jerusalén, reclamada por ambos bandos. La solución más viable parece ser la convivencia de dos estados separados, Israel y Palestina, pero hay mucho por negociar entre dos vecinos que jamás se han entendido.

Existe una frontera imaginaria, la línea verde, creada por la ONU y que divide Jerusalén en dos, el oeste para Israel y el este para Palestina. Pero los israelíes se la saltaron y dominan militarmente toda la ciudad. En 1980 el estado judío declaró a Jerusalén como su capital “única e indivisible” pese a la opinión contraria de la comunidad internacional. Y punto. De hecho, la parte este de la ciudad, la que en teoría corresponde a Palestina, es la zona histórica, la más importante desde el punto de vista religioso, donde está el muro de las lamentaciones judío y la explanada de las mezquitas. Un caramelo que Israel se niega a perder o compartir.

Por una triste cuestión práctica, ya que en muchos sitios –especialmente los países árabes- la mujer lo sigue teniendo

peor que el hombre, pensábamos, no sin prejuicios, que sería mejor ir con un equipo masculino para evitar problemas. Pero por unos motivos u otros, ninguno de los cámaras hombres podía o quería venir al viaje, así que la valiente Rocío, la más joven y única mujer del equipo de cámaras del programa, me acompaña a Tierra Santa.

El ambiente es raro en estas calles. Los militares israelíes están por todos sitios, controlando su zona ocupada. Los palestinos, con sus pañuelos, soportando la ocupación. Se cruzan, se ven. Pero no se miran ni parecen oírse. Ni sentirse. Rara vez se relacionan. Jerusalén. El principio de todo, el origen de las tres religiones mayoritarias. Tierra Santa para cristianos, musulmanes y judíos. Un polvorín social.

Llegamos en época de relativa paz. El último conflicto, la Operación Plomo Fundido, ha terminado hace poco. Israel bombardeó Gaza argumentando que respondía a ataques terroristas de Hamas, el partido radical que gobierna en la franja de Gaza. El resultado, unos mil quinientos palestinos muertos, en su mayoría civiles. Aunque Gaza está separada de Cisjordania y los palestinos de ambos territorios apenas pueden relacionarse, la tensión se comunica y aquellos días fueron duros en Jerusalén. Muchas detenciones, peleas y tiroteos. La desagradable rutina para palestinos e israelíes de bien.

Extranjeros en su tierra

Lo surrealista de esta eterna lucha entre los dos pueblos se ejemplifica muy bien en el caso de Dunia. Granadina por parte de madre e hija de médico palestino, se instaló en Jerusalén junto a su familia con quince años, después de una infancia tranquila en España. Nos citamos en la Puerta de Damasco, una de las siete que dan acceso a la ciudad vieja, en Jerusalén Este. Unos

veinte jóvenes militares israelíes, armados hasta los dientes, la custodian. Dunia se retrasa y para hacer tiempo grabamos algunos planos de ese enorme portón abierto en la histórica muralla de piedra. Desde ella se entra al barrio musulmán, que junto al judío, el cristiano y el armenio componen las cuatro partes de la zona vieja. Apenas treinta segundos después de dejarnos ver con la cámara se acercan dos militares a pedirnos la documentación. Hombre y mujer, no deben pasar de los veinte años. Con mucha educación nos hacen varias preguntas sobre nuestro cometido aquí y nos dejan seguir. Luego vi que repetían la operación con hombres y mujeres palestinas, pero con peores formas. Mientras seguimos esperando, Rocío, cansada por el viaje y el madrugón, apoya la cámara en el suelo y se despereza. Al estirar los brazos hacia arriba levanta un poco su camiseta y deja a la vista el ombligo. Este simple gesto le cuesta la reprimenda de un transeúnte musulmán. Se le acerca gritando y haciendo aspavientos, vociferando en árabe. Le ha molestado muchísimo ese segundo y medio de tiempo en que, involuntariamente y sin darse cuenta, mi compañera ha mostrado esa parte de su cuerpo. Reaccionamos con tranquilidad, casi le ignoramos.

-Esto no será así todos los días, ¿no? -refunfuña ella, sin darle mucha importancia al incidente-

Entonces llega Dunia, cruzamos la Puerta de Damasco y empezamos a intentar comprender su historia. Tomando un café nos enseña su documentación. Tiene la residencia israelí porque sus antepasados ya eran de Jerusalén antes de que existiera Israel como estado. Pero al ser palestina y no judía, no tiene pasaporte israelí. Su ventaja es que tiene la nacionalidad española, y con nuestro pasaporte se puede mover con mucha libertad por el mundo. El problema es para su novio, Hazem, palestino de Belén, en Cisjordania. Él no puede entrar en Jerusalén, ni siquiera en su parte este, en teoría Palestina. Israel no le deja. Sólo lo puede hacer con un justificante médico de algún

hospital de Jerusalén o algún permiso excepcional similar. Al ser palestino sin residencia israelí está maniatado. Son dos veinteañeros enamorados, pero no pueden abrazarse donde ellos elijan. Dunia es la que tiene que desplazarse a Belén, o a la ciudad de Ramala, donde Hazem trabaja, para verlo. Él no puede ir a casa de su novia, en Jerusalén. Bueno sí, para pedir su mano consiguió un justificante falso y fue al hogar de sus futuros suegros. Con mucho miedo, logró cruzar los puestos de control de los soldados israelíes y pidió matrimonio a Dunia delante de su familia, como manda la tradición.

Ella lo cuenta resignada, mientras andamos camino de la mezquita de Al Aqsa, el templo musulmán por excelencia. Y yo no dejo de pensar en Hazem, y en por qué yo puedo pasear con su prometida por éste lugar y él no.

La ciudad vieja de Jerusalén es un laberinto amurallado repleto de estrechas calles en las que te puedes cruzar con una excursión de polacos portando una cruz gigante y emulando el viacrucis de Jesucristo, con un musulmán de rodillas mirando a la Meca, o con un judío ultraortodoxo con sus trenzas al viento, ladeando la cabeza mientras musita algún rezo. Abundan los pequeños restaurantes, las teterías y las tiendas de souvenirs, porque pese a la tensión, es un lugar muy turístico. Nos cruzamos con un niño que tira de una carretilla cargada hasta lo imposible de piezas de pan en diferentes formas. Nos mira. Le grabamos. Baja uno de los muchos tramos de escalera que hay en estas callejuelas, con la mala suerte de que en uno de los brincos que da la carretilla al descender un escalón se le cae la mercancía. Acudimos a ayudarlo pero no se deja. Está enfadado. Le da rabia haber tropezado mientras le grabamos cómo reparte el pan del horno de su padre.

La paz es aparente hasta que llegamos a los alrededores de la mezquita. Los callejones que dan acceso a ella están cortados. Los militares judíos no dejan pasar a nadie. Los rumores empiezan a circular. Voces elevadas, preguntas al viento, murmullos. ¿Qué ocurre? Los judíos han entrado en la mezquita, y eso es la mayor provocación para un musulmán. Ariel Sharom, ex primer ministro israelí, accedió una vez a la explanada de las mezquitas y desató una intifada -algo así como una rebelión o levantamiento- que duró cinco años: La Segunda Intifada o Intifada de Al Aqsa. Fue la respuesta palestina a lo que para ellos era una ofensa israelí. La antesala de una guerra que dejó más de mil muertos judíos y casi seis mil palestinos.

-¿Alguien entiende algo? -me digo-

Pues al parecer los militares israelíes han entrado en la mezquita, cosa que en realidad pueden hacer cuando quieran porque dominan el territorio con la fuerza. Ante el desconcierto en las calles y la aparente provocación, algunos adolescentes palestinos empiezan a tirar piedras a los militares. Éstos, más contundentes, responden con tiros. No sé si son al aire, al suelo, o a alguien. No quiero saberlo. Estoy corriendo. Dunia y Rocío también. Mucho. En la carrera, Rocío ha girado la cámara y graba mientras corre. En un momento tan tenso también piensa en el reportaje; eso la define. Giramos a la derecha y salimos a una calle todavía más estrecha. Vemos pasar corriendo a un pelotón de adolescentes palestinos, huyendo de los militares. Cesan los tiros. Han conseguido su efecto disuasorio. Pero ya el día está fastidiado y la tensión no va a desaparecer. Hay corrillos de musulmanes en cada esquina comentando lo que ha pasado, abucheos y miradas desafiantes cada vez que pasa un judío. En cualquier momento se puede repetir la escena, quién sabe si con peores consecuencias.

Existir es resistir

Uno de los objetivos del viaje es comprender, para explicar luego en el programa, qué es un colono. Se trata de un habitante israelí, que con la connivencia de su estado se va a vivir a territorio palestino, ya sea a una urbanización construida expresamente para ellos o expropiando el hogar a una familia palestina. Laura, la periodista de la agencia DPA, nos lleva a un barrio de Jerusalén donde los colonos israelíes, con la ayuda del ejército, se apoderan de las casas de los palestinos. Por la fuerza. Tan simple como llegar con los militares, echar a una familia palestina de su residencia y entrar a vivir en ella, sin remordimientos. Y colocar la bandera de Israel. La conquista del día a día. Metro a metro, casa a casa. Fue lo que le pasó a Nasser Al-Gawy, palestino. Luce una oscura y poblada barba, y disimula su incipiente calvicie con una boina gris de cuadros. Lo entrevistamos en su calle, delante del ejército y con los colonos judíos, vestidos de negro y con sus extravagantes sombreros, de fondo. Nos miran fijamente, pero sorprendentemente ni intentan echarnos ni impiden que hagamos la entrevista. Ni siquiera una mala cara. Nasser, ya más resignado que indignado, nos relata cómo pegaron a su mujer, cómo los sacaron de su casa a las cuatro de la madrugada y cómo vive con sus cinco hijos en una tienda de campaña a pocos metros de su vivienda. Los militares sujetan el arma y atienden impasibles, a tres o cuatro metros de distancia. El abuso es de tal magnitud y tan evidente que les da igual que se difunda en los medios de comunicación. Qué difícil es no tomar parte en este conflicto.

La compañía y el asesoramiento de Laura, que acumula varios años ejerciendo el periodismo en la zona, es fundamental para nosotros. Además de acercarnos a buenas historias, nos advierte de una extraña sensación que tiene desde que llegó.

-Creo que lo saben todo de mí –trata de explicarse-. Noto que cada vez que llego a una rueda de prensa o voy a algún acto público, ya sabían de antemano si iba a ir o no. Es como si me espieran, veo cosas raras. Conocen demasiado de nosotros. Estoy casi segura de que los servicios secretos israelíes controlan los movimientos de los periodistas.

Sergio, un andaluz que trabaja para la ONU, nos muestra los enormes asentamientos de colonos judíos en Cisjordania. El sistema que utilizan para adueñarse de terreno palestino es el mismo que acabamos de relatar en el caso de Nasser, pero a gran escala. Pura ciencia ficción. Al lado de los barrios deprimidos de palestinos, de repente se levantan auténticas ciudades ideales, burbujas de bienestar con chalets, centros comerciales, piscinas y pistas de tenis. Normalmente en colinas, lugares elevados, sitios estratégicos. El gobierno israelí hace un trasvase de población y los llena de judíos de cualquier parte del mundo, a los que incentiva con buenos precios y unas condiciones de vida envidiables. Eso sí, con mucha protección porque están rodeados de barrios palestinos, evidentemente hostiles ante esta colonización. Hasta medio millón de habitantes hay en los más de cien asentamientos judíos en Cisjordania. Lejos de frenar este abuso, Israel sigue construyendo en Cisjordania y trasladando población. Nunca parece ser suficiente. Otro de los puntos de difícil entendimiento entre las dos partes.

Si nos vamos al campo, la situación no cambia demasiado. Contratamos un chófer y junto a Sergio nos acercamos casi a la frontera con Jordania. La intención es ver el Mar Muerto, pero el coche ha pinchado, se le ha parado el motor y cuando hemos conseguido repararlo es ya demasiado tarde para llegar tan lejos. Sí alcanzamos las viviendas de unos beduinos que llevan décadas resistiendo la presión israelí. Viven en el campo, con sus

cabras y sus gallinas. Sin agua potable y sin luz, aunque gracias a la ayuda de algunas ONGs poco a poco están mejorando sus condiciones de vida. No son nada ofensivos, pero están en un territorio estratégico fundamental, cerca de Jordania. Por eso Israel les derrumba una y otra vez sus chabolas de adobe, para empujarlos a su marcha. Pero ellos se quedan. Zoba es el patriarca. Un señor de cincuenta años que aparenta ochenta. Con su pañuelo y su discurso triste pero beligerante, nos invita a comer una *shakshuka*, delicioso plato local a base de tomate, verduras, especias y, cuando se puede, huevo. Su mujer y una de sus hijas han preparado el pan de pita durante horas. Hospitalidad palestina. Son unos diez en la familia; su existencia se basa en producir lo justo para comer y aguardar con valentía la llegada de los militares israelíes, que vendrán a tirar su casa una vez más. Su lema es directo:

-Existir es resistir -defiende con contundencia Zoba, mientras se hace el silencio a su alrededor-. Me tienen que matar para que me vaya de aquí.

Así, toda la vida.

Mucho más que un muro

Cuando ya nos queda poca capacidad de asombro, decidimos dar un paseo por el muro. Está por todos sitios y es inevitable verlo a cada instante, pero queremos grabarlo de cerca. Todavía no está terminado del todo, pero van a ser setecientos kilómetros de hormigón -en algunos tramos se utilizan vallas electrificadas-, a veces de diez metros de altura, para rodear Gaza y Cisjordania completamente. La obra se inició en 2003. Israel argumenta que lo construye en defensa propia, para evitar más atentados de terroristas musulmanes. Es una razón. Pero también es una manera más de anexionarse terreno palestino. Otra forma de colonizar. Otra vuelta de tuerca que ya ha su-

puesto arañar un diez por ciento del suelo de Cisjordania. Además, por supuesto, de dificultar la vida de los palestinos al otro lado, con ejemplos muy claros: El trazado del muro, sinuoso y muy intencionado, hace que ciudades de Cisjordania que antes se encontraban muy cerca, cada vez estén más lejos. Como ocurre con Ramala y Belén, por ejemplo. Recorrer la distancia que hay entre ambas nos llevaría unos cuarenta y cinco minutos, pero ahora, con el muro y los puestos de control, se convierte en una eterna incógnita.

Para ir de una a otra, además, hay que cruzar Jerusalén, y claro, todo se complica. Los trabajadores que diariamente tienen que ir de Belén a Ramala, o al revés, tienen que elegir entre dar un rodeo y arriesgarse a pasar por un puesto de control —una experiencia normalmente humillante para un palestino, ya que le pueden retener durante horas o incluso no dejarle pasar sin un motivo aparente- o dar un rodeo todavía mayor para evitar los malditos *check points*. Sea cual sea la opción, lo normal es que el trayecto se realice como mínimo en dos horas, que muchas veces se convierten en tres, otras en más... e incluso puede que no llegue a completarse nunca.

En Belén conocemos a una monja octogenaria, Dolores, que lo sabe todo sobre la Iglesia de la Natividad, donde nació Jesucristo. Este lugar de culto para los cristianos es un reguero de peregrinos que gozan de manera casi mística ante el punto exacto en el que su Dios vino al mundo, hoy representado con una estrella en el suelo que besan sin cesar. Belén vive en gran parte de los ingresos que generan esas peregrinaciones que llegan desde todos los sitios del planeta.

De Dolores y su congregación nos interesa más la labor humana que sus quehaceres divinos. Pasamos la mañana en Effeta, un centro en el que las hermanas doroteas trabajan con niños

sordos, y con unos resultados increíbles. Los educan prescindiendo del lenguaje de signos para forzarles a hablar, y conocemos a pequeños de siete u ocho años que ya se expresan bastante bien. El objetivo es que cuando sean mayores de edad puedan hablar casi perfectamente. Dolores nos lleva también a un hogar de acogida con historias escalofriantes. Unos cincuenta niños abandonados pasan su infancia en este lugar, ajenos a su propia familia, ésa que los rechazó. Fátima, un bebé que apareció entre cartones junto a un contenedor, no ha cumplido siete meses todavía. En su cara resaltan dos enormes ojos negros que quieren mirarlo todo. Su madre la ha abandonado en la calle, probablemente porque la tuvo fuera del matrimonio. Una deshonra para muchas familias musulmanas.

Todos sospechosos

Para entrar en Palestina, lo más normal es hacerlo desde Israel. Como no hay vuelo directo, se aterriza en Tel Aviv y desde allí, en coche, se cruza alguna de las fronteras del estado judío con los territorios palestinos. Desde que llega a Israel, el visitante percibe que es sospechoso de algo. Para empezar, si en tu pasaporte hay un sello de alguno de los muchos países enemigos del estado judío, te pueden negar el acceso. Lo recomendable es hacerse un pasaporte nuevo si has estado antes en Oriente Medio y alrededores, para evitar problemas. Aunque sólo hayas ido de vacaciones. Ocurre lo mismo si vas a algunos países musulmanes con el sello de Israel. Salir de la terminal de llegadas del aeropuerto internacional David Ben Gurión de Tel Aviv parece imposible. Un control detrás de otro. La cámara, que ya en Madrid había sido chequeada —tuvimos que llevarla un día antes de la salida del vuelo- durante horas por los miembros de seguridad de la compañía aérea israelí, El Al, la vuelven a analizar pieza a pieza. A Rocío y a mí nos machacan a preguntas.

Lo quieren saber todo. Desde meses antes la productora había gestionado nuestros permisos para entrar en Israel como periodistas, así que lo tenemos todo en regla. Lo habitual cuando acudimos a un país sin conflicto o en el que no se suele dificultar la labor de un informador es que accedamos al destino como simples turistas, ya que al viajar con tanta frecuencia no tenemos tiempo material para arreglar visados periodísticos por las enormes trabas burocráticas que suponen. Pero este caso es especial y no nos podemos arriesgar a movernos entre Israel y Palestina sin algún documento oficial que nos acredite como lo que somos, periodistas.

Aterrizamos de noche. Como se trata de documentar lo que ocurre en Palestina y no en Israel, nos vamos directamente a Ramala. Nos espera un coche con matrícula israelí que nos ha conseguido desde España Charo, nuestra productora, para que pasemos sin problemas los *check points* que hay entre Tel Aviv y los territorios palestinos. Es importante esta cuestión, porque las matrículas israelíes, amarillas, se mueven a su antojo; en cambio las blancas, de Cisjordania, no pueden entrar en Israel. Con este coche cruzamos sin interrupciones. En una hora estamos descansando en un modesto hotel junto a una carretera, en las afueras de la ciudad palestina.

La vida en Ramala es muy normal. Los niños van al colegio, los mayores al trabajo, los bares se llenan, el mercado es ruidoso, el tráfico denso en el centro... como en cualquier sitio. Un alivio, porque tus propios prejuicios te hacen creer a veces que vas a una guerra. En la ciudad, y en toda Cisjordania, dominan los colores tristes. El beige, el marrón o el blanco roto inundan las fachadas y paredes. Como si nadie quisiese llamar la atención aquí. José, un cooperante instalado en Ramala, nos lleva a conocer la asociación Combatientes por la Paz. Son un grupo

de ex soldados palestinos e israelíes unidos contra el conflicto. Arrepentidos de mucho de lo que hicieron, hoy se han dado la mano para convencer a las autoridades de que la guerra sólo trae consecuencias negativas para ambos bandos. Resulta muy estimulante entrar en una sala en la que judíos y musulmanes sonríen, dialogan y preparan actos para denunciar el terrorismo y el abuso del estado judío.

Miembros de esta organización, junto a otras muchas personas, acuden con frecuencia a la cercana aldea de Bel'in para denunciar la situación en la que se encuentran sus habitantes. Son palestinos que han visto como el trazado del muro, en este caso valla electrificada, les ha usurpado su tierra. La mayoría son agricultores que se han quedado sin poder sembrar, sin su sustento. Nassir, un compañero de José, nos abre las puertas de su casa para presentarnos a su padre, un veterano hombre de campo cansado ya de tanto luchar contra la injusticia.

—Sin tierra no hay estado -se queja el hombre con amargura, mientras nos pone por delante algunas verduras de la pequeña huerta que se ha tenido que hacer en su propia casa, el único terreno que le queda para trabajar-

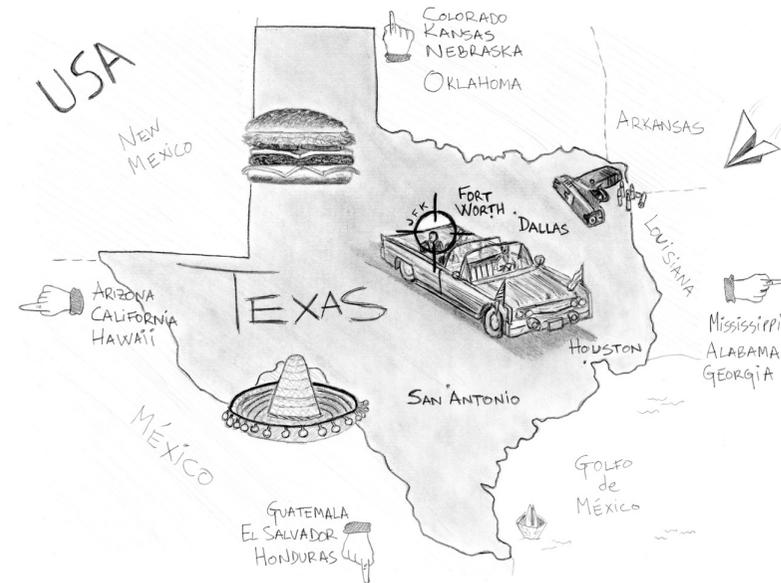
En las inmediaciones de la valla la escena es desoladora. Al otro lado, las tierras que antes cultivaban los agricultores palestinos. Ya no son suyas. Sin mediar explicación, Israel se apoderó de ellas un día. Hoy sólo pueden contemplarlas a través de esa malla metálica electrificada, que además está rodeada de torres de control en las que se apostan los soldados judíos. Nos vigilan continuamente, en guardia, a unos cincuenta metros de distancia y viéndonos a través de las imágenes que recogen las varias cámaras instaladas sobre la valla. El suelo está lleno de bombas de sonido, latas de gas lacrimógeno y munición, restos de la represión que aplican los militares contra los que vienen a reivindicar sus tierras.

De vuelta en Ramala, nos topamos con la plaza Al-Manara y nos sentimos en el epicentro del mundo. No es más que una rotonda con banderas palestinas, pero han pasado tantas cosas aquí, hemos visto a tantos corresponsales de tantos países contar el conflicto desde este lugar, que para un periodista es un sitio especial. Como la Mukata, la sede del gobierno, la Autoridad Nacional Palestina. Aquí está enterrado Yasser Arafat, el líder por excelencia. Su tumba, custodiada veinticuatro horas al día por dos policías, se puede visitar. En la misma Mukata hay una torre que proyecta una luz con un único destino: Jerusalén. En la base de esa torre hay una placa con el número 14'63, los kilómetros que separan este edificio de la capital soñada por los palestinos. Esa luz es la simbólica guía de un pueblo. De la sede de su gobierno, en Ramala, a Jerusalén, su anhelo. Conseguir ser un estado, un país real, independiente, es su objetivo, y sin esa pelea, la vida de muchos palestinos no tendría sentido. Es lo que alumbra su complicada existencia. Una Palestina libre.

Abril, 2010

Dallas, Estados Unidos

La Norteamérica rancia



Chaleco de camuflaje con varios bolsillos repletos de paquetes de balas, pantalones roídos y botas militares. El señor de cara picada y pelo aceitoso que hay a mi izquierda viste la ropa adecuada para acompañar la pistola de cañón fino y largo que sujeta con fuerza mientras acierta a agujerear varias veces la frente de Osama Bin Laden. La diana de papel con la cara del terrorista se acerca y aleja, pero mi vecino no falla una. Cada vez que termina una serie nos mira y sonríe. Vuelta a empezar. Una nueva foto de Bin Laden y más tiros. El sonido metálico penetra los cascos de aislamiento que nos hemos colocado para proteger los oídos antes de cruzar la puerta de la cabina. En esta galería de tiro de Dallas los clientes no distan mucho del prototipo de perturbado que en un día de furia asesina a media clase de un instituto. Juanma y yo estamos algo inquietos. Es la primera vez que tenemos una pistola en la mano. Queremos probar qué se siente al disparar, pero sobre todo queremos entender por qué muchos norteamericanos van siempre armados.

Las galerías de tiro son muy comunes en el estado de Texas. Puedes acudir con tu arma o alquilar una. Pagas por las balas, compras una diana y a disparar. Hoy entrevistamos a Antonio, un joven mimetizado con su nuevo hábitat. Tiene su propia pistola y acude a este tipo de sitios con frecuencia. La atracción somos mi compañero Juanma y yo, los novatos.

La pistola no es muy grande, pero impresiona sentir que sostienes en tu mano algo tan peligroso. No dejo de pensar que en cinco segundos puedo matar a los que están aquí. Una simple enajenación transitoria y acabo con todos estos seres con cara de locos. O alguno de ellos con nosotros. Da miedo. Llega mi turno y con cierto temblor aprieto el gatillo. La fuerza del disparo hace que mi cuerpo se vaya hacia atrás unos centímetros. Dudo. Paro. Agarro el arma con más decisión. Me convengo, pego veinte tiros al póster que hace de diana –nosotros disparamos contra un anónimo guerrillero, que es más barato que hacerlo contra Bin Laden- y le devuelvo el arma a Antonio. No se me ha dado mal, porque desde el pecho hacia arriba he agujereado casi todo trozo de carne que tiene mi estático enemigo. Antonio me dice que siga, pero me niego. Juanma, sin muchas ganas, lanza un par de tiros y lo deja. Antonio se ríe. En su turno da una lección de precisión y acribilla la cara de un militar. Es un experto, un tejana más.

En Texas, con un simple certificado de salud puedes comprar un arma. La puedes tener en tu casa y transportarla, pero no exhibirla en la calle. Como si eso diera tranquilidad.

—¿No tienes miedo de ti mismo? –pregunto a Antonio-. A mí me daría pánico llevar una pistola.

—Y si entran en mi casa, ¿qué hago? No voy a preguntar, antes de que me disparen, disparo yo -responde sonriendo-. *Welcome to Texas*.

Con apenas veintiséis años Antonio ha vivido de prisa en Norteamérica. Llegó hace cuatro años y le ha dado tiempo a casarse, divorciarse y a empezar una nueva relación con una chica afroamericana. Trabaja ensamblando vehículos militares para una empresa cuyo principal cliente es el gobierno de los

Estados Unidos. Acude cada día a las afueras de Dallas, donde están los talleres de la compañía.

—Todo lo que veis aquí va para Afganistán o para Irak -dice levantándose las gafas protectoras, con su apellido bordado en el mono de trabajo y una llave de casi un metro de largo en la mano-. Son camiones blindados, con portarifles en los asientos, preparados para la guerra.

—¿Preparados para matar?

—Yo no creo que esté construyendo algo que sirve para asesinar; pienso que estos vehículos van a ayudar a hacer carreteras y colegios en países que lo necesitan.

Nos cuenta que la crisis se nota en el sector. Con Obama en la presidencia el gasto en defensa es menor y muchos de sus compañeros han perdido su trabajo. Mientras se explica, el sol se refleja en las placas militares de su colgante y el sudor mancha su espalda.

—Espero poder quedarme muchos años. Me encanta vivir en este país, aquí las cosas se hacen bien –concluye con admiración-.

Si hubiera podido elegir dónde tener mi primer contacto con los Estados Unidos, probablemente hubiera preferido Nueva York, San Francisco o Chicago, lugares más atractivos a priori. Me ha tocado comenzar por Dallas, en el estado más rancio del país, Texas. Aunque no parece un destino muy inspirador, rápidamente entiendo que aquí está la esencia de la Norteamérica más profunda, y es algo digno de conocer.

Hemos llegado en plena Semana Santa de 2010. Siete horas menos y un sol fuerte nos reciben en el aeropuerto de Dallas-Fort Worth, llamado así por estar a mitad de camino entre ambas ciudades tejanas. Durante el vuelo hemos tenido que re-

llenar los famosos formularios de entrada a Estados Unidos, que todo extranjero debe cumplimentar. En ellos, además de preguntarte por cosas cotidianas como tu profesión, lugar de procedencia y datos personales, te cuestionan si tienes intención de realizar algún atentado, si perteneces a alguna banda armada o si tienes antepasados nazis, por ejemplo. Siempre me pregunto si alguien se habrá atrevido a contestar que sí, aunque fuera de broma. Al salir del avión pasamos por los estrictos controles de inmigración y aduana. Más preguntas. La mayoría de los policías que controlan la llegada de pasajeros son de origen latino. Tras veinte minutos en la fila es mi turno. Me toca hablar con Fernández, según leo en la camisa del policía. Cuando ve mi pasaporte sonrío y me habla en *espanglish*. Le aclaro qué venimos a hacer, dónde nos alojamos y algunas dudas más.

—*Have a nice day*, amigo -se despide amablemente-.

Nuestro hotel está en el *downtown*, el centro de Dallas. Aquí no existe un casco histórico como concebimos en Europa, ya que hablamos de ciudades con pocos años de vida en comparación con las del viejo continente. El *downtown* es una enorme retícula de avenidas perfectamente ordenadas, repletas de rascacielos de cristal, entre los que a veces aparece alguna antigua fábrica de ladrillo visto, lo más viejo del lugar. Ni una calle estrecha. Muchas oficinas y pocas viviendas. Y mucha gente de paso, del trabajo a casa, y de casa al trabajo. Hay poco que hacer aquí. Por la noche es una zona oscura, casi fantasma, en la que los únicos síntomas de vida vienen de las personas sin hogar que merodean las tiendas 7 eleven, la famosa cadena de establecimientos que abre las veinticuatro horas del día.

Al alejarte del centro, compruebas que la ciudad se extiende muchos kilómetros a base de zonas residenciales típicamente americanas. Casas grandes, muchas de madera, con jardín delantero y automóvil familiar en la entrada. Puertas que no se

cierran, buzones también abiertos y la habitual toma de agua roja de los bomberos que un coche termina rompiendo en las películas. La primera vez que paseas por una ciudad norteamericana es imposible no sentir que ya la has visto en una pantalla. Continuamente te cruzas con iconos cinematográficos que te hacen creer que estás dentro de un rodaje, como los autobuses escolares amarillos, el vagabundo bebiendo de la botella de cerveza metida en una bolsa marrón o el camión de la empresa de correos FedEx.

Paseando por una avenida del centro nos topamos con una escena que me hace dudar si realmente estamos en una película. Decenas de policías y bomberos han cortado la calle. Sus coches, furgonetas y camiones están aparatosamente atravesados. Los curiosos se arremolinan. Me abro paso entre cuchicheos y caras de asombro y me coloco en primera fila. Quien motiva este jaleo es un hombre subido a una azotea que amenaza con suicidarse. Está en la última planta de un edificio de tamaño medio, más bajo que los varios rascacielos que tiene alrededor. El señor hace aspavientos mientras un policía se le acerca lentamente. El aparente suicida está fumando y cuando nota que el policía está a unos tres metros lo frena con un grito. En esa posición sigue la conversación, durante muchos minutos, mientras el público empieza a seguir su camino porque el espectáculo se prolonga. Nosotros hacemos lo propio. Hemos grabado la escena, pero se puede alargar tanto que no merece la pena seguir allí. Nos vamos, y unas dos horas después volvemos a pasar. Justo cuando se están marchando policías y bomberos. Todo solucionado. Un psicólogo había hablado con el hombre y le había convencido para que no se tirase. Pregunto a un policía que se acaba de subir en la moto para marcharse.

—Bah, sólo quería llamar la atención -contesta con desgana-.

Arranca y se pierde al final de la avenida.

Muchas de las mujeres españolas que residen en Estados Unidos llegaron tras conocer a sus parejas, militares, en alguna ciudad de nuestro país con base americana. Inés, que ahora trabaja para una de las sucursales de BBVA en Dallas, es una de ellas. Su marido, Jeff, habla una mezcla entre inglés y español con acento gaditano aprendido durante su estancia en la base de Rota. Es imposible no reírse con él. No tienen hijos, pero sienten a Angel, una niña afroamericana, como parte de su familia. Pertenecen al programa 'Big brother, big sister', una iniciativa para ayudar a niños de familias con problemas. Angel vive en un barrio conflictivo, su madre es alcohólica y tiene que cuidar de sus cuatro hijos sin el padre, desaparecido. Así que Inés y Jeff pasan muchas horas con Angel durante la semana, la ayudan a estudiar y la alejan un poco del ambiente delictivo en el que se está criando. Como todas las ciudades estadounidenses, Dallas cuenta con varios barrios problemáticos, muy alejados del cacareado sueño americano.

Tras Houston y San Antonio, Dallas, con más de un millón de habitantes, es la tercera ciudad más poblada de Texas. Se trata del estado conservador por excelencia, donde los republicanos, el partido más a la derecha, suelen ganar las elecciones. De hecho, aquí gobernó durante cinco años George W. Bush, hasta que dio el salto a presidente. La población, extremadamente religiosa, es de costumbres arraigadas, y eso a veces provoca conflictos sociales con los inmigrantes. Son muchos los mejicanos que se vinieron en busca de una vida mejor, al ser un estado fronterizo y próspero económicamente. Y eso no es del agrado de muchos tejanos. De hecho, me han advertido varias veces que cuando me pregunten “¿*Where are you from?*” responda

“*Spanish, from Europe?*”, para aclarar que soy español de Europa, no hispano de Latinoamérica -en inglés, la palabra *Spanish* admite los dos significados-. Ese punto clasista y algo xenófobo contrasta con el legado que ha dejado la continuada presencia latina en la historia de este territorio. Muchos nombres de calles, barrios, negocios y empresas están en español, y con en este idioma se puede vivir sin muchos problemas en Texas.

Así que, ¿dónde si no iban a matar a Kennedy? John Fitzgerald Kennedy representaba el progreso. Era un presidente joven, demócrata, con una gran imagen en el exterior. En la retrógrada Texas no hacía mucha gracia su ascendente carrera. Llevaba apenas dos años en el cargo cuando en una visita oficial a Dallas, el 22 de noviembre de 1963, mientras paseaba en su coche por la avenida Elm Street ante la admiración de muchos, fue asesinado. Recibió varios tiros desde la sexta planta de un edificio que hoy es un museo. Muy americano eso de espectacularizar la historia. Si pagas tu entrada puedes ver la ventana desde donde le tirotearon, en una habitación que recrea cómo estaba aquel lugar entonces, lleno de cajas porque era un almacén de libros. En la propia calzada de la calle se conservan dos aspas pintadas en blanco que señalan los dos impactos de bala que supuestamente alcanzaron a JFK. Es mejor hablar en hipótesis, porque hay miles de teorías conspirativas sobre el caso. Lo oficial es que detuvieron a Lee Harvey Oswald como sospechoso del homicidio, pero dos días después éste fue asesinado, por lo que no hubo juicio. Hoy, al pasear por Elm Street y los alrededores del lugar en que cayó Kennedy, se puede comprobar cómo varias personas todavía intentan vivir de aquel caso, del que dicen saber la verdad nunca publicada. Venden panfletos con escritos que explican extrañas teorías sobre la muerte del presidente. Simples charlatanes en busca de unos dólares.

Obesos, vaqueros y series de televisión

Dos huevos fritos, siete tiras de bacon, un cuenco repleto de frijoles, una hamburguesa, varias rebanadas de pan con mantequilla, patatas fritas, tres tipos de salsa y unas tortitas con nata y helado junto a un trozo de brownie. Todo eso espera en la mesa a una mujer obesa de mediana edad, que parece venir del servicio y se sienta mientras sorbe de una taza, aparentemente de café. Son las 9.37 de la mañana y estamos en Cracker Barrel, un típico restaurante americano conocido por sus gra-sientos desayunos. La mujer que tiene en frente también debe rondar los 130 kilos. Aunque la escena pueda parecer llamativa, nadie las mira. En el abarrotado comedor abundan personas de esta complexión. Matrimonios con sus hijos, negros y blancos, todos muy pasados de peso y, a juzgar por lo que comen, con poco interés por cuidar su salud.

Texas tiene uno de los mayores índices de obesos por habitante de Estados Unidos, país que a su vez tiene el mayor índice de obesos de todo el mundo. Además de la horrible dieta que ofrece la tierra, el urbanismo de estas ciudades no invita al paseo. Nadie anda. Las distancias son inmensas, las autopistas tienen seis carriles y la cultura del transporte público no existe. No hay metro, apenas hay autobuses y todo el mundo va en coche a todos sitios. Vida sedentaria. Llevo menos de una semana aquí y creo que ya he engordado dos kilos. Menos mal que no me quedo a vivir, porque estos desayunos opulentos son difíciles de rechazar.

Para acercarnos al tópico del vaquero tejano nos vamos a Fort Worth, ciudad que vive de su pasado *comboy*. Es como un parque temático, con salones típicos del oeste, tiendas de mobi-

liario de piel, desfiles de vacas, viejos trenes... y repleto de bares y ambiente motero. En pocos sitios he visto un mayor número de vestimentas extravagantes por metro cuadrado como aquí. Texas está llena de excéntricos, muchos de ellos millonarios gracias al petróleo. Y como el buen gusto no se compra con dinero, vemos escenas rocambolescas por la calle continuamente, como el coche que nos adelanta volviendo a Dallas, con la carrocería de un tanque militar y un orgulloso copiloto asomado a la trampilla superior.

En el lado opuesto, lo menos tejano de Dallas se encuentra en el Deep Ellum, el distrito alternativo de la ciudad. En los años ochenta aquí se reunía lo más granado del *underground* de la zona. Mucha noche y mucha droga. Aquellos excesos castigaron a mucha gente de la que hoy vaga sin rumbo por estas calles. Poco a poco se fue quedando desierto el barrio y se convirtió en una zona marginal, pero como pasa en muchas grandes ciudades, en los últimos años pintores, músicos y bohemios en general están recuperando la zona. Ahora el Deep Ellum es puro colorido y una sucesión de tiendas de artesanía, galerías de arte, esculturas, ropa *vintage*, bares retro y conciertos. Se agradece escapar de la caspa *comboy* con un poco de modernidad en el Deep Ellum, al que sus habitantes han proclamado como el barrio “más progresista y ecléctico de Texas”.

Pero si Dallas es popular por algo en España, y en medio mundo, es por la serie de televisión que lleva el nombre de la ciudad. ‘Dallas’ entró en nuestros hogares en la década de los ochenta y todavía recordamos –al menos los mayores de treinta años- las aventuras y desventuras de los Ewing, una familia conservadora y ambiciosa, a la que los negocios sucios relacionados con el petróleo dividía una y otra vez. La trama transcurría en Southfork, el rancho familiar, hoy abierto para las visitas de los pocos grupos de turistas que pagan por venir a esta ciudad. La

serie, que tiene ya tres décadas, sigue teniendo vigencia y sin duda refleja bastante bien la peculiar idiosincrasia del estado más rancio del país, Texas.

Septiembre, 2010

Belfast, Irlanda del Norte

La isla de los problemas



La primera vez que hablé con alguien sobre Irlanda del Norte tenía doce años. Estaba de vacaciones con mi familia en Torremolinos, en uno de esos hoteles gigantescos repletos de alemanes y británicos. Por entonces, y desde hacía tiempo, era fan absoluto del fútbol inglés, de aquellas retransmisiones los sábados por la tarde -en Tve2, antes de que existiera Canal Plus-, en esos campos embarrados por la lluvia, ya de noche, mientras en España era pleno día. Cómo me hacía disfrutar a finales de los ochenta el Liverpool de John Barnes, ese inglés nacido en Jamaica que jugaba como un brasileño -en pocas cosas pensaba yo por entonces que no estuvieran relacionadas con el fútbol-.

Pues allí estaba yo, alicaído en aquel enorme hotel, con ese eterno aburrimiento que tiene todo preadolescente cuando va a algún sitio con sus padres. Ni me gustaba la playa, ni la comida, ni los ridículos *shows* que organizaban cada tarde los animadores. Desesperado, dando vueltas, vi a lo lejos en el aparcamiento de al lado de la piscina a un niño extranjero, de mi edad más o menos, con una camiseta del Liverpool -en aquella época no era fácil ver en España camisetas de equipos de otros países-. De repente, necesitaba hablar con él. Me acerqué despacio, algo inseguro, con andares de edad del pavo. Él, de espaldas, cabizbajo, no parecía estar pasándolo muy bien tampoco en aquel infierno

de hormigón. Se giró y nos miramos. Era el momento de sacar a relucir mi inglés de sexto de E.G.B.

—Hola, que diga... *je lou*.

—*Hi* —me respondió sonriente—.

El niño era pelirrojo, muy blanco de piel y lleno de pecas -prototipo irlandés, algo que yo entonces no sabía-. A partir de ahí, entre mi todavía pobre inglés y lo que él chapurreaba de español, además del lenguaje universal de los gestos y los dibujos, nos fuimos entendiendo y nos hicimos amigos.

Ya las vacaciones tenían sentido. Hablábamos de fútbol, jugábamos a las máquinas recreativas e incluso echamos el ojo a alguna niña guapa que andaba por el hotel. Un día le pregunté que de dónde era y me dijo que de Irlanda del Norte. Cuando le pedí que me contara cosas de su país mencionó algo así como el “aira”. Hablaba muy rápido y la mayoría de las cosas no las entendía, pero cuando pronunciaba aquello de “aira” se le entristecía la cara. No podía ser algo bueno. Le dije que me lo escribiera en un papel, me lo guardé y cambiamos de tema. Se acabaron las vacaciones, nos despedimos y nos dimos la dirección postal pero, la verdad, una vez que cada uno volvió a su rutina, el verano se olvidó y nunca nos escribimos.

Ya de vuelta, en casa, encontré el papel donde me había escrito aquello de “aira”. Lo desdoblé y allí ponía “IRA” -aira es la pronunciación en inglés, con acento irlandés, de IRA-. Entonces me picó la curiosidad, esa que en su día no tuve, y acudí a la persona que debía saberlo todo.

—Papá, ¿qué significa IRA?

—¿Quién te ha dado ese papel?

—El niño irlandés que conocí en Torremolinos.

—Uf. Es muy complicado de explicar. Es un grupo terrorista que mata a ingleses porque no quiere que Irlanda del Norte sea británica. Luchan por una Irlanda unida —resumió sin muchas esperanzas de que lo entendiera—.

—Entonces como la ETA, ¿no? —respondí tras pensar un poco—.

Se hizo un breve silencio y mi padre, sorprendido por mi analogía y sin saber muy bien por dónde empezar a tratar tan complejo tema, miró a su preguntón hijo de doce años y le contestó:

—Algo así..

A mí me sirvió la respuesta, y me fui a la calle a cambiar estampas.

Dieciséis años después, haciendo la maleta antes de viajar a Irlanda del Norte, me viene a la cabeza de nuevo aquel niño norirlandés -el nombre no he podido recordarlo- al que conocí en Torremolinos y en el que pensaba cada vez que veía en televisión algún atentado en Reino Unido o leía algo sobre los problemas en su país. Aquel encuentro veraniego contribuyó a que desde entonces me interesara mucho todo lo relacionado con el conflicto del Ulster, la región histórica en la que se encuentra la actual Irlanda del Norte.

Viajo con Juanma. Vuelo directo Málaga-Belfast y en tres horas pasamos del esplendor del verano al otoño más gris. Mirando por la ventana del taxi, entre gota y gota, se adivina una ciudad triste, casi sin vida. Son las ocho de la tarde y las calles ya están desiertas, como esperando que mañana amanezca mejor. La lluvia, el cielo apagado y una arquitectura casi sin color me dejan una primera impresión que acentúa ese estigma que tiene Belfast de lugar inseparable de sus problemas.

Entender el origen y los motivos del conflicto en Irlanda del Norte es tan complejo como intentar comprender, en el más amplio sentido del verbo, cualquier guerra en cualquier parte del

mundo. Partamos de la situación real actual: Irlanda del Norte -junto a Inglaterra, Escocia y Gales- es uno de los cuatro estados que forman parte del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte -éste es el nombre oficial completo-, por lo que su jefa de Estado es la reina Isabel II de Inglaterra.

Por otro lado está la República de Irlanda, país absolutamente independiente del Reino Unido. Ambos, Irlanda e Irlanda del norte, separados por una frontera terrestre, conforman la isla de Irlanda. El conflicto reciente no es otra cosa que la lucha por el estatus político de Irlanda del Norte entre dos bandos; los unionistas, a favor de que Irlanda del Norte forme parte del Reino Unido, y los republicanos, partidarios de una Irlanda unida o, al menos, de la independencia de Irlanda del Norte. El ingrediente religioso, fundamental, separa aún más a unionistas y republicanos. Los primeros son protestantes, y los segundos, católicos.

Todo arrancó hace mucho tiempo. Desde el siglo XII, cuando los hoy británicos invadieron la isla de Irlanda, se han sucedido los enfrentamientos. Cientos de años de luchas económicas, religiosas y políticas que vivieron un capítulo muy importante cuando en 1921 se firmó el Tratado Anglo-Irlandés, que ponía fin a la guerra de independencia irlandesa. Todo apuntaba al renacimiento de una Irlanda unida, pero finalmente la parte norte de la isla -ya de mayoría protestante- decidió anexionarse al Reino Unido y fue entonces cuando se fundó Irlanda del Norte como la conocemos hoy.

El resto del siglo XX no fue un remanso de paz en el Ulster, ni mucho menos. Las diferencias se recrudecieron en los años sesenta y comenzaron los llamados troubles -problemas-, nombre que se le ha dado al conflicto moderno. En Irlanda del Norte conviven protestantes y católicos. Los primeros son mayoría y los segundos, que se sintieron discriminados, empezaron

una campaña de reivindicaciones contra el gobierno británico que supuso el inicio de una escalada de violencia. Por un lado, el Reino Unido y los grupos paramilitares británicos; por otro, el IRA -Irish Republican Army, Ejército Republicano Irlandés-. Miles de personas han muerto en estas décadas de atentados, destrozos y horror, que culminaron -casi definitivamente- en 1998 con los famosos acuerdos del Viernes Santo.

Los años de paz están coloreando poco a poco a Belfast, pero muy poco a poco. El escritor irlandés Bram Stoker dijo alguna vez que los irlandeses eran latinos que vivían en las tinieblas, aludiendo al carácter alegre de su pueblo. Quizá en Irlanda del Norte esa tiniebla, esa falta de luz haya durado demasiado. Las huellas del conflicto están presentes en muchos sitios como para olvidar tan pronto. Si paseas por el centro de Belfast puede que no notes nada especial. Todo está invadido de pubs, franquicias y comercios modernos, con una fisonomía muy parecida a la de cualquier ciudad británica o irlandesa. Pero si te alejas un poco, la atmósfera se empieza a enrarecer.

Antes del viaje, en un gesto excesivamente precavido y casi ridículo, me he cerciorado de que en mi maleta no hubiera ninguna camiseta con la bandera irlandesa o británica. Tengo varias, porque me encanta la ropa y la simbología de las islas, pero prefiero no ponérmelas aquí; todavía queda mucho exaltado y nunca sabes con quién te puedes encontrar y en qué circunstancias. Es como si vas a San Sebastián con una camiseta de la selección española, por ejemplo. Lo normal es que no pase absolutamente nada, pero alguna vez puedes toparte con el indeseable de turno y le puede dar por buscar gresca. Si no es estrictamente necesario, mejor evitarlo, me he dicho.

Es el primer día de grabación y hemos quedado con Elena, que trabaja en la Universidad de Queens. Vamos a hacer un recorrido por los lugares que han sido testigos del conflicto. Belfast está lleno de barrios protestantes y barrios católicos. Hay católicos que viven en barrios protestantes, y viceversa, porque cada vez se mezclan más; pero hay muchas zonas que mantienen la división. El noroeste de la ciudad se convirtió en el escenario principal de los hechos. Aquí se encuentra Falls Road, una larga carretera que atraviesa y da nombre a la principal zona católica de la ciudad. Un poco más al norte, y separada por un enorme muro, se encuentra Shankill Road, territorio protestante. Ambos barrios contienen la esencia de ese odio encarnizado entre irlandeses y británicos, es decir, entre republicanos y unionistas; o lo que es lo mismo, entre católicos y protestantes.

Todavía quedan bastantes líneas de división en la ciudad, pero la más llamativa es un enorme muro de cemento, metal y alambre de espino, hoy llamado “muro de la paz”. Muy similar al que cayó en Berlín o al que ahoga a Palestina, pero con mucho menos recorrido. En él hay mensajes de esperanza de escritores, pensadores y políticos de todo el mundo, además de miles de frases escritas con rotulador por los visitantes y ciudadanos de Belfast. Ya nadie lo vigila, nadie abre ni cierra sus puertas. No funciona. Simplemente está, con su aplastante simbolismo. Porque sigue dejando a izquierda y derecha dos mundos muy diferentes.

No vamos a entrar en si fue antes el huevo o la gallina, pero hubo un hecho que desató el conflicto reciente. En 1969, grupos paramilitares británicos, en colaboración con la policía -la mayoría de los policías en Irlanda del Norte son protestantes- arrasaron Bombay Street, una calle católica. Quemaron casas, destrozaron todo lo que se encontraron y mataron a una persona. Aquello se considera el motivo del nacimiento del IRA

como sangriento grupo terrorista. Venganza. Fueron años de guerra sucia. De atentados en ambas direcciones. De bombas del IRA en Londres, en Irlanda del Norte y donde consideraran que había objetivos protestantes, y de respuestas británicas. Porque no sólo los católicos tenían su grupo terrorista. En el bando protestante surgieron muchos paramilitares igual de asesinos que los terroristas irlandeses.

Durante aquellas décadas los católicos fueron los oprimidos por la maquinaria represora británica. Hoy, tras los acuerdos de Viernes Santo, son los protestantes los que se quejan del giro que ha dado su situación. Entonces ellos vivían mejor, tenían trabajos que pasaban de padres a hijos, y la policía no iba en su contra. Hoy acusan a sus propios políticos de haber cedido al chantaje del IRA. Lamentan que los católicos ahora tengan más calidad de vida, estén más organizados y “se lo estén llevando todo”. Y eso ha supuesto algún rebrote violento por parte de las facciones más ultras del bando unionista, que han visto como la propia policía, esa que antes les protegía, ha cargado contra ellos, contra sus propios amigos e incluso familiares, cuando las protestas se les han ido de las manos.

Lo cierto es que Shankill Road tiene un aspecto decadente. Las calles no están muy limpias, se aprecian locales cerrados que un día fueron buenos negocios. Se palpa una depresión económica y espiritual. Impone un poco pasear por este barrio con una cámara, ante las miradas desconfiadas de hombres enormes, tatuados y que hablan de mala forma en la puerta de los bares. El desempleo ha crecido, el tráfico de drogas está al orden del día y en estas circunstancias no es extraño que las ascuas de la violencia puedan volver a prender.

Los murales pintados son un icono en Belfast. En la parte de Shankill asustan bastante. Hay decenas de enormes paredes repletas de escenas y frases bélicas, apelando al orgullo británi-

co. Soldados con pasamontañas que te apuntan directamente con sus rifles. Loas al UVF, al UDA, a la Mano Roja del Ulster, todos grupos paramilitares terroristas protestantes. Banderas y simbología del conflicto. Pinturas de guerra.

Falls Road también tiene sus murales ensalzando el orgullo católico. También despliegan toda la iconografía del IRA, recordando a líderes históricos como Bobby Sands. También hay pinturas de soldados con sus rifles, aunque eso sí, se les representa en actitud más relajada, sin apuntar. Muchos colores verdes, blancos y naranjas, los de la bandera de Irlanda. Y muchas cifras y palabras recordando a sus mártires, a los caídos en la batalla. La diferencia principal con Shankill es que todos los murales están, además de en inglés, escritos en gaélico, la lengua histórica de la que se enorgullecen los irlandeses.

La zona católica deja una mayor sensación de orden, de limpieza, de prosperidad. Esta comunidad ha mejorado mucho desde la paz de 1998. Hasta los propios protestantes lo admiten. De hecho, familias de Shankill, desesperadas, han cruzado ese muro que muchos jamás se habían planteado pasar para pedir ayuda a los católicos. Lo han hecho a través del Sinn Fein, el partido considerado el brazo político del IRA. Y miembros del Sinn Fein han ayudado a sus rivales históricos, para evitar cometer los mismos errores que los protestantes cometieron con ellos años atrás. Una postura más racional frente al impulso beligerante de antaño.

La dividida realidad social norirlandesa se ejemplifica perfectamente en su gobierno. Peter Robinson, del Partido Unionista Democrático -que lógicamente defiende que se mantenga la unión con el Reino Unido- es el ministro principal, en sustitución del ya anciano reverendo Ian Paisly, fundador del partido

e histórico líder protestante, que dimitió. El viceprimer ministro es Martin McGuinness, del Sinn Fein. Ambos gobiernan en una especie de coalición obligatoria que da poder a las dos partes. Dos extremos obligados a pensar juntos.

La conexión vasca

El Sinn Fein tiene su sede de Belfast en Falls Road. Llegamos para grabar unas imágenes de la fachada. La puerta está cerrada y pegamos la nariz al cristal, pero no hay movimiento dentro. Nada. Es domingo. La parte superior de la puerta hace de tablón de anuncios y entre sus carteles destaca uno, escrito en inglés y en gaélico, que anuncia un acto en el que varias personas darán un discurso. El papel está en blanco y negro y las fotos de sus caras no se ven con mucha nitidez, aunque una de ellas me suena bastante. Me acerco más y leo un nombre: De Juana Chaos. El acto es un homenaje al sanguinario etarra vasco, múltiple asesino que tras pasar muchos años encarcelado en España, se vino a Belfast cuando obtuvo la libertad. Los contactos entre ETA y el IRA han sido continuos a lo largo de su historia, y los irlandeses acogieron a De Juana, que en teoría estaba en libertad vigilada en Belfast al tener causas pendientes en España. Pero De Juana ha desaparecido del mapa pocos meses antes de nuestra llegada a Irlanda del Norte. Ha dejado de presentarse a sus citas con la justicia. Se ha fugado, está en paradero desconocido y sus amigos del IRA van a homenajearle; en su ausencia, claro.

Justo cuando estoy leyendo con atención el cartel escucho detrás de mí unas voces en español, con acento del norte. Me giro y es un joven que ronda los treinta años, con la típica estética de la izquierda abertzale vasca, hablando con dos chicas, también españolas. Él parece hacerles de guía turístico y hablan

de la historia del conflicto en el Ulster. De repente el joven me mira y se extraña. Le habrá resultado raro ver a tres españoles, con acento andaluz, grabando la sede del Sinn Fein. Cuando le veo tengo una sensación bastante rara, algo no me encaja. El cuerpo se me enfría de repente cuando vuelvo la vista al cartel y compruebo que la cara que hay junto a la de De Juana Chaos es la de este guía turístico, que según el papel se llama Beñat y es “un represaliado del estado español”.

Lo vuelvo a mirar. Se ha callado y se ha dado la vuelta otra vez. Es él sin duda. No me da muy buena espina la situación.

—Vámonos -le digo a Juanma, en voz baja y dándole un pellizco en el brazo-.

Como tiene los cascos puestos no se entera y sigue grabando, precisamente el cartel en ese instante. Le vuelvo a pellizcar, me mira y le insisto.

—Vámonos.

—Espérate *cabesa* que termine de grabar el cartelito -responde con su arte natural, ajeno a todo y elevando bastante la voz porque tiene los cascos puestos-.

Beñat, desconcertado y a tres metros de distancia, se entera y nos fulmina con la mirada. En ese momento pienso que igual podemos estar metiéndonos en un lío absurdo. Estoy confuso, me pongo nervioso y cojo del brazo a Juanma, tiro de él sutilmente y empezamos a andar. Cuando nos alejamos unos metros le explico lo que ha pasado. Obviamente ese Beñat está vinculado a ETA, aunque no sé muy bien quién es.

En cuanto terminamos la grabación me voy al hotel para conectarme a internet y resolver mis dudas. Una rápida búsqueda en google y ¡bingo!, Beñat es el apodo que usa Arturo Villanueva, miembro de Haika, una organización juvenil ilegalizada

en España por Baltasar Garzón, que la consideró cantera de militantes de ETA. Sigo buscando y encuentro varias noticias en el periódico ‘El Mundo’ sobre las actividades de Beñat en Belfast. Efectivamente es guía turístico. Ha creado una empresa junto a otra compañera vasca para hacer rutas sobre el conflicto de Irlanda del Norte. Su principal clientela son jóvenes vascos. Además colabora en una radio local, Feile FM, con un programa sobre cultura vasca. Que Beñat esté en esa radio no gusta en absoluto a las autoridades británicas, que no quieren subvencionar un medio de comunicación, por menor que sea, en el que tenga voz una persona procesada por su cercanía con el terrorismo. Eso dice ‘El Mundo’.

En los textos que encuentro, el propio Beñat argumenta que se marchó de España en 2001 porque persiste “el riesgo de tortura”, según una declaración al diario ‘Gara’. La justicia española sigue sus pasos, y de hecho, la Audiencia Nacional envió una orden de detención en 2009 para que Beñat declarase en el juicio contra Haika. Pasó a disposición judicial, declaró y quedó en libertad condicional tras pagar 5.600 euros de fianza. Aquí en Belfast hace una vida absolutamente normal, sin esconderse de nadie. Igual que De Juana Chaos, que hasta su fuga lo habían visto trabajar de camarero y de taxista, según me cuentan varios españoles residentes aquí. Aunque uno nunca sabe si esos datos son ciertos o más bien leyenda urbana.

Varios días después, vamos a escuchar una sesión de música irlandesa. Actúa Aidam, guitarrista y violinista apasionado del flamenco casado con una española, Mayte, a la que conoció en una de sus muchas estancias en Andalucía, adonde acudía para empaparse de nuestra cultura. Hoy se ha citado con otros músicos irlandeses y van a improvisar, algo muy típico aquí. Tocan en el Kelly Cellars, pub añejo de la ciudad. Los músicos llegan con sus instrumentos y ambientan el local, a cambio de beber

gratis. Grabamos la actuación, bebemos, cantamos y reímos. Es el momento de desconectar y relajarse un rato. Soltamos la cámara en el hotel y volvemos al pub. El local, frecuentado sobre todo por republicanos, es acogedor. Rápidamente apreciamos que es el punto de encuentro de los españoles que viven en Belfast. Escuchamos a algunos grupos hablar en catalán, a otros en castellano e incluso a alguno en euskera. Varios españoles nos preguntan por el programa que estamos grabando. Belfast es una ciudad pequeña y funciona como un pueblo; todos se habían enterado de que esta semana hay un equipo de televisión español rodando un documental, y nos dicen que alguna vez se han cruzado con nosotros por la calle estos días.

El ambiente distendido se trunca de pronto, al menos en lo que a mí respecta, porque veo entrar por la puerta del bar a Beñat. Le sigo con la mirada y veo que viene hacia el grupo de gente en el que estoy. Saluda a todos con una sonrisa y cuando le toca el turno al chico que está a mi lado, se estrechan la mano.

—Mira Luis, éste es Beñat. Beñat, éste es Luis, un periodista de España —nos presenta—.

—Encantado —le doy la mano—.

Obviamente me reconoce de inmediato, sonrío y no dice nada. Me vuelvo a poner algo nervioso y observo sus movimientos. Se coloca con otros dos en una esquina, hablan y miran hacia donde yo estoy. Sin duda, les está contando nuestro encuentro en la puerta del Sinn Fein. No sé si acercarme a hablar con él y sacar el tema o ignorarlo. Me siento en fuera de juego, rodeado de desconocidos y bastante incómodo. Juanma está fuera del local, fumando. Me salgo con él a terminarme la pinta de Guinness y el chico que me ha presentado a Beñat viene detrás.

—¿Tú sabes quién es ése que me has presentado?

—Un vasco que trabaja aquí —me responde extrañado el chico, una de las personas que ya he entrevistado para el programa—.

Cuando le cuento lo que publican los medios sobre él, le cambia la cara.

—No tenía ni idea, y muchos de los que hay ahí dentro creo que no lo saben tampoco.

Ni mucho menos son amigos, simplemente se conocen de los bares y no tienen porqué saber el historial político o delictivo de cada uno. De nuevo dudo entre intentar hablar con el amigo de De Juana o dejar pasar el tema. Le doy vueltas. Incluso me planteo proponerle salir en el reportaje. Pero me doy cuenta de que es absurdo, que dentro están muy borrachos, que Beñat jamás va a prestarse a hablar con una televisión de España y que lo único que puedo conseguir es meterme en algún problema. Sin más, nos marchamos del bar.

Al día siguiente me levanto pensativo. Durante el desayuno en el hotel reflexiono; no sé si he actuado bien la noche anterior. Igual tendría que haber intentando conseguir algún material de Beñat para el programa, aunque las posibilidades de que quisiera hablar con nosotros fueran escasas. Comento el asunto con el entrevistado de hoy, que me sorprende porque conoce a Beñat y sus compañeros perfectamente.

—Son un grupo de niñatos que están aquí escapando de España, ese país del que reniegan, y muchos están cobrando el paro del estado español. Yo no me callo y más de una vez he discutido con ellos. Me ven viejo y me vacilan, pero conmigo no se pasa nadie y más de una vez les he callado la boca aunque me hayan amenazado. Si no piensas como ellos te dicen fascista —escupe con rabia Diego, un cocinero que ha llegado a Belfast dejando atrás una turbulenta vida en España, de la que se arrepiente cada día—.

Hoy, años después, sé que intentaría hablar con Beñat para ofrecerle participar en el programa. Probablemente me volvería a poner un poco nervioso, por ese extraño halo que envuelve todo lo que rodea al conflicto vasco, pero mucho menos que

aquel día. Ahora, más experto, sé que hay que intentarlo siempre. El no, ya lo tenía.

Desfiles, coronas y otras heridas

No nos va a tocar vivir ninguno de los polémicos desfiles de la orden de Orange, una organización protestante extremadamente conservadora. Cada 12 de julio realizan una marcha en la que conmemoran una victoria de los protestantes sobre los católicos y como atraviesan algunos barrios de sus históricos oponentes, todos los años hay enfrentamientos, pese a las fuertes medidas policiales. Los republicanos los consideran anticatólicos que pasan por su puerta para provocar, y tampoco se cortan. La jornada suele acabar con detenidos y policías y miembros de los dos bandos heridos. Ese día es como si se anulara por unas horas la paz conseguida en 1998. Otro día propicio para que haya altercados es el de San Patricio, el 17 de marzo. Los irlandeses se tiran a la calle, vestidos de verde, para celebrar el día de su patrón. La mezcla entre alcohol y patriotismo puede ser peligrosa si no tienes la cabeza bien puesta, y a veces hay encontronazos con protestantes que tienen poco que celebrar ese día.

Si hay un edificio en Belfast marcado por la tragedia es el hotel Europa. Está en una de las avenidas principales del centro, la Great Victoria Street, y es el lugar donde se hospedaban habitualmente los líderes internacionales, y por tanto, un imán para las bombas del IRA. Durante los *troubles* sufrió decenas de atentados y se reconstruyó en numerosas ocasiones. Y aquí sigue. En pie. Con los achaques del que ha bordeado la muerte pero puede vivir para contarlo.

Justo en frente está The Crown, otro de los pubs con más solera de Irlanda del Norte. Entramos para probar su famoso *irish stew*, un guiso típico de patatas y carne, y a conocer su pecu-

liar historia. El negocio pertenecía a un matrimonio mixto, ella católica y él protestante. El marido tenía muy claro que el nombre tenía que ser The Crown, es decir, La Corona. Pocos símbolos son más británicos y unionistas que la corona, así que la mujer, republicana, puso una condición para aceptar el nombre; el logotipo del bar tenía que ser la corona y ubicarse justo en la puerta de entrada, pero pintada en el suelo, para que todo el que pasase la pisoteara. Y así quedó. Un bonito mosaico de una corona hace de alfombra para que todo aquel entre y salga del bar pase por encima, aunque dicen que los muy protestantes la esquivan para no realizar esa ofensa a sus ideales monárquicos.

Aunque Belfast es la capital, no hay rincón de Irlanda del Norte que haya escapado al sufrimiento del conflicto. La segunda ciudad del país, Derry -llamada Londonderry por los británicos- sufrió el conocido 'domingo sangriento', en el que trece irlandeses, adultos y niños, fueron asesinados a tiros por una fuerza paracaidista británica que reprimió una manifestación por los derechos civiles de los católicos. Derry es casi frontera con Irlanda, de ahí que el activismo republicano esté muy presente en ella. Siguiendo la frontera hacia el sur, justo en el lado opuesto del mapa de Irlanda del Norte, está Newry, una pequeña ciudad también pegada a la República de Irlanda. Aquí vive Margarita desde hace treinta años. Llegó para trabajar como profesora y se terminó quedando tras conocer a su marido. Tienen dos hijos, mitad españoles y mitad norirlandeses. Como su padre es católico, se sienten más irlandeses que británicos. De hecho, su pasaporte es irlandés como el de su padre. Así lo han querido, ya que los habitantes de Irlanda del Norte pueden elegir entre tener documentación británica o irlandesa.

Junto a Newry están los restos de un castillo de la época Tudor, el Narrow Water, lugar donde en 1979 el IRA mató a

dieciocho soldados británicos. Hoy varias coronas de *poppies* –amapolas-, la flor típica con la que los británicos homenajean a sus víctimas, honran la memoria de aquellos muertos. Este lugar verde y tranquilo, por el que pasa una carretera comarcal, está situado en el margen de un río, el Clanrye, de unos veinte metros de ancho. Al otro lado del río, que hace de frontera natural, ya está Irlanda, igual de verde y tranquila que la Irlanda del Norte que tenemos en esta orilla. Sólo se ven unos caballos mansos en la quietud de la tarde. El cielo sigue gris, comienza a llover y parece imposible que jamás pueda haber un problema aquí. Ni en el norte ni en el sur. Extraña que una isla tan tranquila, tan verde y que emana aire puro, abundancia y paz, haya sufrido tanto durante tanto tiempo.

Un chiste sobre el Titanic y un futbolista que unió a todos

Partió de Southampton, Inglaterra, pero el Titanic fue construido en Belfast. El enorme agujero donde se terminó el barco en 1912, en los astilleros de la empresa Harland and Wolf, sigue intacto en el puerto de la ciudad. Impresiona ver el sistema de compuertas que hizo flotar a la nave para que pudiera navegar en dirección Southampton y luego zarpar hacia América. Aquel enorme crucero terminó, como todos sabemos, en el fondo del mar, por lo que a priori no parece un motivo de orgullo reivindicar su factoría. Ocurre que los irlandeses, ingeniosos ellos, han encontrado la solución perfecta para salir bien parados de la tragedia. “El Titanic; hecho por irlandeses, hundido por ingleses” es su lema.

De lo que si están plenamente orgullosos en Irlanda del Norte es de la figura de George Best. El futbolista maldito. El quinto beatle. El primer jugador que vivió como una estrella del pop. Best es un icono en Belfast, su ciudad natal, donde abundan los murales recordando su figura -ésta vez nada de

política ni religión, sólo Best-. Aunque nació en un barrio protestante, nunca se destacó por la militancia en un bando u otro del conflicto, pese a que su carrera futbolística coincidió con los peores años de los *troubles*. Siempre se le recordará vestido con la camiseta del Manchester United, aunque jugó en varios equipos más -irlandeses, escoceses, ingleses e incluso norteamericanos- en el precipitado declive de su carrera. Pelé dijo que era el mejor futbolista al que había visto jugar, y no se equivocaba. Era tan excelso en el terreno de juego como golfo cuando salía del estadio. Indomable, Best no se privó de nada en su vida y ejerció de celebridad sin cortarse un pelo. Fiestas, desenfreno y alcohol, mucho alcohol. Además de la inigualable creatividad con un balón, su legado principal es un puñado de frases antológicas, como estas dos:

—”Me gasté casi todo mi dinero en mujeres, alcohol y coches de lujo; el resto lo desperdié”.

—”En 1969 dejé las mujeres y el alcohol; fueron los peores veinte minutos de mi vida”.

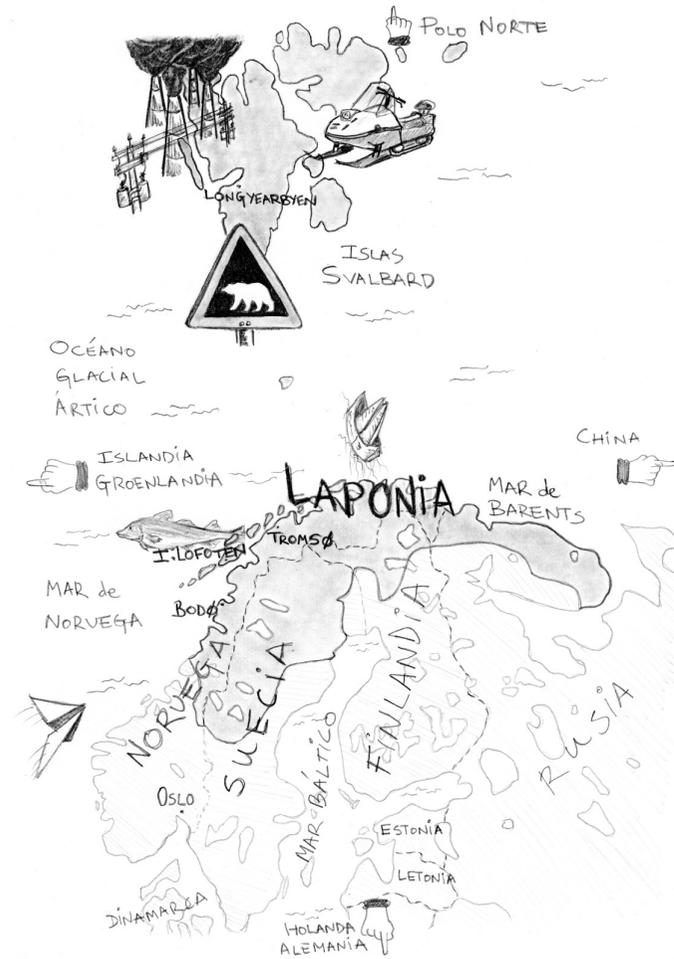
Así era este genio loco y simpático que, pese a todo, marcó a sus compatriotas. Fue la estrella de la selección nacional de Irlanda del Norte, un equipo débil en el que sus compañeros eran infinitamente peores que él. Jamás jugó un Mundial o una Eurocopa, y abogó por una selección unida de las dos Irlandas para ser más potentes, en uno de sus pocos posicionamientos relacionados con la política.

Murió en diciembre de 2005. El féretro recorrió la ciudad desde su barrio hasta el Parlamento de Stormont, y espontáneamente decenas de miles de personas se despidieron del mito a lo largo de toda la ciudad. Juntos, sin incidentes. Católicos y protestantes. Republicanos y unionistas. Irlandeses y británicos. Tuvo que ser George Best.

Febrero, 2011

Islas Svalbard, Noruega

A las puertas del Polo Norte



Entre este sitio y el Polo Norte sólo existe el hielo. Mil kilómetros de hielo. Nada más. Nunca he imaginado el fin del mundo, pero no debe ser muy diferente a donde estoy ahora mismo. Se llama Longyearbyen y es un pequeño pueblo que aglutina la poca vida que hay en las Islas Svalbard, el lugar habitado más al norte del planeta. La imagen es casi onírica. La bruma que une el suelo blanco y el cielo gris no deja ver nada con nitidez. Se aprecian unas pisadas gruesas sobre la nieve, probablemente huellas de las botas de un hombre que anda con dificultad a unos veinte metros. Una lejana luz en el horizonte permite intuir todavía unas casas de colores, el hotel donde me alojo y un camino señalado por unos palos. Pero se está apagando. Son poco más de las tres de la tarde y la noche cae definitivamente, si es que alguna vez ha sido de día hoy aquí. Estamos a quince grados bajo cero. Me vuelvo a la habitación. Necesito entrar en calor, analizar dónde estoy y qué he venido a hacer en este extraño lugar.

Las islas Svalbard pertenecen a Noruega, pero tienen un estatus diplomático especial. Se rigen por un tratado que permite a treinta y nueve países –entre los que no está España– explotar sus recursos naturales y establecer sus empresas en igualdad de condiciones con el gobierno noruego. Están por encima del

Círculo Polar Ártico y podemos considerar que cuentan con dos estaciones, el día y la noche. El sol de medianoche, ese que nunca se pone, comienza el 20 de abril y termina el 23 de agosto, mientras que la oscuridad total se instala el 26 de octubre y empieza a marcharse el 15 de febrero. Hemos llegado casi en marzo para experimentar el invierno más duro, pero con algunas horas de luz para poder trabajar. Es la fecha perfecta para nosotros.

Este apocalíptico pueblo fue fundado por una compañía de carbón a principios del siglo XX, y levantado de nuevo tras los ataques alemanes en la Segunda Guerra Mundial. Las casas son pequeñas construcciones de madera y techo triangular. Están rodeadas de montañas y de evidencias de la industria minera que domina la economía del lugar. Kilómetros de tuberías por las que pasa el agua caliente se hacen visibles sobre el asfalto cubierto de nieve. Las columnas de humo que salen de las chimeneas de las fábricas buscan el cielo como negras jirafas. Hay cables por todos sitios. Y Postes de luz. Pero no hay árboles, ni vegetación.

Casi la mitad de los habitantes de estas islas son mineros ucranianos y rusos que se relacionan poco con los noruegos. Viven apartados, trabajando muchas horas y en condiciones deplorables. Exiliados de la antigua URSS que existen sólo para producir. Casi parte de la maquinaria industrial, más que personas.

Se tarda menos en llegar de España a Oslo, capital de Noruega, que de Oslo a Svalbard. Sevilla-Madrid-Oslo-Longyearbyen. Ha costado mucho trabajo cerrar la maleta, que va más llena que nunca. Camisetas térmicas, pantalones para la nieve, abrigos aislantes, leotardos, gorros, varios pares de guantes, bo-

tas de montaña, crema hidratante... los casi veinte grados bajo cero que nos amenazan no entienden de treguas para grabar en exteriores, y como nuestro trabajo se basa en estar todo el día en la calle, no sobra ninguna prenda.

Aterrizamos hace una hora y media y sigo boquiabierto. Lo primero que veo al salir del aeropuerto de Longyearbyen es una señal de tráfico triangular con un oso polar en actitud amenazante dentro. Peligro, osos polares. Sus mil seiscientos habitantes están obligados a llevar un rifle cuando salen del pueblo por si se topan con alguno. Sí, da mucho miedo. Sobre todo cuando te enteras de que pueden medir casi tres metros, pesar hasta mil kilos y correr mucho más que un humano. O lo matas o te mata. No hay otra. Y teniendo en cuenta que aquí hay más osos polares que personas, no conviene llevar la contraria a la norma.

Cenamos en el bar del hotel. Pizza, nachos y cerveza, un clásico en cualquier parte del mundo. Vayas donde vayas, siempre hay un restaurante italiano, o al menos alguien que haga pizzas. Dani es mi acompañante esta vez. Un cámara gaditano, a un paso del Polo Norte. Motivadora mezcla y risas aseguradas. En la mesa de al lado escuchamos a un chico hablar español. Resulta ser de Burgos. Lleva cuatro meses trabajando aquí para una multinacional y nos confirma que en este pueblo se puede ser feliz, pero sólo por unos días. Está deseando irse.

Nuestro plan es levantarnos muy temprano y aprovechar al máximo las pocas horas que tenemos. Amanece nevando muy fuerte, pero el aspecto del pueblo es diferente por la mañana. Hay vida. Vamos a pasar el día con una bióloga española que se instaló hace cuatro años aquí para hacer una tesis; queremos que nos cuente cómo es la existencia en este inhóspito lugar. Pero surge un contratiempo. Se encuentra enferma y sólo puede atendernos un rato, por lo que Dani y yo nos lanzamos a la aventura para salvar el reportaje.

Todos los que aquí residen se desplazan en moto de nieve, y por tanto, nosotros también. Alquilamos una y nos decidimos a explorar el pueblo y sus alrededores. Tenemos que llevar un rifle, para lo que recibimos las instrucciones de un especialista que nos asesora por si nos topamos con el temido oso polar. Es un trabajador de la empresa que alquila las motos, y nos acompaña en la suya durante unos minutos. Cuando ve que nos desenvolvemos bien, nos deja libres. Nos despedimos y arrancamos de nuevo.

Es como estar en otra dimensión. Todo absolutamente blanco en cuanto dejamos el pueblo unos metros atrás. Vamos en paralelo a la carretera, con unas balizas rojas como única y necesaria referencia. Casi a cien kilómetros por hora. Con la sensación de no saber si vamos hacia delante, hacia atrás o hacia un lado. En medio de ninguna parte. Blanco, blanco y blanco, sin horizonte. Con la adrenalina de atravesar la nieve a toda velocidad y el desasosiego de no saber qué hay más allá, qué puedes encontrarte en el lugar más remoto en que jamás hemos estado. Si apartas la vista de las balizas rojas, llega un momento en que pierdes la perspectiva y casi te mareas. Incluso cuesta apreciar los desniveles del terreno, por lo que la parte delantera de la moto se nos hunde un par de veces en la nieve y derrapa. Dani, como todos los cámaras, tiene más destreza que yo subido a un vehículo de motor, así que se encarga de sacarnos del apuro. Ha pasado media hora y no hay noticias de osos. Me debate entre las ganas de contemplar uno y el pavor que puedo sentir si nos lo encontramos. Pasa un tiempo prudencial y decidimos regresar. Fin del trayecto.

Por la tarde volvemos al pueblo. Hay imágenes buenas por todas partes y Dani, pese al frío, disfruta con la cámara. Un pa-

dre arrastrando a su bebé en un trineo para ir a hacer la compra, motos de nieve con las llaves puestas sin ninguna vigilancia-¿sirve de algo robar en una isla en el fin del mundo?-, coches enchufados a los postes eléctricos que hay en todos los aparcamientos para evitar la congelación, estalactitas de hielo que se forman en cualquier sitio.

Hay un lugar en Longyearbyen que agranda todavía más su halo apocalíptico. Se trata de un refugio nuclear en el que se almacenan la mayoría de las semillas que existen en el mundo, “los cimientos fundamentales de la civilización humana”. ¿Para qué? El objetivo es que si algún día se destroza el planeta tras un desastre natural o una guerra nuclear, podamos sobrevivir y repoblarlo de nuevo. Y está aquí, sepultado bajo el frío, para que aguante siglos enteros intacto. Fascinante. Como el hecho de que hayan dejado de enterrar cuerpos en el cementerio. Si enfermas gravemente, te trasladan a la Noruega continental, y si no da tiempo y falleces, sacarán tu cuerpo de las islas. Así ha ocurrido en los últimos setenta años, desde que descubrieron que la temperatura del suelo del archipiélago de Svalbard, por debajo de cero grados, evita la descomposición de los cuerpos. Cadáveres eternos. Está prohibido morir aquí.

Se vuelve a hacer de noche y más que dormir nos echamos una siesta de madrugada, porque a las 2.00 am debemos estar en pie para tomar el avión de vuelta a Noruega a las 4.00 am. Anestesiado ya de tantas horas en tan pocos días junto a una puerta de embarque, con los ojos cerrados y cuerpo y mente en ese estado justo anterior al sueño, la llamada de la compañía aérea me hace reaccionar. Vuelo SK 4493 de Scandinavian Airlines con destino Tromsø. Arrastro los pies por el *finger*, saludo a la azafata que nos recibe en la puerta de la cabina con un sonido más bien gutural y me dejo caer sobre el asiento. Laponia nos espera. Aunque suene raro, viajamos hacia el sur.

Laponia, entre el mito y el frío

Laponia es una región histórica que hoy abarca parte del noroeste de Rusia y el norte de Suecia, Finlandia y Noruega. Por presupuesto y logística nos es imposible visitar los cuatro países, así que decidimos centrarnos en la Laponia noruega. Noruega es un país alargado en el mapa y con una extensión parecida a la de España, pero con apenas cinco millones de habitantes. Eso da idea de lo aislados que viven. Con doce habitantes por kilómetro cuadrado, una de las densidades de población más bajas del mundo, no conocen ni los atascos ni el estrés. Aquí tendremos más horas de luz que en Svalbard, y si el tiempo se despeja un poco podremos incluso ver una aurora boreal, ese fenómeno que a partir de primavera desaparece hasta el invierno siguiente.

Tromso es la ciudad más importante de la parte lapon de noruega. La ciudad está atravesada por carriles pensados para que sus habitantes se desplacen esquiando. Familias enteras cruzan la ciudad sobre sus esquís, como el que va en bicicleta, camino del trabajo o la escuela. Lo que más vida da a Tromso es su importante campus universitario, que atrae a jóvenes becarios de toda Europa, los erasmus. Con Yarina, Raquel, Almudena, Sheila experimentamos la vida del estudiante en Laponia. Cervezas, platos en el fregadero, cuadrante de tareas, cuartos compartidos, música en el portátil, cigarros en la ventana y conversaciones banales. Una de las cosas que más te curten de este trabajo es que un día puedes estar con jóvenes estudiantes y al siguiente pasar la jornada con el embajador en el país. Y hay que tener respuestas, y preguntas, para todos.

La peculiaridad de Tromso, y del resto de Laponia, reside en su clima extremo y sus paisajes. Playas de arena y rocas negras, completamente cubiertas de nieve. Bosques de cuento. Lagos congelados donde se hacen agujeros para pescar. Algún reno

que se pasea cerca de la carretera. Por lo demás, el día a día no dista mucho de cualquier capital occidental. Después de estar tan cerca del Polo Norte, llegar a Laponia ha sido algo decepcionante. Puede que la tuviera mitificada, porque desde pequeños nos suena a lugar remoto y muy diferente de lo que conocemos. Así lo sería algún día, pero ya no.

Los samis son los verdaderos lapones, la población aborigen. Hoy son minoría, unos ochenta mil entre los cuatro países que abarca Laponia. Cincuenta mil están en noruega, y aunque luchan por mantener su idioma y sus costumbres, viven muy integrados en el mundo actual. De aquel pueblo nómada que vivía de la caza y la pesca, los primeros pobladores de Escandinavia, sólo queda algún reducto en las zonas más rurales. Muchos se instalaron en la ciudad y sólo se distinguen de los demás por sus peculiares rasgos -caras más morenas y ojos algo achinados- y porque en ocasiones lucen con orgullo sus llamativas ropas tradicionales.

Rara es la vivienda que no cuenta con una sauna en esta región. Individual o compartida con los vecinos, todos tienen. Incluso las residencias de estudiantes. Les encanta combinar los baños de vapor con revolcones por la nieve. Desnudos. Del sudor al cuerpo congelado en segundos. Y repiten la operación varias veces. Están acostumbrados a los cambios bruscos de temperatura, pero nosotros no tanto. Si estamos en exteriores, bajo cero. Si entramos en algún local o casa, calefacción. De momento no nos hemos resfriado, pero la cámara sí. La óptica se empaña una y otra vez, hasta que ha dicho basta. Ha dejado de funcionar en plena grabación.

—¿Qué le pasa, Dani?

—Ni idea.

Nos vamos corriendo al hotel para intentar solucionarlo. A toda prisa, porque el *planning* siempre es apretado y no podemos dejar pasar muchas horas sin grabar. Tras varias llamadas a España, consultas a internet y muchas divagaciones, llega la solución. El secador del baño a todo trapo hasta que la cámara se recupera. Solución casera, casi siempre la mejor. El problema ha sido que de tanto empañarse, al condensarse el vaho que tiene dentro el objetivo se ha convertido en agua. Y hasta que no se ha secado, no ha vuelto a funcionar.

Para celebrar que hemos solventado el apuro, decidimos emborracharnos con unas cervezas. Tirando de tarjeta, por supuesto. A ocho euros cada una casi hay que pedir un extra a producción. Es la última noche en Laponia y tampoco vamos a poder grabar una aurora boreal; está nublado otra vez. Cuando se producen, el cielo cambia de color. Verde, azul, rosa, rojo... como olas en continuo movimiento. Algo difícil de explicar para el que no sea de ciencias, que ocurre solamente cerca de los polos -en el hemisferio sur lo llaman aurora austral- y que te deja con la boca abierta un buen rato la primera vez que lo ves. Casi sobrenatural. Eso dicen. Yo sólo veo nubes.

Los nuevos emigrantes

Las Islas Lofoten, un archipiélago de pequeños terruños habitado por pescadores de bacalao, están situadas frente a la costa noroeste de Noruega. Hasta aquí ha llegado Paco, un andaluz que salió de Andújar con el petate en busca de una nueva vida sin rumbo fijo, y que de tanto escalar en el mapa se le acabó Europa por el norte. En Lofoten trabaja descargando el bacalao que pescan los barcos de la empresa que le emplea. Con su chubasquero amarillo y unos brazos que no dan abasto, vive como un emigrante de los de antes. Comparte habitación con Ilde, otro

amigo de Andújar recién llegado que acaba de ser contratado en la misma factoría. El efecto llamada. Ninguno sabe nada de noruego, y están aprendiendo a comunicarse en inglés. Trabajan muchas horas, demasiadas, y el día a día es monótono aquí. Les pagan bien, sí, pero el carísimo coste de vida que soportan baja a la tierra a cualquiera de los que piensan que los países nórdicos son el maná económico. Hace unos años puede que sí, pero hoy los extranjeros no lo tienen nada fácil en el norte de Europa. Ya se acabó eso de llegar, ir a la primera fábrica que te encuentres en el camino, pedir trabajo, aunque sea por señas, y empezar la faena esa misma tarde. Son muchos los españoles que prueban suerte lejos del sur y terminan volviendo con una mano delante y la otra detrás, o lo que es peor, quedándose aquí con las manos en la misma posición, y vagando por la nieve por culpa de ese orgullo que les impide admitir su fracaso. A Paco y a Ilde no les va mal, o al menos les va mejor que a otros que no encontraron ocupación, pero su existencia no es ni mucho menos idílica.

La empresa les emplea sólo cuando los necesita. Días aislados, nada de sueldos fijos, por lo que en realidad ganan lo justo para pagar la comida, algún vicio y la habitación. Viven en un pequeño complejo de apartamentos donde comparten el baño con los otros residentes, también extranjeros. Su estancia, de apenas seis metros cuadrados, consta de una litera, una mínima cocina con una nevera y una gran ventana por la que respirar y ver algo de luz. Entre ropa revuelta y algún objeto que pretende decorar asoma una botella de whisky casi vacía. Paco, un tipo duro que ha sido legionario y luce varios tatuajes, ya conoce el terreno y ejerce de líder con su novato amigo, que todavía las ve venir y que para mimetizarse con los pescadores nórdicos se ha dejado crecer una enorme barba. Para mostrarnos su valentía y su adaptación al medio, Paco se baña en el mar. Es por la tarde, estamos bajo cero y la temperatura del agua no supera los tres

grados, según nos ha dicho un sorprendido vecino que ve como ese extranjero moreno se queda en bañador y se lanza al agua. Apenas dura cinco segundos. Sale tan entumecido que tiene que dar varias carreras para volver en sí. No hay mucha diversión aquí.

La jornada en las Islas Lofoten acaba tarde y tenemos vuelo nocturno de vuelta a Bodo, la ciudad costera donde dormimos antes de volver a España vía Oslo. Dani y yo vamos solos en el avión, que se ha retrasado tres horas por una nevada. Tres horas de desesperación en un minúsculo aeropuerto, que es como mi salón pero sin sofá. Son sólo veinte minutos en el aire hasta aterrizar en Bodo, pero qué tortura. El temporal de nieve ha amainado lo suficiente como para que el piloto haya apostado por despegar, pero el avión se ha convertido en una atracción de feria. Bote tras bote, golpe tras golpe, mi estómago está ya en mi garganta, y si dura dos minutos más el vuelo, pierdo dos kilos por la boca. Una temeridad que con semejantes condiciones climatológicas este hombre se haya atrevido a sacarnos de esa isla.

De Oslo sólo vemos el aeropuerto y su gentío. Noruegos y noruegas con su aparente existencia perfecta se cruzan entre puertas de embarque. Cafelatte en vaso grande. Esbeltos y guapos, tranquilos, adinerados. La felicidad nórdica, la consecuencia de su estado del bienestar sin paro, con los mejores servicios sociales y en el que no hay corrupción ni mentira. El ideal anhelado por muchos latinos que ven a sus países arruinarse. Pero no todo el mundo sirve para la vida del norte.

Unos minutos de conversación con Amal, directora de cine egipcia, bastan para entender cómo está su país nueve meses después de la revolución. Con un perfecto español aprendido en Madrid, donde se ha formado, nos desgrana su último proyecto, 'Prohibido', un documental que denuncia las muchas cosas que todavía no se pueden hacer en esta nación. En Egipto no existe la libertad de prensa. Si Amal quiere grabar algo en su tierra, tiene que enviar el guión al Ministerio de Información y que éste revise, retoque y apruebe el proyecto, para después indicarle dónde, cómo y cuándo tiene que filmar. Nada de libertad creativa. Obviamente ha tenido que hacer su documental a escondidas, porque expresar opiniones que puedan "dañar la imagen del país", literalmente, está prohibido también. O eres del régimen o eres clandestino. Contra eso se intenta levantar el pueblo egipcio.

Es septiembre de 2011 y tras varios aplazamientos por fin podemos viajar a El Cairo. Llevamos tiempo tratando de hacerlo pero todo han sido trabas burocráticas y problemas para encontrar a personas dispuestas a contarnos su historia. En enero estalló la revolución y la famosa plaza de Tahrir se convirtió en una habitación más de nuestra casa. Omnipresente en televisión, nos familiarizamos con las escenas de los miles de acampados

batallando en ella por la salida de Hosni Mubarak, el dictador que atenazó a Egipto durante tres décadas. Días después cayó el gobierno y empezó una transición capitaneada por una junta militar que aparentemente ayudó al pueblo en la revolución, pero que con el paso de los meses está mostrando su peor cara. La inestabilidad del país provocó una huida en cadena de muchos extranjeros que residían aquí. Una parte regresó cuando se empezaron a calmar las aguas, pero muchos no se han atrevido.

La euforia de las semanas que siguieron a la revolución del 25 de enero se está disipando. Egipto agarró con fuerza su bandera y se echó a la calle para continuar la explosión de Túnez y consolidar el inicio de la primavera árabe. Todo era ilusión, esperanza, fuerza. Pero los militares han deshecho el camino andado y han vuelto a sembrar la desilusión en los egipcios. Mubarak ya no está, pero sus sucesores provisionales no han eliminado las torturas, las vejaciones y la opresión. Siguen llegando imágenes represoras de la actuación de esos militares que pretenden instalarse en el poder contra los que piden con urgencia unas elecciones*, los que claman para que el cambio real empiece cuanto antes.

Dani y su cámara me acompañan de nuevo en un viaje que no va a ser uno más; con él pongo fin a mi etapa como reportero de 'Andaluces por el Mundo'. Por decisión propia. Tras cuatro años y treinta viajes por el planeta, toca hacer otras cosas. En ello voy pensando cuando nos vuelven a fastidiar los controles y las preguntas a nuestra llegada al aeropuerto. Otra vez, como siempre que un periodista pone el pie en un país en el que pasan cosas que su gobierno quiere tapar. Es lunes 12 de

septiembre y hace tres días un grupo de dos mil activistas ha asaltado la Embajada de Israel en El Cairo, en protesta por la presencia diplomática en Egipto del país considerado enemigo por la gran mayoría de musulmanes. Israel y Egipto tenían un acuerdo de paz y se respetaron en la era Mubarak, pero el pueblo egipcio quiere acabar con esa amistad ahora que el dictador ha caído. La reivindicación ha ido muy lejos y las protestas han dejado tres muertos y mil heridos entre manifestantes y policías que protegían la embajada. Ante esta situación, la junta militar ha decretado de nuevo el estado de alerta, inamovible en los treinta años del régimen de Mubarak pero abolido tras la revolución.

El estado de alerta es en realidad una barra libre para que los militares hagan lo que quieran. Pura dictadura. Máxima vigilancia. Se han suspendido las vacaciones y días libres de todos los policías y militares, lo que explica que cada diez metros nos topemos con uno de ellos en cualquier calle del inmenso Cairo. El gobierno provisional ha retirado también las licencias de emisión de varios canales de televisión extranjeros, por lo que intuimos que no nos van a poner una alfombra roja cuando nos vean por la calle; somos de fuera y venimos con una cámara, aunque Dani y yo, así a primera vista, tenemos una cara bastante árabe.

Para poder trabajar en Egipto con nuestro equipo de grabación y nuestro visado periodístico, sin esconder nada, el gobierno nos ha facilitado un guía y un chófer; es decir, que no quieren que estemos solos, que nos movamos a nuestro gusto. Todo tiene que estar controlado. Previamente les hemos enviado un cuadrante con los sitios a los que vamos a ir y a qué horas vamos a estar en cada uno, además de los nombres de las personas que entrevistaremos en nuestro programa y sus ocupaciones. Claramente no es una gentileza del país el que gasten su dinero y su

* Meses después de este viaje llegaron los comicios y ganaron los Hermanos Musulmanes, partido muy alejado de Mubarak y que está siendo acusado por sus oponentes de querer islamizar el estado. El actual presidente de Egipto es Mohamed Morsi

tiempo en acompañarnos durante la estancia; es una manera de vigilarnos. Pero para venir y grabar hay que aceptar las reglas del juego. Si entramos como turistas y nos ven grabando las consecuencias pueden ser terribles.

Lo que no sabíamos era que en el paquete de acompañantes venía también un policía y una representante de la televisión nacional egipcia, más bien una espía que nos intenta censurar. Serán nuestra sombra durante toda la semana. Nos recogen en el hotel por la mañana y nos devuelven de noche. Todos juntos en una furgoneta, como si fuéramos de excursión. Cierto es que nos ayudan cuando lo que grabamos no les resulta incómodo y son bastante amables, pero la intención de controlar nuestros pasos es evidente.

Como somos todos mediterráneos nos vamos ganando poco a poco su confianza y se van relajando. Ya no nos marcan tanto y estamos consiguiendo más material del que parecía que íbamos a tener al principio. Su obsesión es que no demos una imagen fea del país, que no asustemos todavía más a los cientos de miles de turistas que han dejado de venir aquí tras la revolución. Pero en el contenido de las entrevistas, no se atreven a interferir; de hecho, de nuestros cuatro nuevos amigos sólo Amer, el guía, habla nuestro idioma, y precisamente es él quien más colabora.

Con ayuda o sin ella, los inconvenientes surgen cada minuto. Acabamos de llegar al barrio de Dar es Salaam, uno de los más conflictivos y pobres de la ciudad. Nos ha costado muchísimo tiempo y paciencia convencer a nuestra comitiva para que nos dejen grabar en él, pero pese a que lo conseguimos, todo se complica. Nos bajamos de la furgoneta, Dani graba un plano, sólo uno, y un policía aparece de la nada para, de muy malas for-

mas, llevarnos a comisaría. El delito es que no tenemos permiso para grabar en esta calle. Claro, tardaríamos menos en hacer la pirámide de Keops que en pedir un permiso para filmar en todas las calles de esta ciudad de veinticinco millones de habitantes. Quiere que borremos las imágenes o amenaza con detenernos. No atiende a razones. Cuando llegamos al edificio policial, me impiden la entrada. Sólo permiten acceder a Dani, que es el responsable del equipo de grabación. Según me cuenta al salir, ha peregrinado por varios despachos de unas vetustas oficinas intentando convencer a varios policías de que no habíamos hecho nada malo. Pero ha sido imposible. Ha llegado uno con pinta de jefe y le ha obligado a eliminar el material de la tarjeta de memoria en su presencia. Todo lo que habíamos grabado ese día -menos mal que lo almacenado en las jornadas anteriores estaba en la caja fuerte del hotel, y con copia de seguridad-, perdido. Era eso o despedirnos de la cámara. Qué impotencia. Un fastidio que sólo se soluciona doblando el trabajo y durmiendo aún menos para repetir lo que nos han borrado. Absurdo.

Hemos venido a este barrio con Laura, una cooperante que colabora con una escuela en la que se educa a niñas, y también a sus madres, que resultan potenciales víctimas de la ablación. Dar es Salaam -nombre también de la ciudad más grande de Tanzania y que significa "remanso de paz"- es una zona muy deprimida en la que escasea el trabajo y abundan los problemas. Calles sin asfaltar, suciedad, desconfianza, malas caras. Recorremos un laberinto de callejuelas hasta llegar a la puerta del colegio, donde decenas de niñas nos esperan entonando una canción en árabe, con una letra dedicada a la paz y la esperanza. Los responsables de la escuela intentan inculcar a estas chicas una educación por encima del machismo que han vivido sus madres y abuelas. Uno de los puntos más importantes es prevenirlas contra esa práctica demencial de la ablación, la mutilación genital femeni-

na. Hasta hace unos años no fue prohibida oficialmente, pero muchísimas niñas siguen sufriendo la extirpación de su clítoris. Esta aberrante costumbre viene de tiempos faraónicos, mucho antes de que existiera el islam, y es muy común en los países que rodean al río Nilo. En este tipo de barrios, con un nivel cultural bajo y con muy pocos recursos, la ablación es más común que en otros, y no son raros los casos de chicas que mueren porque son “operadas” por cualquier persona sin formación médica ni medios suficientes. Un barbero, por ejemplo. Un drama incomprensible.

El Cairo es una ciudad interminable. Puede llevarte varias horas ir de una punta a otra en coche, por los atascos y por la enorme extensión que tiene. Los embotellamientos se pueden evitar, según hacia donde vayas, tomando el metro; es la única ciudad de toda África que tiene este medio de transporte. Son sólo dos líneas y no demasiados trenes, pero eso sí, todos con un vagón exclusivo para mujeres con el fin de evitar abusos sexuales. No se trata de una segregación por sexos, porque realmente las mujeres pueden entrar en el vagón que deseen; son los hombres los que tienen vetado el acceso al vagón especial de mujeres. Nosotros no probamos el transporte público porque nos es imposible separarnos de nuestra peculiar comitiva. Nuestras cuatro sombras. El chófer que nos lleva es un disciplinado trabajador que apenas habla. Un mandado, como se suele decir. Siempre viste de oscuro y con ropa ancha, quizás para disimular un poco su descuidada barriga, y nunca objeta nada de lo que le pedimos el resto de pasajeros. Junto a él, de copiloto, siempre hay un policía vestido de paisano que cambia según el día. Cada mañana es una incógnita. No sabemos si viene el mismo del día anterior; a veces repiten, a veces se presenta uno nuevo. Dani y

yo bromeamos con el asunto cada desayuno. Su función básicamente consiste en enseñar la pistola que su abierta chaqueta nunca tapa. Vienen trajeados y tampoco se preocupan demasiado por lo que hacemos o decimos. Simplemente están.

Más activa es la señora que trabaja para la televisión nacional. Una mujer rechoncha, pequeña y con mucho carácter, con la que he chocado desde el primer día. Ella hace el inevitable papel de mala. “Esto no lo podéis grabar, aquí no nos podemos parar, esto está prohibido...”. Al tercer día de grabación hemos empezado a llevarnos mejor y ha comenzado a ser más permisiva. Ya hasta nos hemos hecho fotos juntos, nos ha cogido cariño. La cruz que le cuelga del cuello la delata como cristiana copta, así que forma parte de la minoría religiosa a la que pertenece un diez por ciento de la población egipcia. Los coptos se quejan de la discriminación que sufren por parte de los musulmanes y los incidentes son habituales. Con tristeza, nos relata cómo meses antes de nuestra llegada una iglesia copta de Alejandría sufrió un atentado en el que murieron veintiuna personas, precisamente el día de Año Nuevo. En El Cairo hay barrios que mayoritariamente están habitados por coptos, y otros en los que musulmanes y cristianos se mezclan. Aunque ambos grupos han mostrado sus diferencias históricamente, la revolución ha servido para que salgan unidos a la calle. Todavía quedan pintadas realizadas aquellos días efervescentes en las que la cruz de los cristianos y la media luna de los musulmanes se abrazan, simbolizando la lucha común de ambas religiones contra la corrupción y la represión de la dictadura de Mubarak.

Amer, Susana, Guillermo y Yebia

Si de algo puede presumir El Cairo ahora es de ser una ciudad inconformista, gracias sobre todo a su juventud; antes

anestesiada, ahora rebelde. Amer, Susana, Guillermo y Yehia son buenos ejemplos del futuro de Egipto y nos cuentan sus historias. Todos participaron en la revolución, y todos intentan abrirse paso. Cuatro de los varios millones de jóvenes que pelean por su dignidad.

Con Amer, nuestro guía, hemos congeniado desde el momento en que nos recibió con su sonrisa y su perfecto español en el aeropuerto. En los largos trayectos de furgoneta nos estamos conociendo muchísimo. Veinteañero, simpático y admirador de todo lo que venga de occidente, nos trata con una mezcla de admiración y hospitalidad. Sorprende que nunca haya salido de Egipto, porque domina varios idiomas. Siempre puntual y dispuesto, no ha querido mezclar el trabajo con la amistad hasta el último día, cuando ya hemos terminado de filmar. Nos invita a conocer su barrio, justo detrás de las famosas pirámides de Guiza –Keops, Kefren y Micerinos-, y Dani yo acudimos encantados. Jugamos un partido de fútbol con sus primos y amigos, él con la camiseta del Sevilla que le acabo de regalar y yo con la del Al Alhy egipcio que él me ha regalado. Cuando acabamos, nos lleva a conocer su casa. Es una vieja vivienda con varias habitaciones casi en ruinas, en una calle sin asfaltar y sin luz, donde los burros campan a sus anchas junto a la basura. Vive solo. Ha heredado. Viendo su entorno, sorprende que llegue cada día con un impoluto traje a su trabajo, tras más de una hora en autobús. Es un buscavidas que anhela casarse con su novia de toda la vida para poder dormir con ella. A estas alturas, la confianza ya nos da para hablar de sexo:

—Amer, dime la verdad, ¿nada de nada?, ¿ni sin que nadie se entere?

—No Luis, hasta el matrimonio, como dice mi religión.

Siempre dudaré de su sonrisa pícara.

Como me voy con la sensación de que he hecho un amigo, le invito a que me devuelva la visita:

—Amer, te vienes a mi casa cuando quieras, estás invitado a Sevilla y te enseño España.

—No podré ir. Para que me dejen entrar en España me obligan a tener una cuenta en el banco, un sueldo fijo mayor que el que tengo y más de mil dólares ahorrados; si no, no me dan el visado, ni de turista –responde resignado-.

Y vuelvo al hotel con un sabor amargo, pensando una vez más que el mundo es un embudo y me ha tocado la parte ancha.

Susana vino de viaje a El Cairo, se enamoró de un egipcio y decidió regresar para quedarse. Fascinada por este país y su cultura, ha dejado Jerez de la Frontera y se ha convertido al islam. Ahora lleva *hiyab* y ropa recatada, y cumple todos los preceptos de su nuevo credo. De hecho vive con su pareja, Amr, pero en habitaciones separadas en casa de los padres de éste, algo difícil de ver en España pero común aquí. Es muy llamativo entrar en esa casa en las afueras de la ciudad, en un humilde barrio de clase media, y comprobar cómo se relacionan.

Se siente una más de la familia. Ella enseña a sus futuros suegros palabras graciosas en español, con su ceceo jerezano, mientras que ayuda a la madre de Amr a hacer la comida. Nunca pierde la sonrisa. Muestra orgullosa su cuarto, donde tiene un portátil que le conecta con su gente en España. Justo en la estancia contigua duerme Amr, que en su habitación ya acumula trastos y muebles de cara a su futuro matrimonio, que llegará en pocos meses. Una apuesta fuerte por una nueva vida con sólo veintitrés años. Y para el que dude de su decisión, responde con claridad:

—Nadie me ha obligado, me he hecho musulmana porque yo quería.

Guillermo es un abogado sevillano muy implicado en la revolución. Nos ejerce de libro abierto y nos ilustra sobre la actualidad y el contexto de lo que está ocurriendo en su nuevo país. Da gusto ver cómo un español vive la lucha del nuevo Egipto como si fuera uno más. Nos lleva por los barrios populares, los sublevados, esos donde la carne de cordero cuelga por las esquinas y los recipientes de agua se disponen por la calle para que beba quien quiera. No apto para estómagos extranjeros, por cierto. En el humilde vecindario de Shubra nos presenta a Yehia Zakaria, su compañero de trabajo, un afable grandullón que ha perdido la visión en un ojo en las revueltas de Tahrir por enfrentarse a la policía.

—Merecerá la pena —afirma en inglés, con rotundidad y sin quitarse sus delatoras gafas de sol—.

Pasear por Shubra es sentir Egipto, y pisar Tahrir es sentir la revolución. La imagen que tenemos de la plaza, tomada por un millón de hartos egipcios y miles de tiendas de campaña, nada tiene que ver con la que yo veo ahora. No es más que una rotonda muy grande en la que el tráfico es intenso a cualquier hora del día. En el centro, unos cuantos hierbajos y gente que cruza de un lado a otro de la plaza sin pararse demasiado. Eso de sábado a jueves. Los viernes, día sagrado del islam, son para protestar y Tahrir se vuelve a convertir en un hervidero, en el foco del país. Conseguimos subir a la planta más alta del cercano Hotel Sheraton, y desde un balcón tenemos una vista en 360 grados de El Cairo, con Guillermo y varios amigos explicándonos al detalle cómo y dónde se produjeron los incidentes de la revolución. Nos sentimos estrategas comentando la batalla. Nos sentimos entre gente importante, que va a cambiar Egipto, y quizá el mundo.

Desde ese balcón grabamos los últimos planos para el programa. Mis últimas preguntas. Los momentos que ponen fin a

años de viajes, aprendizaje vital y periodismo. Saco el móvil y escribo en el bloc de notas: “18.43 del sábado 17 de septiembre de 2011, en el Hotel Sheraton de El Cairo. Se acabó”.

Agradecimientos

A Medinamedia, desde Ricardo Medina, el productor ejecutivo, hasta el último de los trabajadores, por haber hecho posible 'Andaluces por el Mundo'. A Roberto Leal, por apostar por mí, y a Julio Muñoz, mentor, amigo, hermano y espejo. A Gramática Parda, por su valentía. A todas las personas que encontré en el camino y me quisieron contar su historia y abrir sus puertas. Y a los cámaras, inseparables compañeros de viaje.

